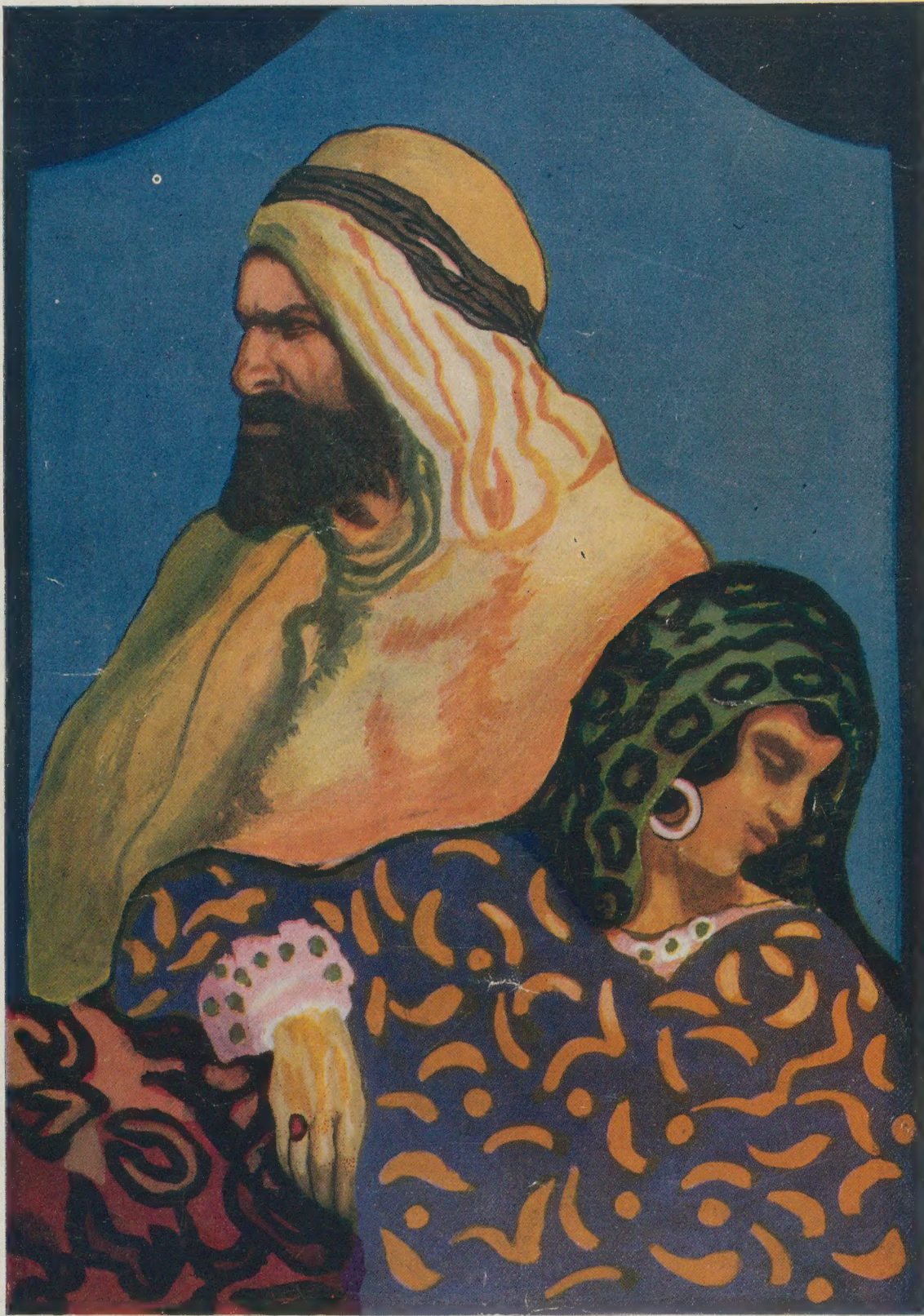


Tray Mocha

REVISTA

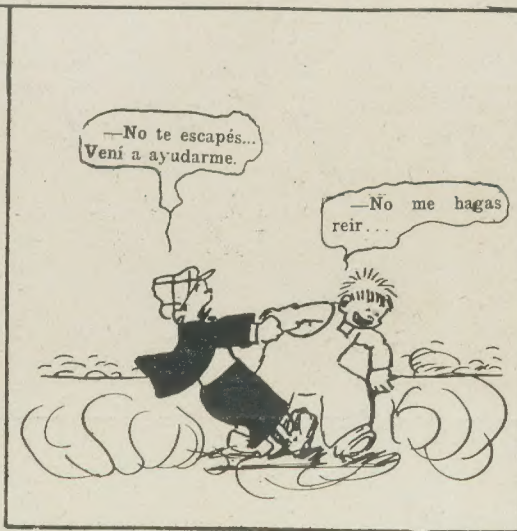
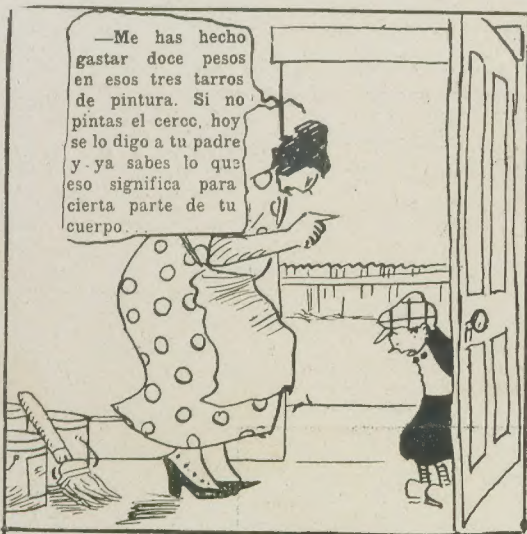
SEMANAL



“ORIENTE”

Por Silvio Rossi

N.º 816





FRAY MOCHO



Fundado el 3 de Mayo de 1912.

Redaccion y Administración. BOLIVAR 879

Año XVI

Buenos Aires, diciembre 13 de 1927

Nº. 816

Actualidades, por Rojas



—Una norteamericana ha ofrecido veinticinco mil dólares por una oreja humana para injertarla en la que a ella le falta.
—Pues en España los toreros las tenemos de balde, porque cuando matamos un toro, el público lo primero que dice es "¡que le den la oreja!"

—Usted es antipersonalista, no hay más que verlo.
—¿En qué lo ha conocido usted?
—En que está usted aplastado después del triunfo de los personalistas en las elecciones comunales.



—Capitaneados por el obispo Orosco, se han vuelto a sublevar en Méjico millares de fanáticos que no comulgan con las ideas de Calles. ¿Qué dirá ese religioso para tomar esa actitud?
—Que "a Dios rogando y con el mazo dando".



—Todos sus adversarios políticos dicen que S. E. es muy tímido con el volante en la mano.
—También sé atropellar cuando llega el momento.



—Con el descubrimiento de un cometa en el cielo argentino, ha empezado la lucha sobre el nombre con qué se le ha de bautizar. Uno de la Plata dice que lo vió primero; y el que lo comunicó a "Crítica" dice también que tiene la primicia.
—Los cometas siempre han traído cola.

EL MANANTIAL

Por Vicente A. Salaverri

Es un disparate... ¡El más grande de los disparates!...

—Y güeno, patrón; los viejos también lo dicen.

—¡Porque son tan animales como ustedes!

Senén Zuasnábar está fuera de sí; sus ojos echan fuego, mientras los labios desdeñosos reniegan y maldicen. Es un joven de escasa corpulencia, pero bien construido, robusto. Ha quebrado más el ala de su sombrero y se azota las mejillas polainas con el rebenque de "lagarto". Para darle escape a los nervios, saca la tabaquera de goma y hace un cigarrillo.

—Es una desgracia vivir entre gente estúpida!... ¡Son más bestias que los animales del campo!

El capataz, los dos peones y el muchacho, delante de la cocina, ante la avalancha de insultos, se miran en silencio, sin saber qué actitud asumir. Adivinase al capataz — un hombre de poca salud, aviejado y como enteco — haciendo serios esfuerzos para dominarse.

¿Qué indigna de tal modo al joven dueño de la estancia "San Juan"?... Una cosa baladí en rigor: desde ayer, la cerda Berkshire tenía seis lindos lechoncitos, negros como un pecado; apenas si una pinclada blanca partía la parte superior del hocico, la frente y el extremo de las patitas. Entonces Zuasnábar exigió que le castraran el cerdo pastor:

—Con estas crías que se desarrollen tenemos ya bastante — dijo.

Zuasnábar vió al personal cumpliendo la orden como de mala gana, pero guardó silencio. La cerda, y los lechones quedaron en el potrero cercado de alambre de púa, donde estaban otros porcinos. De tarde, Zuasnábar vió que los lechones de "la overa", grandes de tres meses, mamaban en la Berkshire.

—Hay que poner aparte la chancha negra — observó al capataz.

Pero... ¿quién no tiene noticia de la indolencia del gaucha?...

El gaucha, a menos que se trate de dar una puñalada, todo lo deja para el otro día. La orden de Zuasnábar no fué cumplida hasta la mañana siguiente. Cuando fueron a sacar la chancha parida, sus crías estaban extenuadas. Al rato, se habían muerto. Zuasnábar hubiera dejado pasar por alto aquello, pues odiaba los cerdos, voraces y dañinos, a los que encerró en un erizado piquete, apenas vino de la ciudad. Hozaban el campo, rompían arbolitos, comíanse pollos y pichones de pato, devoraban los borregos caquexicos por la lombriz...

—¡No pagan la centésima parte de lo que destrozan!

Tal convencimiento le indujo a malvender dos docenas de chanchos de la estancia "San Juan", reservándose un par de capones, que mataría gordos en el invierno, y cuatro cerdas reproductoras. Como deseaba que éstas, hasta abril, dejaran de dar cría, castró el magnífico pastor Berkshire, traído tres años antes de una renombrada cabaña, pues pensó que, a la vuelta de pocos meses, el mejor de aquellos lechones de la chancha negra lo iba a poder substituir. Y he aquí ahora que los cerditos perecen, a juicio de Zuasnábar, de inanición.

Desagradable y todo, el accidente no irritara al dueño de la "San Juan", sin el recelo supersticioso

de aquellos "indios" a los que "paga sueldo, como si fueran seres racionales":

—Usted v'a rairse, patrón, pero en el campo lo sabe tuita la gente vieja: si s'hace lo qu'usted nos ha mandao hacerle al pastor cuando la chancha ta por parir, los lechones salen muertos, y si y'han nacido,

ba los días en cucullas, alrededor del fogón, chupeteando el contagioso tubo de metal del mate repugnante. ¡Y aun había poetas que cantaban el mate! Zuasnábar sentíase muy criollo; amaba su tierra a la par del primero; pero que no le hablasen de rutinas, como la de curar con vendeduras a un cristiano

INTIMA

Nardos, rosas, jacintos y asfodelos...
¡Nada el placer a nuestros labios veda!...
La yedra de mis lúbricos anhelos
con tus anhelos lúbricos se enreda;

y en nuestros ojos prisionero queda
el éxtasis más puro de los cielos...
La carne muere como envuelta en seda
y el alma desfallece en terciopelos...

Fosforecer en tus pupilas miro
el oro viejo de los artesones;
tus labios hielan y tu aliento abrasa...

Y en las pausas del beso y del suspiro,
sobre el silencio de los corazones,
el Angel del Amor volando pasa!...

Francisco VILLAESPESA

lo mismo se mueren. ¡N'hay qu'hacerle!

A Zuasnábar se le pusieron los nervios como cuerdas de violín ante el absurdo discurso de su capataz, aprobado, con cabeceos, por los peones.

¡Bestias, más que bestias!... Era una desdicha lidiar con tal gente. En toda la campaña no era posible toparse con un mozo de buena cabeza, que resultara verdadero colaborador. Zuasnábar abominó ahora de aquel gauchaje que se pasa-

o darle vuelta a la pisada para que a terneros y vacas se le murieran los bichos:

—¡Bestias, más bestias que los animales del campo!

¡El campo!... ¡Bastante le pesa a Zuasnábar haber huido de la ciudad. Era preferible estar lejos, no enterarse de todo esto que se hace tan mal. ¡Ojos que no ven!... Aunque su venida a la estancia fué obligada, determinándola circunstancias peculiarísimas. Tras la guerra, sobrevino el desastre para los

SURSUM CORDA

¿Qué es un "hombre"?

"Un hombre", es aquel que cree en la vida, en la fuga útil de los días, en el trabajo fecundo; es aquel que se confía a la voluntad que está en el fondo de las cosas.

"Un hombre", es aquel que tiene el corazón fraternal, que no concibe su felicidad separada de la felicidad de los demás, que está unido al conjunto, marcha en las filas y ama a la humanidad como ama a su familia y a su patria, con toda la emoción de sus entrañas y con toda su potencia de sacrificio.

"Un hombre", es aquel que gobierna, no según sus pasiones o sus intereses, sino según la ley de justicia.

"Un hombre", es aquel que sabe combatir y sufrir por todo lo que es bueno. Es aquel que sabe odiar el mal y hacerle una gran guerra, sin piedad, sabiendo que nuestro enemigo supremo, el único en el fondo, es el mal.

WAGNER.

ganaderos platinos, que se veían ellos mismos como Cresos, resultando a la postre... con un caudal de trampas. Zuasnábar, para hacer frente a su déficit, remató los muebles del palacete que alquilaba en Montevideo y se vino a la estancia. En una sola operación de novillos perdía quince mil pesos, en el supuesto de que el precio de las carnes no descendiera más. Su capital, que se triplicó, como aun conjuro, por obra y gracia de la guerra europea, al concluir ésta "veníasele al suelo". Por las dos mil hectáreas que le tasaron, a los efectos del crédito, en doscientos mil pesos, hoy nadie iba a darle ochenta mil. ¡Un verdadero naufragio... económico!

Así las cosas, ¿cómo sostenerse en la metrópoli, gastando la enormidad que él, Zuasnábar había tirado durante los años prósperos?...

¿Reducirse? Dábale vergüenza aparecer como "fundido" ante los mismos que poco antes le envidiaban — ¡Y hasta le adulaban! — por sus derroches. La solución más decorosa, más noble y oportuna, — la única solución! — era marchar a la estancia y hacerse cargo de todo. En una palabra: trabajar.

Y esto fué lo que hizo el joven dueño de la "San Juan" librando, de paso, refida batalla con la esposa.

II

Desde la llegada de Zuasnábar y Berta al campo, Riverita, el único fruto de aquel matrimonio, no estaba bien. Era una fiebre intermitente, muy baja y obstinada, que no cedió cuando limpiaron el estómago, ni ante un severo régimen dietético. Con la alimentación escasa, el niño, que seguía contento, — a despecho de todo — se puso pálido y se enflaqueció.

—¡Hacemos mal en no traer un médico! — era el reproche que Berta tenía para el marido.

Pero Zuasnábar, que fué a la estancia ávido de economizar, temblaba ante la evocación de aquellos "doctores" del pueblo, con discutible suficiencia, y cobrando a razón de doce pesos por legua que recorre su automóvil! Ocho o nueve visitas... y hete ya una grave sangría en su quebrantado presupuesto! Si Riverita empeorase... ¡Pero no!... Ante dieta y purgante, aquella fiebre del niño desaparecía. Hubo alternativas. En el lecho, todo iba bien, pero apenas lo levantaban, las sienes, las manos y el vientrecito acusaban temperatura. El termómetro marcó tres, cuatro, y en ocasiones, hasta siete líneas.

—¡Debíamos ver al médico!

Zuasnábar se irrita de continuo ante lo que cree un absurdo alarmismo de Berta:

—¡Están los tiempos como para tirar dinero!

Berta le desconoce, pues Zuasnábar hizo derroche en cien cosas inútiles, como aquellos automóviles de carrera que sólo sirvieron para romperle un brazo. Zuasnábar, fuerte, con esa fortaleza ingenua heredada de bisabuelos que hicieron vida patriarcal en las montañas vascas, es muy confiado. De cultura escasa, ingénito don de gentes, permitiéndole dentro de un traje a la moda, discurrir con los socios más "exquisitos" del Club Uruguay. En Montevideo, al lado de su madre

viuda, no quiso estudiar carrera. La estancia "San Juan" proveía de fondos, vigilando la marcha del establecimiento un escribano de la metrópoli, al que doña Carmen Indarte de Zuasnábar habíale dado el consiguiente poder.

Pero, mayor de edad, Senén Suasnábar reclamó para sí aquel derecho. No se piense que el joven estaba entonces mucho tiempo en el campo. Escasamente panteísta, apenas si surcó las verdeantes cuchillas en Semana Santa, con una cohorte de amigos que cazaban perdices, o se comían, tras de asarlas con cuero, las terneras más gordas.

A los veinticinco años se casó: uno de esos matrimonios que suelen llamarse "de amor", porque la elegida no tiene más bienes que su fresca belleza. En pureza, el amor no interviene o interviene muy poco, siendo "el deseo" verdadero móvil de tales coyundas. Son los faunos, ahora pacientes, civilizados, apoderándose de las niñas sin embriagadoras florestas ni ademán brutal, porque la ley da "derecho de posesión", previo el pago de una pequeña suma en las oficinas del Registro Civil. Esto es todo.

Berta, soñadora y leída, mal pudo prendarse de un hombre que carecía de idealidad. Pero Zuasnábar tenía fama de rico y la muchacha se entregó, a instancias de sus padres, que le decían como no era otro el destino de todo mortal que nace hembra. Fué como las cien mil mujeres que se desposan en estas condiciones: una resignada; como vivía, en vuelta en cierto lujo — la consabida "jaula de oro" — nunca llegó a quejarse de su suerte. Ciertamente que Zuasnábar le prestaba escasa atención, desde que le fueron familiares sus encantos. Lo de siempre. Mas el nacimiento de Riverita inundó de inefable júbilo su alma; y a medida que el pequeño crecía, multiplicando sus travesuras y gracias, Berta se iba sintiendo más acompañada. Y llegó a creerse feliz mucho tiempo, hasta que Senén le habló de abandonar Montevideo. Senén Suasnábar rehuía al encuentro con los amigos; hizo tres viajes, casi seguidos, al campo, y era frecuente verlo en el escritorio sacando cuentas y revisando papeles. Primero despidió al "chauffeur"; luego a la doncella; por último a la mucama. Y a la cocinera habló de pagarle más, pero siempre que atendiese todo el servicio en el campo.

—¿Vas a sacarnos de Montevideo? — tembló Berta, adivinando una dolorosa tragedia económica en la súbita resolución del marido.

—¡Nos vamos en seguida!

—Yo quisiera estar siempre al lado de mis padres. ¡Son tan viejos!

Suasnábar parodió sarcástico:

—¡Y yo quisiera que me tocara la grande! Pero las cosas no salen nunca a medida de nuestros deseos.

—Creo que el campo, así, le continuo, no me va a gustar.

—Porque ustedes, las mujeres, son siempre los animales de cabellos largos e ideas cortas de que ha hablado el filósofo. (1).

Berta, a quien irritan las groserías de su esposo, le escupe su desprecio:

—¡No, si tú eres un genio!

—No seré genio, pero tengo masa encefálica dentro del cráneo.

—¡Ya lo creo!... ¡El talento es

lo que hace prosperar tanto tus negocios!

La alusión exasperó a Zuasnábar que era, como todos los vanidosos, muy excitable:

—¿Qué has dicho!

Y le tapó la linda boca de un zarpazo. En la mejilla izquierda quedó la marca — en rojo que se hacía cárdeno — de tres dedos viriles. Berta se echó a llorar. A la mañana siguiente, los tres Suasnábar y la cocinera salieron, en ferrocarril, rumbo a la estancia.

rra" no dando agua. Por las ásperas vertientes, corre la linfa con ese su fresco rumor de cristales que se rompen. Y el pasto verde nunca escasea allí. Mas ¡ay! que este pasto verde, en otras épocas del año, era un señuelo fatal. Durante los meses invernales, cuando los hielos achicharraban los espartillales de las cuchillas, las vacas flacas, buscando gramas verdes, iban y se enterraban en éste o aquel manantial. Y era lo más probable que, si no las veían los peo-

potreros, con la consiguiente pérdida de "cuernambre" para la estancia.

Suasnábar, a fin de aminorar el coeficiente de mortalidad vacuna en su estancia, había dispuesto que se plantaran estacas de mimbre en torno a los manantiales. Pero ese trabajo adelantó muy poco. En rigor, a Suasnábar pareció siempre que el personal exageraba el peligro, justificando así extravíos y susbstracciones de reses:

—¡Es una gente estúpida!

—¡El mejor día te van a dejar solo, Senén! — preveníale Berta, asustada por la grosera acometividad de su esposo.

Pero Zuasnábar, al costado del Smith, calibre 38, se encogía de hombros.

Vistos, los campos entre los cuales se extienden los seis potreros de la estancia "San Juan", son una delicia. Se trata de sierras, pero de sierras suaves, con cerritos que afectan la forma de un seno de mujer o prominencias, aun más suaves, que dan la sensación de un torso de titán caído. La paja mansa fuera de la fronda del pecho y las axilas. En las tardes serenas, las lejanías se hacen azules y parecen el inefable fondo de un lienzo tau-matúrgico.

La flora es abigarrada, principalmente allí donde corre el agua. En las vertientes se ven coronillas, arazáes, laureles, embiras, molles y talas erizadas, mientras en lo alto de grandes piedras enhiestas triunfa el higuerón, los canelones y el tambetari majestuoso. En la primavera, entrando en la espesura, la greguería de los pájaros aturde y hay un perfume ardiente.

Pero Zuasnábar nunca puso atención en todo esto.

IV

Después de desfogarse con la peonada, el dueño de la estancia fué hasta un galponcito, de donde extrajo su caballo tordillo, que esta vez hubo de ensillar él mismo. Cuando prendió el cinchón, tomó con la mano izquierda, conjuntamente, las riendas, y un mechón de crines, puso el pie en el estribo y saltó ágil sobre el recado. El caballo quiso describir unas nerviosas vueltas, pero Zuasnábar, clavándole las espuelas, lo hizo salir, recto, al trote.

Se alejó de las casas.

Era un día primaveral, como suelen ser los días primaverales en el Río de la Plata, destemplados y ventosos. Al rato, el jinete se sacó el sombrero, para que el aire le descongestionara la cabeza. Como todos los impulsivos, Zuasnábar se arrepentía siempre de los excesos violentos en que su carácter repentino hacíale caer. Orgulloso, no pedía jamás disculpa a los ofendidos. De ahí que se le conociera mal, y, sobre todo, que no se le estimase. Zuasnábar era siempre la segunda víctima de su temperamento indómito. (La primera víctima, y se comprende, tenía que ser Berta). La contrariedad más leve enrojecíalo de ira, como a todos esos jóvenes sanguíneos, cuya vida fué demasiado fácil, por tener padres de mucha influencia o con fortuna.

De hallarse soltero, Zuasnábar, no obstante la mala época, habría vendido sus "intereses" a cualquier precio, y, arrendando los campos,

(1) La escena ocurre antes del advenimiento de las melenas.

(2) Los habitantes del paraje descripto llaman así a los tembladerales.



Vd. está intoxicado

porque no mueve bien su vientre. Los purgantes lo alivian momentáneamente, pero aumenta su intoxicación, porque irritan sus mucosas gastro-intestinal y los hacen más permeables a las toxinas.

Uvalina "Biol"

NO ES PURGANTE - no contiene fenoltaleína ni otras sustancias tóxicas. Está preparada con uva y lubricantes. Es como el aceite y el combustible para la máquina nueva. Suaviza e impide la absorción de las toxinas. Desinfecta y descongestiona.

EN TODAS LAS FARMACIAS

Informes y prospectos al

INSTITUTO BIOLOGICO ARGENTINO

RIVADAVIA 1745

III

La estancia "San Juan", media suerte heredada de sus padres (se le amputaron cuatrocientas hectáreas para la testamentaria), queda en campos de sierra, con medianas pasturas y agudadas muy óptimas. Los arrendatarios de campos vecinos se quejan de las muchas reses que pierden entre los "manantiales" (2), y por la garrapata, al cabo del año. En rigor, los campos son "criaderos" y en época de sequía "aguantaban" mucho. Su mayor inconveniente, resulta su gran ventaja en esos veranos calamitosos en que el cielo se "empe-

nes a tiempo, no salieran. Hundíanse las finas patas en torno al pérfido ojo de agua; la vaca dilatada sus pupilas con espanto, y adivinando el peligro intentaba saltar; pero los esfuerzos sólo servíanle para hundirse más aprisa. Primero desaparecían las huesudas caderas; luego el lomo erizado; por fin, el cuello y la cabeza... El lodo se tragaba un animal lleno de vida, para escupirlo luego, cuando no era otra cosa que un cuero lleno de agua fétida y carne putrefacta.

Los peones les temen tanto a los voraces manantiales, que recorren siempre por los mismos pasos los

se hubiera quedado haciendo vida cómoda en la capital. Con mucha o con poca plata, Montevideo es siempre una sirena para la juventud, que halla lindas mujeres para cortejar, calles umbrosas donde amarlas y playas frecuentadas para lucirlas. Pero Zuasnábar tenía esposa — ¡esposa! — y un hijo.

Reflexionando así, en su pecho se alzaron dos sentimientos antagónicos: uno tierno, para Riverita; otro inflexible, rencoroso... ¡Y pensó que casi odiaba ahora a Berta! Sin ella pedirlo, tóvola como una princesa, con la que actualmente la culpaba de su ruina.

—Te olvidaste muy pronto, allá en el chalet de que tus padres vivían en una casa de 50 pesos.

Esta mañana, cuando insultó al personal con tanta saña, habíase excitado peleando a Berta, que insistía en que era necesario llamar al médico. El niño aparecía con más fiebre que nunca y Zuasnábar le dió un baño de agua caliente. El joven propietario de la estancia "San Juan" oyó decir a un "ilustre" de Montevideo, que los tres grandes "cúralo todo" se llaman Higiene, Dieta y Tiempo. Riverita, asistido en la forma que él, Zuasnábar, ordenó, por fuerza había de curarse. Pero Berta era una impaciente y, sobre todo de una "maulería vergonzosa", que se asustaba y, lo que era peor, empezaba a asustarle a él. Estaba visto: tendría que hacerla callar, como tantas otras veces, con un golpe. ¡Cómo si a Riverita lo quisiera nadie más que Zuasnábar!... Pero, por quererlo tanto, ¿iba a realizar todas aquellas estupideces que se le ocurrían a la madre?... ¡Hembra más absurda!

Vióla hecha una fierecilla y reprochándole:

—¡Esto de traernos al nene y a mí al campo ha sido un disparate!

—¡No sé por qué?...

—Porque cualquier cosa que nos ocurra estamos aislados; faltan recursos. Nos hallamos a seis leguas del pueblo, sin caminos aceptables, sin teléfonos... ¡ni un vehículo!... Hasta el sulky de la estancia, lo tienes deshecho.

—¡No seas ridícula! Con un buen caballo, en dos horas se llega a Treinta y Tres. En cuanto a la compostura del sulky, sabes que es cosa de pocos días.

—Bueno — cortó Berta, francamente irritada! — eres dueño de hacer lo que te plazca, pero entendido que si le pasa alguna cosa al niño, tuya va a ser toda la responsabilidad.

Zuasnábar sintió que algo trágico revoloteaba por sobre su cabeza y encogió los hombros, ahora un poco cohibido:

—Será... ¡del destino!

Y se fué, temeroso de que la escasa paciencia que solía almacenar se le agotase, con lo que iba a suceder algo poco edificante dentro del cuarto. Frente al galpón lo esperaba otro episodio molesto: la muerte de los lechoncitos, que pudo contrariarlo, pero que no lo enfurecía tanto como la estupidez de aquellos ignorantes que lo miraban mitad burlones, mitad indignados, como diciendo:

—¡Esta es la ciencia de los puebleros!... ¿A quién se le ocurre, cuando la chancha parida, mandar que castren el pastor!

Y de nuevo se sulfuró ante el recuerdo de aquellos gauchos, llenos de malicia y de supersticiones:

—¡Se precisa ser bárbaros!...

V

Solo, como siempre que "se alumnaba", el dueño de la "San Juan" sale a recorrer sus campos. Ninguna orden le da a su "personal", que debe tener para Senén las peores "ausencias".

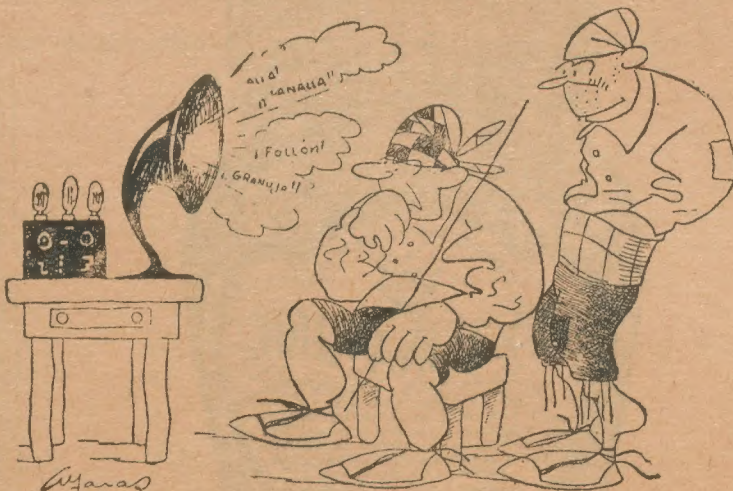
—¡Para mejor eso! — rumia el estanciero. — No hacen las cosas, pero cuidado que nadie les diga nada.

El tordillo pisa un "cangrejo" y casi rueda; Zuasnábar le da dos lazazos; entonces el caballo levanta

garan los gauchos a él, un "cajetilla", un pueblerito, condiciones de jinete!... Hasta les disputaba una "penca".

—¡Bah, son cualquier cosa! — decía despreciativo. — Los poetas ensalzan su valor y cuando están por morir lloran como mujeres. ¡Los gauchos!...

¡Coraje el suyo, el de Zuasnábar! Una vez dió poderes para que lo llevaran a un duelo, con revólver, a doce pasos y apuntando un minuto. ¡Cómo le enorgullecía el recuerdo! Tratábase de "ser más compadre



—¡Ejaló!... ¡Ejaló!... ¡Que in cuanti saque la cabeza... lo ahogo!...

la cabeza, pone sus apéndices como puntas de flechas, dilata los ojos y echa a correr; pero Zuasnábar lo sujeta con las riendas y apenas si le permite que trote con garbo.

Zuasnábar es intrépido, y cuando sale al campo, no concibe que puedan atraparlo con su falacia los peligrosos manantiales. "¡Para qué está la intelligenencia?" gruñe. Comprende que se hunda una vaca, sin más recurso salvador que su instinto, pero... ¿un "cristiano"?...

Si alguna vez rozaron el borde de los tembladerales las patas de su tordillo, un buen rebencazo provocó el salto que dejó atrás el peligro. Y sentíase orgulloso por sus condiciones de centauro. ¡Que le ne-

que un compadre" y él lo había conseguido. Con semejantes condiciones, el otro no se quiso batir. De realizarse el lance, él, Zuasnábar — ¡estaba bien seguro! — ni habría movido los párpados mientras le apuntaran. Conociase, y por conocerse, era por lo que trataba al capataz y a los peones en la forma brusca que tanto atemorizó siempre a su mujer.

—¡Que me peleen, si es que se piensan que no soy tan hombre como ellos!

"Ser hombre", es decir, altanero, agresivo y groserote, era acaso el más fundamental defecto de Zuasnábar.

—¡Yo no tengo miedo nunca! —

ENSUEÑO

Aquí me estoy, jardín colgante, cielo
De seda azul, castillos almenados,
Con la fe sobre el ángulo de un velo
Que cubre mil tesoros ignorados.

Aquí me estoy (¿amor o gloria?) ante una
Perspectiva de nuevos horizontes,
Mientras la blanca torre de la luna
Vigila el mar desde los altos montes.

Hasta que un día emprenda el largo viaje
—¡Oh, piratas! — en un barco pequeño
De vela y con el hacha de abordaje;

Y al final llegue a la ciudad del oro,
De las piedras preciosas con que sueño
Y de aquella Semiramis que adoro!

Santos AGUILERA

se dijo el joven por milésima vez.

Pero, de pronto, acordóse de su hijo, de Riverita; lo vió postrado, pálido y enfecido, y una angustia nunca sentida estremeció sus entrañas, desde los intestinos al corazón, como lo habría hecho, desconsiderada y violenta, la fría hoja de un acero. ¿Berta iba a estar en lo cierto?... ¿Era acaso que su alma de madre descubrió la huesuda mano de la Muerte, avanzando lenta y trágica, por entre los tules de la camita?... Entreviendo la frágil fisonomía del niño, sintió, por primera vez, una acentuada piedad, que brotaba de no sabía qué fuente espiritual... Piedad para la madre. Tal vez fuera lo mejor llevar su Riverita al médico. Con esta convicción, no quiso seguir la recorrida; espoleó el caballo, que ahora trotaba rumbo a "las casas". De hallar al nene con fiebre, iba a pedir un auto, llevándose a Riverita, conjuntamente con Berta, hasta el consultorio del médico mejor reputado.

Pero en "las casas" aguardábale un nuevo acontecimiento ingrato: el personal estaba insubordinado. Capataz y peones, vestidos con sus mejores pilchas, esperan a Zuasnábar para irse, cosa que expresan con la frase consabida:

—Y güeno, patrón: no me conviene seguir. Así'es... ¡qué arrégleme la cuenta!

El estanciero pudo darle algunas satisfacciones a la pobre gente, que tal vez se quedara; mas su impulsividad no tenía freno:

—¡Lo mejor que podían hacer! — les dijo iracundo. — ¡Tomen lo que les debo y se me van todos ahora mismo!...

La rabia no le permite acordarse de ninguna conveniencia. Poco le importa que le dejen solo; que Riverita pueda hallarse peor; que sobrevengan dificultades para el trabajo. Al: "Güenos días, patrón, y disculpe si l'hemos faltao en algo" de los que se van, contesta con un sarcástico "¡Qué tengan, suerte!" tan duro, que parece un mordisco. Berta tiembla y con el miedo brillan más hermosos sus anchos ojos verdes:

—¿Es decir que nos quedamos solos?

—La culpa es de ellos que se quieren ir. ¿O les voy a rogar?... Yo no le ruego ni al presidente de la República.

—Pero... ¿sabés cómo está el nene?...

—Más o menos, estará como cuando salí: con treinta y siete y medio.

—¡Y treinta y nueve también! ¡Nunca tuvo tanta fiebre y estoy muy asustada!

—¡Qué raro, no?...

Junto a la cama de Riverita se le aborascaron los cabellos como si pasara por el cuerpo un viento de tragedia; Zuasnábar mismo maneja el termómetro: marca casi cuarenta.

—¡Maldita fatalidad! Y ahora... ¿a quién mando yo por un auto?...

Berta, humillada aquella mañana, no se pudo reprimir:

—¡Es claro: maltratas la gente!.. ¡Hasta "mal de ojo" le habrán hecho al niño!"

—¡Tú también con agorerías!

Zuasnábar, que ha salido en busca de más aire, crispera los puños y da un salto:

—¡Entre todos van a volverme loco!

Y hubiese tomado de las muñecas a su mujer, a no llegar en ese

momento, de la pieza contigua, la voz débil y ronca del muchacho:

—¡Mamita!... ¡Quero que venga mamita!

Zuasnabar declara, aun fuera de sí:

—¡Agradecele a él que no te rompa el alma!

VI

A las doce y media el termómetro quiere marcar un quinto más. El cuerpo del niño es una brasa. La fiebre cede con un baño hirviente, pero en seguida vuelve a subir. Zuasnabar se va al galpón y ensilla su caballo.

—¿Qué vas a hacer?

—Llevarme el nene.

—¿Cuándo?...

—Ahora mismo.

—¿Tú sólo?

—A menos que tú, intrépida como una amazona, me acompañes en algún matungo.

La ironía se le clava a Berta, tal si fuese un arpón, pero guarda silencio.

—¡Vamos! — ruje el joven. — Prepara rebozos a fin de que lo lleve bien tapado.

Riverita está inmóvil, en su cama de barandas. Hay un momento en que Zuasnabar le oprime la mano derecha en tanto la madre lo sostiene de la izquierda. Y es aquella como un símbolo: el hijo conexando, por amor, los caracteres antagónicos de una mujer y un hombre.

A Riverita se le agrietan los labios, se le hunden los ojos, árdense, con un rosor de brasa, las mejillas suaves.

—¿Qué le duele? — y la voz de la madre acaricia como un beso. — ¿Dónde tiene la nana, mi vida?...

Y ante la inmovilidad impresionante del niño, Zuasnabar insiste:

—¡Sí, mi hijo, diga dónde le duele!

Ya no es la fiera que da zarpazos: ahora, con el alma a flor de piel, es un sujeto tan tierno, inquieto y medroso, como la madre:

—No me dole narita.

—¿Nadita?

—Narita — repite la criatura, que niega el dolor por miedo a los remedios.

—No le vamos a dar lavajes ni magnesias. ¡Quéjese, mi sol!

Pero el niño guarda silencio, en tanto mira a los padres con sus ojos profundos que resplandecen como dos carbunclos. Zuasnabar se yergue, ajusta el cintó, donde gravita el revólver; sale fuera. Bajo la ramada, revisa el caballo ensillado; ve las jergas sin un doblez; la corona acromada; el basto muelle; los cojinitos teñidos; la fresca badana... Aprieta la cincha, porque va a galopar llevando en brazos al hijo.

—¿Y para abrir las porteras? — pregunta Berta, percatándose de aquellas precauciones que toma el esposo.

Zuasnabar, con tono que es ahora casi dulce, le responde:

—Envolveme al niño bien, que ya verás cómo yo lo hago todo.

La cocinera y Berta vienen a los pocos minutos disputándose el placer de conducir a Riverita. Tiene dos años y medio y lo han entrapado como si se tratara de un recién nacido. La tarde se nubla y cabalgan en el viento los efluvios sensuales de la tierra. Huele

a zarzaparrilla por el lado del estero. Las nubes grises y apolotonadas, corren, chocan y se funden:

—¿No lloverá?

—Por si acaso, andá vos, Berta y me traés el poncho.

Ya se lo han traído, y ya lo ha puesto Zuasnabar sobre la cabeza del recado: las dos mujeres besan al chico; también lo besa el padre, que toma el querido envoltorio con la mano derecha, para apoyarlo en el pecho, mientras con

clamó el hacendado, en el momento de partir.

En la mirada de Berta baila su corazón. La cocinera plañe:

—¡Quiera Dios y la Virgen que tenga buen viaje!!

VII

—¿Será posible?...

Al final del potrero de las casas, Zuasnabar ve la otra cerda, recién muerta, porque, sin duda, no ha podido parir.

DESDE PARIS

Ya llega el invierno con sus heladas, sus escarchas y sus lluvias pertinaces y glaciales. Pronto hará también su aparición la nieve, esa nieve tan decantada por los poetas y que aquí, sucia y maculada, nos desencanta y nos asquea.

El sol se oculta como avergonzado tras un toldo gris y melancólico de nubes. Y al lado del fuego que runrunea su misteriosa y bella canción entre un fulgor de brasas y un alegre e inquieto chisporrotear, bien instalados en un viejo butacón acogedor y muelle, nos damos a pensar con nostalgia en esas tierras de sol y de luz que hace ya más de siete años dejamos en una tarde luminosa de julio quien sabe si para siempre.

Ah, tranquilidad provinciana, ambiente recogido, días de quietud bajo un cielo bien azul y ante un mar todo rizado de espumas. Eso era allá en Andalucía...

Aquí la lluvia tamborilea en los cristales avivando nuestras remembranzas.

En estos días tristes y sombríos en que el frío flagela cruelmente las carnes y en que la humedad y la bruma nos hielan hasta los huesos, es cuando París nos parece más huraño, más hosco y más desolador porque nos presenta los contrastes más dolorosos e inhumanos.

Yo he dicho siempre que París era "la ciudad ombligo, escapatate y sumidero". Todos los lujos, todas las vanidades y todos los placeres se muestran impudicamente cínicos ante las miserias más terribles y las tristezas más lancinantes. No es el dolor una flor rara en París. Puede decirse que es la flor de París por atonomasia. Sólo que el espectador ingenuo no ve sino el cascabeleo de Arlequín y la risa cristalina y loca de Colombina, esta Colombina que luego

a solas llorará su tragedia, una tragedia quizás vulgar y anodina, pero que para ella es la tragedia de su vida.

¡Cuántas así a cada instante, en cada casa, tras cada rostro, escondiéndose hipócritamente al amparo de una sonrisa que parece indiferente! Si se pudiera llorar ante las gentes... Si no existiera ese falso orgullo que nos hace verter las lágrimas hacia dentro... Pero, es verdad, el llanto fastidia siempre a los otros y a más estropea los ojos. Riamos, riamos que la risa que tanto amaba el jocundo y buen padre Rabelais es la salud del cuerpo y del espíritu.

Y la gente ríe y goza de todos los placeres, unos egoístamente de verdad, otros para embriagarse y olvidar.

Los que no pueden... Esos, pobres parias exilados de la felicidad, ven el desfile desenfundado de los triunfadores con todos sus derroches, entre un fulgor de joyas y el estruendo de sus danzas negras... Un desfile de vientres orondos y satisfechos, de rostros maquillados, de cuerpos que saben de todas las depravaciones y de almas que conocen todas las bajezas.

Y ellos los ven pasar. Ellos tienen sed, ellos tienen hambre y ni una migaja del festín vendrá a satisfacerlos.

Ir a un restaurant "chic", a un "dancing", a un "cabaret de nuit..." Los billetes no son redondos como las monedas, pero saben correr tan bien como ellas...

¿A qué seguir? Perdóname, lector si vierto en estas líneas un poco de amargura... Anoche, bien tarde ya, vi dos pobres viejecitas y un pequeñín que se apretujaban tiritando bajo el quicio de una puerta...

J. Quesada NOFUENTES.

París, noviembre 1927.

la izquierda sujeta riendas y crines.

—Antes de obscurecer he vuelto.

—¡Senén, por Dios, cuidame ese hijito! ¡Qué no me le dé en la cara el viento! Tráete algún hombre del pueblo y que te abra las porteras. No tardes, porque hasta que no vuelvas yo no vivo.

—¡Bueno!... ¡Me vas a marear con tanta recomendación!

Riverita está contento al ver que van a pasearlo a caballo. Sus vivos ojitos de niño precoz fulgen entre los pliegues de pañuelos y de rebozos.

—¡No te olvides de que tienes en el bolsillo la mamadera, Senén! ¡Dásela si lo notas con hambre!

—¡Bueno, adiós todos! — ex-

clamó la maldita casualidad!... ¡Cómo gozaría la gente que eché esta mañana si la viesen! ¡Cualquiera les quita ahora sus estúpidas creencias! — reflexiona.

Y, espolea malhumorado de nuevo su caballo, que antes de dos horas llega al pueblo, mientras el niño duerme con el enérgico hamacón del galope. Fué a Treinta y Tres por la cruzada, dejando el arroyo Porongos a la izquierda y buscando la altiplanicie de Los Celibos.

Tuvo que esperar largo rato en el consultorio del médico — el único médico que le inspira confianza: un hombre joven, un poco atrabiliario, pero estudioso, inteligente y de conciencia profesional. Mien-

tras viene, Riverita toma, con sorbos lentos, la leche aguada de la mamadera.

El doctor llega al fin, y después de examinar prolijamente al chico, dictamina:

—Una fiebre intestinal emperreada.

—Como de que hay que combatirla con fermentos.

El tratamiento es sencillo, pero áduo por lo que va a durar; alimentación láctea, comprimidos lácticos, muchos lavajes, baños hasta que la temperatura sea de 38... ¡Cuidado con el frío! Las bronconeumonías se presentan sin que se las llame; el niño anda muy débil... Lo más prudente habría sido quedarse en el hotel, pero en la ciudad, el tifus, endémico, hacía de las suyas. Un contagio... ¡No, no! Era lo mejor, conocida la enfermedad de Riverita, irse, bien surtido de remedios, para la estancia. Además: ¡Y si mandaba en busca de Berta y el automóvil se descomponía en el camino?... De utilizar coche de caballos, tal riesgo se conjuraba, pero pasarían muchas horas antes de que su mujer llegara junto al niño, que desde que lo examinó el doctor, plañe de un modo desesperante:

—¡Mamita!... ¡Quero ir con mamita!

Y aquel gemido partía el alma.

—¡No llore!... ¡En seguida va a estar con su mamita, mi hijo!

Era imprescindible galopar de nuevo en el tordillo. En menos de dos horas abríanse propicios ante Riverita los brazos maternales. Partió, conduciendo aquel montón de carne y de ropas con tal cuidado, que ni en una cuna lograra más cómodo vaivén.

—¡Mamita!... ¡Quero ir con mamita!

Zuasnabar, ante el ruego, clava los espines erizados en los ijares del caballo. La tarde, menos fría, se carga de electricidad, bajo las nubes plomizas, de tormenta. ¡Si lloviera, si se mojase el niño!... Pero no, imposible; la luna "se hizo con seca". Lo peor sería un obscurecer rápido, sin crepúsculo.

Y esto fué lo que sucedió, a tiempo que Zuasnabar entra en campos de la estancia. La gramiella cubierta de flores primaverales, al pisotearla el caballo, exhala un fuerte perfume que evoca la égloga. Viendo en peligro sus nidos, los terrereros se alzan para gritar en torno a la cabeza del jinete, con lo que Riverita, francamente asustado, insiste en el pedido:

—¡Mamita!... ¡Quero ir con mamita!

—¡Ya vamos a estar con su mamita, mi rey!

Y comprobando la atracción de la madre, Zuasnabar siente cómo nunca podría separarse de su esposa, que, en el fondo, es una mujer buena. Cuando entra en la zona de los manantiales se ha puesto muy oscuro y tiene que retardar el paso. Le deslumbran centenares de bichos de luz, con aquel mareante farolito, que se prende y se apaga en su abdomen, como remediando un faro. Zuasnabar se "encandila" y se desorienta; teme errar los pasos. De pronto, en lo alto del pecho, ve las luces domésticas: una puerta y una ventana que se recortan en la obscuridad como dos láminas de hierro al rojo.

—¿Ve, mi hijito?... Su mamita nos está esperando allí.

Y aparta, para que vea el nene, los pliegues abullonados del rebozo.

Pero Riverita no mira, limitándose a gemir:

—¡Mamita!... ¡Quero ir con mamita!

—¡Sí, ya vamos, tesoro!

Y Zuasnábar vacila un momento llegando a la vertiente, no sea que equivoque, en la obscuridad, un paso de piedra "muy seguro". En el estere lleno de caraguataes y espadañas, tan en sombras que ni siquiera destaca la copa de un corpulento canelón, hay pájaros que pían tristemente. De pronto, el caballo pisa en falso y su pata izquierda parece huirse; asustado afirma las manos, que se clavan como alfileres. Zuasnábar titonea las riendas, mete espuelas, blande el rebenque... Todo en vano, porque el tordillo se hunde cada vez más en aquel barro blandísimo. El instinto le dice a Zuasnábar, sudoroso, congestionado, que el peligro es muy serio, porque son más terribles los manantiales de lo que él siempre creyó. Pero no pierde la cabeza y todo su cuidado es para salvar el hijo:

—¡Tesoro!... ¡Tesoro mío! — grita, con las piernas sepultadas en aquel légamo que le traga el caballo.

Y arroja el niño lejos de sí, hacia donde cree divisar un macizo de paja mansa. La criatura ha caído sin conmoción, como si se tratase de un blando lecho, pero Zuasnábar se sigue hundiendo, ahora

al costado del caballo, que patea y es como si abriera para ambos anchura fosa. Los ojos del tordillo fosforecen de terror. Ya sólo tiene la cabeza fuera. Entretanto, Zuasnábar, que extiende en cruz sus brazos, defiéndese del percance a fuer-

El agua que empapa sus ropas, ha dejado a Zuasnábar sin voz, pero los sentidos se agudizan: "¡Esto es serio! — debe pensar. — ¡Me muero, me muero en fija! La fatalidad... El destino... ¡Mi hijo, mi pobre hijo!..." La masa semi-

EL ANFORA

(De "EL LIBRO DE CRISTAL", en preparación)

El secreto divino que tú buscas está en el claro corazón del agua. No lo busques ya más; bébete a sorbos la limpidez del ánfora, que el secreto divino que tú buscas está en el claro corazón del agua.

Ven a beber, amigo o enemigo; ven a beber la claridad del ánfora. ¡Oh, mundo, tú no sabes lo que me dijo el corazón del agua!

José E. PEIRE

za de inmovilidad. Sus cabellos se erizan ante la inminencia de la muerte o tal vez porque está oyendo al niño:

—¡Mamita!... ¡Quero ir con mamita!

sólida que lo sujetaba por las axilas, ablandase, se rompe y cede... Rasga una nube plomiza la luna, que palidece de horror en tanto alumbraba la tragedia. Riverita ha visto a su padre, mientras, con los

EVITE EL SUDOR
DE SUS PIES, MANOS Y AXILAS
CON
VASENOL
ANTISUDORAL

brazos extendidos, era un crucificado. También Zuasnábar ha visto a su hijo que, de vientre en el macizo, gime tironeando las pajas:

—¡Mamita!... ¡Quero ir con mamita!

De pronto calla, porque la cabeza del padre se echa para atrás y luego ya no se ve. Los brazos se acortan, desaparecen... Ya solo hay dos manos, haciendo señas que no entiende Riverita. Las manos se van en pos de los brazos y una gran calma envuelve el campo. El niño, que ahora presiente su soledad, llora con desconsuelo:

—¡Mamita!... ¡Mamita!... ¡Quero ir con mamita!...

UN ARGUMENTO

Por Valentin Hurtado

Aquel caballero llegaba, indefectiblemente, a la hora en punto anunciaba para comenzar la función, y luego de doblar cuidadosamente su gabán, se sentaba como ajeno a la sugestión del espectáculo.

Me es imposible precisar cuándo ni cómo reparé en él por primera vez. ¿Era alguna persona de esas que nos presenta algún amigo cualquiera y de la que ya nunca volvemos a acordarnos? Misterio. Nosotros, los acomodadores de los "cines", vemos tantas caras diariamente, que llegamos a confundirlas en una sola y a identificar en una única expresión la de todos los rostros.

Fué un compañero el que, excitada también su curiosidad, me hizo caer en la personalidad de aquel sujeto extraño. Ahora lo recordé perfectamente; era un individuo a quien conocí durante mi corta estancia como acomodador en un "cine" lujoso, ya que me llamó la atención poderosamente una manía suya: todos los días, a la misma hora, se presentaba en la sala y veía siempre la misma película. Al acabar ésta, abandonaba el local con un evidente gesto de mal genio y reaparecía de nuevo, en la sesión de la noche, para contemplar la citada película con más interés que la vez anterior.

Así durante los siete días que estuvo la cinta en el programa.

Y he aquí que ahora volvía a encontrarle en este "cine" de barrio donde, ¡oh casualidad!, se proyec-

taba la película que meses antes admirara tantas veces aquel inexplicable sujeto.

Como aquella vez, pude notar que concurría a todas las sesiones y ver su cara de disgusto al terminar la proyección de "su película".

Pasamos así la semana que duró en el cartel la famosa cinta, y sin que yo me atreviese a interrogarle acerca del motivo de su asiduidad.

Pero la noche en que se puso por última vez, el caballero dijo:

—¿Sabe usted si van a poner esta película en algún otro "cine"?

Ante mi respuesta negativa, el hombre torció el gesto. Creí llegado el momento de interrogarle:

—Caballero, esa película la ha visto usted ya veinticinco veces. ¿Me consta! ¿Qué misterio existe para que tenga tanto interés en no perder ninguna de sus exhibiciones? Dígamelo o enfermaré del corazón. ¡Se lo suplico!

Y él me contestó:

—Paulina Broy, la protagonista de esta película, es la mujer que más me ha gustado del Mundo. Usted sabe bien que hay una escena donde ella, "en pleno campo", empieza a desnudarse para cambiar de traje y que, en el preciso instante en que van a caer sus vestiduras, el director ha hecho cruzar ante el objetivo un tren de mercancías que, cuando deja de pasar nos la presenta ya con el otro traje. Pues bien, vengo a ver si quiere Dios que cualquier día ese inoportuno tren... venga con retraso.

LAS PEQUEÑAS VIRTUDES

Ejecutar acciones grandiosas es muy bello, pero la ocasión es rara; y si esperamos para aprovecharlo, el momento de ser heroicos, hay peligro de que sigamos esperando para siempre, y la pereza, que no es una virtud, puede que tenga mucho que ver con esa espera. Cuando de hacer bien se trata, es menester contentarse con lo pequeño, a falta de lo grande, y no cruzarse jamás de brazos; el ejercicio de las pequeñas virtudes nos llevará a practicar las grandes.

Es menester saber ser soldado en el ejército del bien antes de ser capitán; y sólo es perdonable en los jovencuelos inexpertos pretender figurar en la batalla de la vida en calidad de general.

Esta batalla, como todas las demás, se gana tanto por los soldaos como por los jefes; Alejandro, César y Napoleón jamás hubieran vencido por sí solos. No podemos ser conquistadores sin la ayuda de un ejército; pero podemos ser valientes, intrépidos y héroes, sin la ayuda de un conquistador.

Las buenas acciones, para el mérito del que las ejecuta, valen como grandes; muchas veces aquellas cuestan menos y dan mejor resultado. Como la moneda menuda, que tiene su empleo todos los días; las pequeñas virtudes tienen la ventaja de estar al alcance de todos. No necesitan de grandes escenarios, un apartado rincón les basta; no necesitan que "parezcan ser", con que "sean" es suficiente; no necesitan mostrarse a pleno sol, pueden estar en todas partes y de preferencia en la sombra humilde. Las pequeñas virtudes, aunque no sea lo que llamamos gloria, en la vida, son las que forman su honor y su sostén.

Hetzel STAHL

Una broma macabra

Por Francisco Caravaca

—Y bien, Jack — exclamó el presidente de aquella extraña reunión, encarándose con un muchacho rubio de sonrosadas facciones—; ¿ha preparado usted su relato? Esta noche le toca a usted en turno el relatar algo que, con arreglo a los estatutos de nuestra reunión, sea algo fantástico, emocionante... No es preciso que sea un hecho real, no; basta con que sea extraordinario, aunque sea producto de su imaginación, o lo haya usted leído en alguna parte... De modo...; somos todo oídos...

Jack Snif, lleno de turbación, palideció intensamente: se alzó de su asiento, y, con voz alterada, dijo:

—Señores; yo les ruego que me perdonen... No se me ha ocurrido nada...

—Siento decirle, señor mío, que es completamente imposible hacer una excepción en favor suyo, pues no sería legal ni justificada... ¿Verdad, señores?...

—¡Cierto! — gritaron varias voces.

—¡Yo les suplico!...

—¡Nada, nada, venga el relato! — masculló el presidente.—¡Apuesto a que es de lo mejor que hemos oído!...

—¡Es imposible!... No insistan ustedes... ¡Es demasiado terrible!...

—¡Ah, no! — exclamó Walter Stevenson en dos distintos tonos de voz. — ¿Ven ustedes cómo hay historia?... ¡Ah, amiguito, se ha delatado usted!... Ya no tiene remedio la cosa, a menos que usted prefiera representar un feo papel ante estos señores...

No quedaba otra solución, so pena de ser vergonzosamente expulsado de aquella reunión, que dar pasto a la voracidad de aquellos amantes de lo extraordinario... ¡Era verdaderamente terrible!... ¿Qué hacer?...

Temblando, Jack, pálido como un cadáver, comenzó su relato:

—Aquella tarde salíamos del hospital Central de San Francisco varios estudiantes de la sala de Anatomía, y charlando animadamente recorrimos la larga avenida de sicomoros, con dirección al centro de la capital. A medida que avanzábamos, el grupo grande, formado por todos los estudiantes, empezó a subdividirse en pequeñas agrupaciones, cada vez más pequeñas, puesto que algunos se iban separando. En el último de estos grupos iba Jimmy, el corpulento, el valeroso Jimmy, el compañero más jovial, el que con sus risotadas estrepitosas y francas causaba la alegría de todos los estudiantes y borraba el enojo de los profesores. A su lado caminaba Peters, Allan y... otro, otro cuyo nombre quisiera no conocer...

En el grupo se hablaba de un tema por demás sugestivo: del miedo. No del miedo pueril ante apariciones de ultratumbas o de misteriosos ruidos que muchas veces ha producido uno mismo sin darse cuenta, no. Se trataba de esas difíciles situaciones del espíritu en las que el temperamento más vale-

roso siente cómo una frialdad aterradoramente recorren toda la sangre, cómo se dificulta la circulación y el pánico supremo del pánico hace dilatar las pupilas como fauces de un lobo hambriento... De estas verdaderas crisis humanas, que tan bien ha sabido describir Allan Poe, en las que la imaginación desbocada agranda desmesuradamente los peligros reales y sume al hombre en un abismo de horror...

Y el tema de la conversación hacía a Jimmy tan enorme gracia, que sus carcajadas resonaban bajo la arcada de los sicomoros del paseo.

—¡Ja, ja!; me causa gracia ese tono de misterio que tenéis de decir las cosas!... ¿Es posible que vosotros sintáis miedo, decid?... ¡Cobardes!...

—¿Y tú, tú no sientes miedo, Jimmy?... —preguntó Peters, muy seriamente. — ¡Cómo se conoce que no te has hallado en ningún caso!... Yo, una vez...

—¡Basta! — prorrumpió Allan, amoscado.—No cuentes nada... ¿No

ves que Jimmy es un valiente?...

El otro de los estudiantes guardaba silencio. Aun no había intervenido en la conversación cuando los cuatro amigos se detuvieron frente a la casa de Jimmy, que se despidió de ellos, riendo de muy buena gana.

Ya en el umbral de la puerta gritó burlón:

—¡Cobardones!... No creo una palabra de vuestras paparruchas...

Y subió las escaleras silbando alegremente.

Dos días más tarde, los diarios de la mañana publicaban el siguiente extraño suceso:

"UN HOMBRE MUERTO"

A las nueve de la noche del día de ayer ha sido hallado en West-Park el cadáver del joven Jimmy Benned, hijo del conocido comerciante John Benned.

El cadáver apareció junto a uno de los árboles de la avenida central del West-Park, donde fué hallado por el policía de servicio.

El cadáver no ofrece herida alguna, y el dictamen facultativo asegura que se trata de una conmoción cerebral, producida, sin duda, por alguna emoción violenta.

Seguramente se trata de un asesinato, o quizá de un crimen involuntario, dada la extraña circunstancia de que la mano derecha del cadáver de Jimmy Benned estaba

fuertemente unida a la mano de un brazo humano cortado a cercén por su parte superior, es decir, por el enlace con el hombro.

Hechas las oportunas averiguaciones, se ha podido comprobar que dicho brazo ha pertenecido al cadáver de un obrero italiano llamado Pietro Foscari, que la pasada semana falleció en el Hospital Central, víctima de una enfermedad infecciosa...

La policía trabaja activamente para descubrir al autor del extraño crimen..."

Jack había terminado su relato de una manera tristísima.

La impresión producida era intensa. Todos guardaban silencio, hasta que Walter Stevenson dijo alegremente:

—Sí, claro; eso está comprendido... ¿Fué el otro, verdad?... ¿Le estrecharía la mano y la emoción sería tan terrible que le produjo la muerte?... Es claro como la luz del día...

—En efecto: así fué...

—¿Y la Policía no logró dar con el autor del crimen?... ¡Merecía la pena de muerte!... ¡Vaya si la merecía!... Yo le hubiera condenado a muerte...

Jack palideció de un modo horroroso; pero con voz acompasada, en la que había una seguridad terrible, un no sé qué de firmeza, contestó lentamente:

—Yo también...

REUTER'S LITTLE PILLS
DOSIS
COMO LAXANTE
1 A 2 PILDORAS
AL ACOSTARSE

1 ó 2
Pildoritas
REUTER

que Vd. tome antes de acostarse, son suficientes para regularizar su intestino.

Las Pildoritas Reuter

son fáciles de tomar por su diminuto tamaño, y de efecto rápido.

EN TODAS LAS FARMACIAS

Dep. Gles. ILLA y Cía.
MAIPJ 73 Buenos Aires

Cómo se vive y se trabaja en los grandes rotativos

Recorriendo los interiores de "La Prensa"

Cuando por medio de cabrestantes se subía la figura simbólica con el faro, del diario "LA PRENSA", un gobernante voluntarioso, enojado por la prédica doctrinaria del órgano periodístico, exclamó: "Yo apagaré esa luz!" Recordando el hecho, un inteligente periodista nuestro decía:

—Vana amenaza; "LA PRENSA" es la misma entraña nacional, su íntima palpación.

Llegamos al coloso en la hora de mayor labor. En el día regresa del viejo mundo D. Ezequiel P. Paz, director-duño, digno hijo de aquel espíritu grande, ático y ejemplar: don Pepe, como le llamaban sus contemporáneos.

Un anciano elegante, gallardo y simpático desciende las escaleras. Miguel Silva, que no ha mucho celebró treinta años de permanencia en el diario. Conserva su línea en forma impecable.

La administración es digna de capítulo aparte por la distribución tan acertada de sus oficinas, el orden observado, la importancia trascendental que tiene en la vida de un órgano semejante.

La sección avisos es interesantísima. Parece que allí se volcara el Cosmos. Seres de todas las razas que concurren ansiosos a colocar el anuncio de lo que saben hacer, para obtener trabajo. Inmigrantes, llevan en sus caras semitristes, reflejadas la nostalgia de lo que dejaron en mezcla singular con las esperanzas que traen. Porque casi todos vienen con el corazón henchido de ensueños dulces y quimeras que se transforman tantas veces en preciadas realidades. Una vez estando en ese lugar acercóseme un hombre rústico, meridional. Me pidió en un dialecto pintoresco de la baja Italia, le redactase una solicitud de trabajo. Accedí gustoso. Pasaron cinco años. Cierta mañana oigo que alguien me llama por mi nombre desde un lujoso automóvil. Miré y francamente no reconocí al ocupante. No recordaba haberlo visto ni en cajas de fósforos. ¿A que no se imaginan mis estimados lectores, quién era el llamador? Pues el palurdo, que encontré en "LA PRENSA". En un lustro había triunfado en esta tierra de promisión, constituyó hogar con una criolla, y abrió cuentas en casi todos los bancos, girando hoy alrededor de dos millonajos. Me ofreció un cigarro de hoja puro. Esto que parece cuento de hadas no es más que uno de los tantos casos registrados y que se registrarán.

Una galleguita recién venida, que dejó a los suyos en Mondoñedo, retirase contenta. La interrogamos. Algo gazmoña la moza nos mira con desconfianza, pero luego sonríe.

—Allá nun se tiene fe a los diariis chicus. "LA PRENSA" es el mellor de todus, para cunsejir colocación.

Pasamos al subsuelo donde se hallan las rotativas y las máquinas de rotogravure. Están paradas, silenciosas, descansando, para adquirir mayor brío mecánicos y funcionar con potencia sorprendente, llenando el papel de las bobinas con pasmosa celeridad. ¡Qué satisfacción se experimenta observando estos signos del progreso y la ciencia!

En el taller de las linotipos, todo es movimiento; muchos obreros preparan el plomo que corre hirviendo por las entrañas de éstas para transformarse en letras que traducirán ideas, conceptos y sentimientos, yendo a impresionar conciencias y cerebros. Porque como muy bien se ha dicho, desde que el periodismo asumió la función de ente vivo y pensante, sus latidos conmovieron la tierra toda. Vino a poner en rotación ese mecanismo de maravillas, que es el cerebro, haciendo que éste se

nutriese y entrara en la actividad que reclamaban su engranajes.

—¿Qué tiraje tiene actualmente el diario?

—En agosto de este año, 255.005 ejemplares — circulación neta — nos dice uno de los secretarios que nos acompaña en nuestra visi-



Señor Ezequiel P. Paz, director de nuestro colega "LA PRENSA"

ta. Este es el último promedio general. Ahora con respecto a las ediciones dominicales, debo agregar que en el mismo mes de 1926, el tiraje alcanzó a 338.605.

—¿Cuál ha sido la tirada máxima alcanzada?

—El 10. de enero, 350.000 y últimamente el 13 de noviembre, 353.024 ejemplares, edi-

ción que marca un verdadero record. Estas cifras han sido comprobadas por el escribano público, señor Lorenzo Mira (H.)

Entramos en el salón de actos públicos, donde celebra sus sesiones semanales el Instituto Popular de Conferencias. Está artísticamente construido y amueblado. Se puede afirmar con entera justicia que es uno de los mejores de Buenos Aires. Por esa cátedra alta han desfilaro eminentes personalidades argentinas y extranjeros ¡Cuántas veces ha vibrado en tal recinto la voz viril, generosa y elocuente del fundador de la Institución, uno de los más ilustres ciudadanos que supieron luchar por la patria sin desmedros: El doctor Estanislao S. Zeballos!

La biblioteca que posee el colega, es pública y se halla atendida por personal competente. Varios miles de volúmenes lujosamente encuadernados la constituyen.

En un hall vemos a numerosas personas sentadas como en la sala de un médico. Es el consultorio gratuito. También posee uno jurídico y escuela de música.

Don Ezequiel P. Paz, expresa su pensamiento con precisión, sin reticencias.

—Sigo creyendo que la prensa es una institución que refleja y dirige la opinión pública, al poner en contacto por el pensamiento, al mayor número de lectores.

Máximas corrientes que todos respetamos y cumplimos en esta casa son las palabras del insigne periodista norteamericano Walter Williams: "Nadie debe escribir como periodista lo que no pueda decir como caballero" "LA PRENSA" no implantó nunca servicios que no estuviera resuelta a mantener y perfeccionar. Su paso fué firme y seguro en el progreso, porque cuando decidió introducir adelantos en su obra, apeló antes a madura reflexión y cómputo de fuerzas y energías, para darles base sólida que los hiciera perdurables.

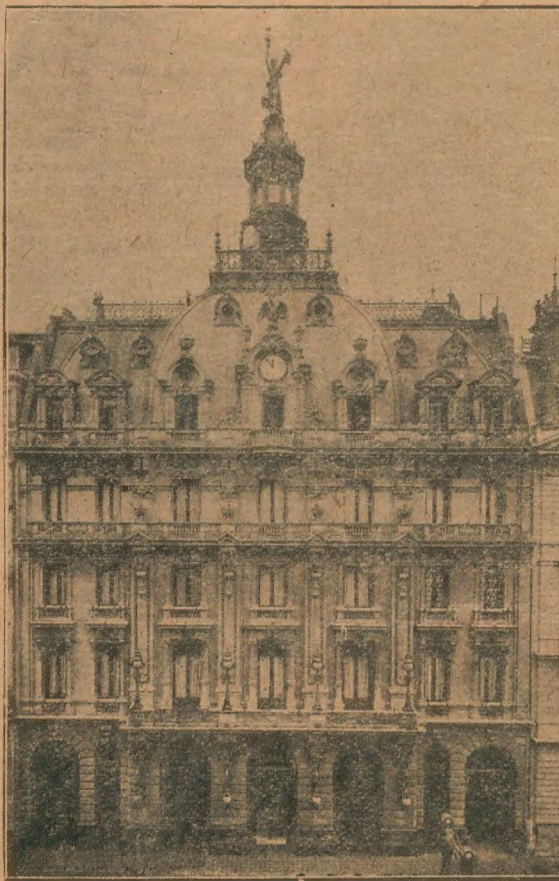
Nada ha quedado por ver. Hemos llegado hasta la torre de la sirena. De allí se domina perfectamente la gran ciudad, rumorosa, inquieta y romanesca. A la hora que duerma, encendido el radiante faro, que molesta a los demagogos, los artículos, editoriales, comentarios, informaciones, folletines y avisos, irán pasando vertiginosamente de las formas a las hojas que difundirán a los cuatro vientos todo lo que en el mundo pasa.

Señalando normas, fustigando lo innoble y encauzando, retrayendo cuando era necesario, instruyendo, aclarando y educando, en esa misión honda y vasta del periodismo, hemos visto "LA PRENSA" durante su vida fecunda y ejemplarizadora. Informando con seriedad y exactitud cronométrica, defendiendo con tesón, verdades y censurando males, ofreciendo al mismo tiempo eficientes paliativos,—bajo una inspiración sana e idealista, tal ha sido como se ha comportado con el pueblo argentino y con el mundo, el coloso matutino.

Una joven aristocrática, que por casualidad ha madrugado (son las 9 horas) (¿) abandona con pereza el lecho y se sumerge voluptuosamente en el baño preparado con agua tibia y esencias aromáticas. La doncella deposita en una mesita adyacente cartas y varios noticieros. La adorable criatura elige de entre el montón un ejemplar de "LA PRENSA" que lee con fruición.

Mujer, baño y diario, tres factores de la existencia actual, en plácido concierto. Síntesis admirable y exquisita.

Roque CEPEDA VERON



— Frente del edificio del diario fundado por José C. Paz. — Adviértase la torre con la figura simbólica y el potente faro que proyecta hermosa luz como las enseñanzas y doctrinas sustentadas por tan alta tribuna del pensamiento.



No recuerdo con qué motivo uno de los contertullanos aseguró que odiaba no sé a quién con un "odio africano"; pero jamás podré olvidar el gesto del forastero al escuchar aquel lugar común, ni su manera brusca de intervenir en la conversación.

He viajado por todos los caminos de África—dijo—y no encontré en ninguno la verdadera imagen del odio, que se me presentó después a dos pasos de mi casa natal. Desde Túnez o Capetown vi muchos coléricos y pocos odiadores. La cólera es una explosión, y el odio, una destilación; el colérico puede hacer, en un segundo, sin causa, sin placer, lo que el odiador ha de hacer lentamente, reflexivamente, vengativamente. A mi juicio, Yago sabía odiar mejor "sabía", porque hasta las pasiones instintivas crecen con la inteligencia y el cultivo. ¿Odio africano? No. Odio europeo. La vieja Europa es capaz de refinar y multiplicar los impulsos más bárbaros. Oigan ustedes la historia de una profesora de odio. Es muy breve:

Seducida casi a la salida misma de la infancia, aquella mujer hizo de la maternidad plaza fuerte en donde abroquelarse contra el mundo. Aprendió un oficio difícil y trabajó en la casa, yendo a recoger y a entregar tareas siempre con su hijo. Para no separarse de él ni siquiera con el pensamiento, no tuvo amigas. Muchos debieron, en más de una ocasión, creerla muda: tal era la cerrazón de su boca y de todo su rostro ante los demás; y, sin embargo, en cuanto estaba a solas con el niño, charlaba, charlaba; y todavía al apartarse de él, dejándolo dormido, advertía que se le habían quedado innumerables cosas por decirle, y se ponía a hablar sola, pensando en él.

Se echó el pelo hacia la nuca, renunció a toda seducción y no tardó en adquirir en sus choques con los obstáculos de la vida un aire masculino, angustioso. Ni el influjo de las primaveras ni los halagos de los hombres, que al principio de su florecer maternal la asediaron, consiguieron desflorar su espíritu, trezado íntegro en aquel amor materno que, aún siendo tan puro, estaba, por su exceso, próximo de la aberración y del pecado. ¿Se han fijado ustedes en el carácter tremendo de esos vicios que nacen precisamente en el límite de ciertas virtudes? Son sombras junto a luces, que las hacen parecer más negras. Aún lo que no parece susceptible de exageración necesita medida. Aquella mujer sentía la maternidad belicosamente. El mundo era para ella desierto, y su no tenía, como los amores sexuales, la válvula de los deseos alternativamente satisfechos y redivivos, le mantenía en carne viva el alma. Y, despierta o dormida, el ruido más débil hacíala incorporar-se en actitud de defensa.

Vivían una vida de vehemencia y afanes, cual si de continuo estuvieran rodeados de peligros. El tiempo echó los primeros años de pubertad sobre la infancia del muchacho cuando aún la juventud hubiera podido ofrecer a su madre las últimas rosas. Eran como dos hermanos de uno de esos matrimonios que ponen entre su primero y último fruto largo lapso de calma. Y más de un transeúnte se volvía, al verlos, con equivocada sospecha.

Cada etapa de la vida del hijo sembró la vida de la madre de vo-

CUENTO DE ODIO

Por A. Hernández Catá

luptuosas inquietudes: insomnios, zozobras, congojas, iras y súplicas para las potestades divinas. Primero fué la lucha contra las enfermedades que acechan al ser tierno; luego fueron los estudios. Ella le repasó las lecciones y se interesó para que él obtuviera los sobresalientes codiciados, por todas las asignaturas, sin que su entendimiento, al cultivarse, se modifica-

Ningún propietario temió jamás con tanta avaricia por su bien. Bastaba que él mirase a una mujer, que dijese un nombre o que mostrara la sombra de una preferencia, para que el rostro materno se nublara y golpeará dentro del espíritu el terrible oleaje de los celos. Su inteligencia, íntegra al servicio de su pasión, multiplicábase para destruir con las armas del ridícu-



ra. Iba a ver a los catedráticos, armada de halagos o de insultos. Y en las peripecias de la niñez y en esos misterios, ya suaves, ya patéticos, en que la infancia se va endureciendo poco a poco para transformarse en pubertad, ni un día dejó de gozar y sufrir con toda el alma, rebelde a someter a la niveladora costumbre su instinto materno hipertrofiado.

Hubo un momento en que él se opuso a que ella siguiera trabajando seguro de que podría ya mantener para siempre con su esfuerzo. Y entonces, precisamente cuando debían acabar, fué cuando empezaron las preocupaciones profundas.

lo o de la duda el germen para ella maligno.

En los primeros tiempos la razón le avisó con su energía postrera: "No puedes oponerte a la corriente de la vida... Es monstruoso que pretendas inmolar su juventud so pretexto de que tú le sacrificaste la tuya... Madre y generosidad son sinónimos, y lo que tú quieres es una usura repugnante". Estos avisos y otros fueron acallados por un ímpetu más fuerte que el juicio: "¡su hijo era suyo, suyo sólo, y ninguna mujer tenía derecho a disputárselo". Para engañar a los despojos de su razón, poníase a imaginar mujeres perfectas: ricas, be-

llas, inteligentes (modestas, apasionadas y templadas a un tiempo, y decía con sonrisa de hiel:

—¿Ves? Elige una mujer así y yo no me opongo. No creas que te quiero para santo.

Siguieron dos años de tan pavorosa espera, que cuando la desgracia llegó fué como al llegar la escena final en un drama harto conturbador una suerte de reposo fúnebre.

No; como la escena final, no. El drama no había hecho más que iniciarse. Aquella alma tempestuosa debía engendrar un ser con resistencias acantiladas para oponerlas a los huracanes; y cuando eligió no hubo estratagemas, reproches, amenazas capaces de disuadirlo. La elegida fué una muchacha vulgar, vestida de excepción por el disfraz maravilloso de la juventud. La madre averiguó al punto que había tenido antes otro novio, y lo dijo con intención maligna e inútil. Le buscó antecedentes familiares; le descubrió dos o tres generaciones atrás; enfermedades falsas, delitos... Todo inútil.

Desde el noviazgo a la boda, los disgustos encadenáronse en eslabones estrechos. Primero fueron los suspiros; luego, las calumnias; más tarde, los largos silencios repentinamente interrumpidos por las congojas unas veces de humilde aflicción y otras, de rabia. De nada sirvieron las claudicaciones de la muchacha. Aquella alma que había sabido consagrar tantos años su fuerza al amor, entregóse a la animadversión con la misma sed de absoluto.

"Yo te separaré de esa mujer; te lo juro por... ti" — le dijo a su hijo. Y desde entonces sus violencias se interrumpieron hasta la víspera de la ceremonia, en que un raptó de exasperación la puso al borde de la muerte.

No fué posible la vida en común, y el recién casado aguardó con filial ansiedad a que el primer año de su matrimonio diera ala insumisa un nuevo ser sobre quien volcar ya para siempre, exenta de acritudes, su absorbente maternidad. "Es lo único que puede salvarnos", susurraba a su mujer cuando ésta lloraba. Mas el fruto no vino, y cual si la solitaria esperara, sin darse cuenta de ello, el plazo prudencial para dulcificar o extremar su guerra, el aparente desprecio mudóse en ataque, y no había encuentro que no trajese disputa y escándalo. Avergonzado, desesperado, el matrimonio hubo de irse a vivir a otro pueblo para librarse de aquella persecución furiosa, transformada en rastrera, lejana y humilde — persecución de perro que se conforma con ver al amo de lejos — cuando él salía solo.

Con la fuga llegó la paz y pudieron quererse dulcemente. Sin duda, el no verlos calmó también la irritabilidad materna, porque ni carta ni recado volvieron a recibir suyo. Algunos días hasta llegaron a olvidarla... Cierta noche creyó ella reconocerla en el recodo de una calle; pero no, no podía ser... Y se sobresaltó:

—¡Es ella sí!...

—No. Y aun cuando fuera... Quizás no haya podido resistir más el deseo de verme.

—Tienes razón... ¡La pobre!... Pero tal vez no sea ella. No vi bien. —Creo que no era... No pienso más.

En su ingratitud de hijo y en su molición de enamorado, no comprendía las sombrías abnegaciones. "El

tiempo lo arreglará todo, ya verás", solía vaticinar a su mujer entre dos besos; pero ésta movía la cabeza, denegando; y el día en que, durante una de las ausencias profesionales del marido, recibió de parte de éste un pastel, y al abrirlo notó un gusto acre que la hizo sospechar de súbito y dárselo de comer al gato, que murió en seguida, comprendió que el odio lejano velaba.

Nada le dijo a él a su regreso. ¿Para qué? Limitóse a comprobar que el envío era engañoso, y no quiso agravar con acusaciones las nieblas que, de tiempo en tiempo, empañaban el carácter varonil. Su acusación habría nublado y quién sabe si destruido la claridad de juicio que le permitía ver a él la injusticia absoluta de aquel odio. Pero esas nieblas crecieron a pesar de las delicadezas de la esposa; la madre había cambiado de táctica y ya no ocultaba sus viajes para verlo. En vano él quiso acercársele, perseguirla; ella huía, y de lejos le tiraba besos casi iracundos. ¿Qué hacer? ¡Era grotesco y terrible! El único amigo de la casa trató en vano de mediar. La rencorosa dijo: "O ella o yo. Venía a verlo porque eso me calmaba; pero puesto que le molesta no vendré". Y desapareció sin dejar rastro.

Todas las pesquisas fueron inútiles. Pasaron los meses. Un olvido impuro aisló la pareja: un olvido que no era la calma total: un olvido semejante a esas anestias que hieren casi de muerte al dolor, pero que dejan en el fondo de la conciencia el temor a que resucite otra vez más violento.

Y resucitó. Una mañana, al regresar de despedir a un amigo, a aquel amigo único que marchaba a América, él encontró una carta en su mesa de trabajo. Conoció en seguida la letra, y ni un momento supuso que se tratase de un nuevo adiós o de algún nuevo encargo postretero... ¡Al leer la carta quedó galvanizado! El amigo quería revelarle, al partir, un secreto; un secreto terrible. Su bondad, su duro sacrificio de renunciar a la madre, su honradez, eran burlados con perversa hipocresía. El novio de antaño gozaba de sus ausencias periódicas y a media noche saltaba por la tapia del jardincillo en busca de las caricias de la adúltera. ¿Que la acusación era espantosa? Sí. Muchas veces titubeó antes de cumplir el triste deber. Pero no se trataba de una sospecha, por desgracia. Bastaba una sospecha, por desgracia. Bastaba que figiera un viaje y se quedara escondido, para cerciorarse de la verdad.

La primera impresión, la del instinto, fué de repugnancia. Recordó los ojos claros de su mujer, donde no cabía la mentira, e inconscientemente releó varias veces la carta hasta convencerse de la autenticidad de la escritura. De todos modos... Casos de hipocresía tan grandes habíanse visto. De tratarse de una falsificación, habría sido el dardo sin pruebas no el hecho comprobable, tangible... Pero... ¡No, no!... Algo burdo y oblicuo había de todos modos en una relación hecha huyendo... Acusar así equivalía casi a la vileza de enviar un anónimo. Lo mejor era despreciar, olvidar... Pero ¿querer olvidar no es el modo de recordar más dolorosamente? Después, el entendimiento quiso tomar parte en el drama, y empezó a barrenar con suavidad artera: "Sin duda, la letra era auténtica; pero... ¡No, no! De todos modos... ¿Acaso costaba tan-

to comprobar la verdad? Con una espina en el corazón no se podía vivir".

Cuando comprendió que la menor sospecha era una ofensa y quiso retrotraerse al primer impulso ya el

mujer le preguntó varias veces: "¿Qué te pasa? ¡No estás como siempre!" Y a oír la insistir así, las dudas remotas trocáronse en sospechas ávidas de ir hacia la certidumbre.

OJOS NIÑOS

Para FRAY MOCHO

Ojos alegres, claros, mansos, puros, que son como remansos de luz, de paz, de ingenuidad, por los que se llega hasta el fondo del alma, en un mirar muy hondo de inquisitiva intensidad.

Fúlgidos, santos ojos niños dignos de todos los cariños, amados por mi corazón, son vuestras pupilas espejo límpido, son solar reflejo y promesa de redención.

Quiero sumergirme en vosotros, ojos niños, no veréis otros tristes ojos de llanto y pena, cual los cansados ojos míos, que así os contemplan, hechos ríos de emoción tiernísima y buena.

Quiero buscar a mi amargura cauterio en la mirada pura de los cándidos ojos niños, vírgenes de mal y dolor, fuentes de amor hecho candor, dignos de todos los cariños.

Justo G. DESSEIN MERLO

aguijón habíale dejado su ponzoña y era preciso seguir hasta el final. Durante tres días llevó en sí el secreto por debajo y preparó la acechanza. Algo obscuro del gesto habitual debía traicionarlo, porque la

La tarde en que simuló el viaje era nublada. Encerróse en un café de los suburbios y bebió mucho. Como no tenía hábito en la bebida, ahogáronse muchas cosas de su ser; pero la rabia y el designio de sor-



—¡Caray, Des Grieux! ¿Quién le dió ese tortazo?
—¡La Manón!



—Estamos en el siglo de las reformas. Se reforman las mujeres, el tráfico; hasta el himno nacional.

—Sí, pero lo que no se reforma es el "HIERRO QUI-NA BISLERI"; éste sigue siendo el mismo tónico insuperable.

prender a la infiel sobrenadaron de continuo. "¡Ah, si su sacrificio, su ingratitud para la que le dedicó toda la vida hubiesen tenido ese pago!" Volvió a la ciudad y entró en una tienda, cuyos escaparates lanzaban acerados reflejos... Ya muy de noche regresó a hurtadillas, abrió con lentísima cautela la verja, previamente aceitada, y esperó detrás de un macizo de arbustos. Creyó que la hora no llegaría nunca; cada segundo, sin dejar ni uno, pasó dolorosamente sobre su ansiedad. El último fué casi el más ligero: "¡Ya no necesitaba esperar más! ¡Ya iba a saber!" En el silencio, las doce campanadas se diluyeron poco a poco; luego volvió a imperar la quietud pavorosa. Y en medio de ella, a lo lejos, hacia la tapia donde sus miradas se agarraban henchidas de terror, sonó un ruido apenas perceptible, que repercutió en su alma con formidable eco.

Lo demás fué instantáneo: una cabeza que sobresale, un hombre que salta con prontitud resuelta; un volcán de cólera que estalla; un brazo armado que se tiende; un dedo que se crispa sobre un pedazo de metal; un fogonazo, una detonación; un cuerpo que cae para siempre; gritos, luces, ayes... ¡Ah, el odio había cumplido su promesa, aunque para cumplirla había tenido que inmolarse! Los dos jóvenes no volverían a unirse nunca más; entre ellos, un cadáver de mujer, disfrazado con ropas masculinas, impediría, ya para siempre, toda caricia y toda palabra de amor.

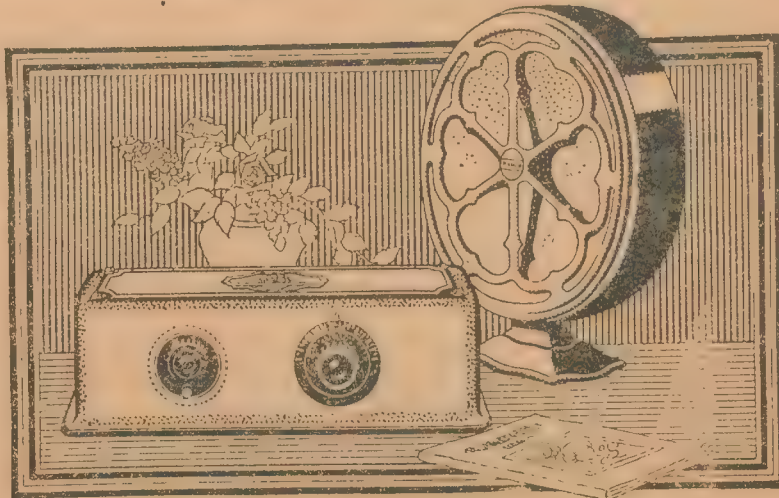
Accidente, desgracia y catástrofe

Suponed que vais a bordo de un buque y que vuestra suegra cae al mar; eso será un accidente. Suponed luego que un valiente marinero se arroja al agua y logra salvarla; esa será una desgracia. Suponed más tarde, y como final de cuento, que vuestra mujer y vuestra suegra os obligan a gratificar espléndidamente al marinero por su acto de humanitario heroísmo; eso será una catástrofe.

ATWATER KENT RADIO

Receptor Modelo 35. Seis lámparas. Gabinete acabado en metal de color marrón con aplicaciones doradas

\$ 260 m/n.



Alto Parlante Modelo E. Reproduce la escala completa de los tonos musicales con una fidelidad y claridad admirable.

\$ 100 m/n.

Esperamos hacernos amigos de nuestra clientela. Sea cual sea el artículo que vendemos, no queremos vernos obligados a bajar la mirada al encontrar de nuevo al comprador — la semana próxima — el año venidero — siempre. Recomendamos cordialmente a nuestros clientes "RADIO ATWATER KENT". Estos receptores sencillos y hermosos, de un sólo control, con sus altoparlantes de tono tan natural — nos hacen amigos. RADIO ATWATER KENT es radio en que usted puede confiar como en él confiamos nosotros. Véalo, escúchelo y quedará usted convencido.

ÚNICOS IMPORTADORES:

DITLEVSEN & CIA. LTDA
SOCIEDAD ANONIMA COMERCIAL IMPORTADORA Y EXPORTADORA

CASA MATRIZ:
COCHABAMBA 54
BUENOS AIRES

Concesionarios
para la venta en la Capital:

MENTRUYT y Cía., Victoria 557.
NIETO Y Cía., Entre Ríos 302.
RADIO CULTURA, Callao 674.
MARCONI Hnos., Juramento 2441.
Casa CACCIA, Rivadavia 6732.

El reputado novelista Alfredo Morain tenía fama de ser un *causeur* ingenioso. Era espiritual, ingenioso, anecdótico y locuaz, cualidades más que suficientes para que se le invitase con frecuencia por las personas del gran mundo. Las dueñas de casa, deseosas de entretener alrededor de sus mesas un tono de conversación agradable, disputábansele. Alfredo Morain, de modesta fortuna y con grandes deseos de llegar, prestábase al juego. Después de todo era un intercambio de cosas: recibía de comer, y daba, en trueque, un cierto número de anécdotas. Era un asalariado, y con frecuencia mal retribuido, habida cuenta de la calidad de algunas comidas a las que se veía obligado a asistir.

Esa noche, Alfredo Morain tenía aún sobre su alma, la velada de la víspera; la cual, desde el punto de vista gastronómico, había sido una verdadera calamidad. Llegó, pues, de bastante mal talante, a la casa de la baronesa Dhubois, y sintió aumentar su mal humor al verse en la mesa colocado junto a la señorita Sidonia Legrand, vieja solterona temiblemente sentimental, pero cuya fealdad le vedaba todo *flirt*, incluso los de carácter platónico. Alfredo Morain pensó:

—¡Si la comida no es buena, me he lucido!

A su lado, Sidonia Legrand le decía:

—¿Sabe usted que estoy verdaderamente emocionada de tener por vecino de mesa a un ironista tan fino como usted? Una mujer, por

Un "causeur" ingenioso

Por Luis L. Martín

muy culta que sea, no domina nunca la ironía, y...

Alfredo Morain lanzó a su vecina una mirada recelosa. La pobre mujer no bromeaba. Comió él un bocado de la langosta a la mayonesa, de la que no quedaban más que los cartilagos de las patas y murmuró: —Este animal es de mica.

Rió Sidonia como si hubiese oído un rasgo de gran ingenio, y replicó: —No importa; lo más interesante en estas comidas es la conversación.

Morain, que empezaba a sentirse fastidiado, dijo para sí: "Recurriré a los almanaques"; y volviéndose hacia su vecina:

—¿Quiere usted que le cuente una historia?

Sidonia contestó entusiasmada: —¡Ya lo creo! ¿Y para mí sola?

—Sí, para usted sola... Yo fui el protagonista involuntario. Ocurrió este verano en Provenza. Un día daba yo mi paseo cotidiano a pie, visitando mis tierras, cuando un automóvil que iba a toda velocidad arrolló en una revuelta del camino un carro, que conducía un campesino. El automóvil se detuvo. Yo acudí corriendo. El carro estaba volcado y el caballo agiábase entre las varas. El conductor yacía

en tierra con el cráneo fracturado. Reconocí al tío Bonnard, un campesino que había yo visto muchas veces. Me incliné para pulsarle. Estaba muerto.

Ayudado por el dueño del automóvil puse el cadáver en el coche y fuimos a la ciudad próxima para dar cuenta del hecho a la gendarmería. Después pensé que había que avisar a la viuda, a la tía Bonnard, y me ofrecí para esa delicada misión.

—Misión dolorosa — dijo Sidonia.

—Dolorosa, en efecto, señorita. Acompañado de un gendarme, salí para el pueblo donde vivía la desdichada...

—¡Ah, señor; qué rato pasaría usted!

—Terrible, señorita. Llegamos a la casucha de la tía Bonnard y, con las mayores precauciones, empecé a preparar a la pobre mujer. La tía Bonnard — parece que la estoy viendo — estaba pelando guisantes.

—Siéntense ustedes, señores — dijo ella desgranando sus guisantes.

Rehusé, y con toda clase de cuidados le dije que su marido había sido víctima de un accidente.

—¡Ah! — hizo ella, sin dejar de

pelar sus guisantes.

Sidonia Legrand interrumpió:

—La pobre no se daría cuenta.

—En efecto, señorita; como va usted a ver. Insistí y le dije que su marido estaba herido.

—¡Ah! — hizo otra vez, desgranando siempre sus guisantes.

Me sorprendí y agregué:

—Gravemente herido.

—¡Ah! — hizo ella de nuevo.

Y seguía pelando sus guisantes.

Yo entonces fui más lejos:

—Ha sido trasladado al hospital.

—¡Ah! — hizo ella.

Y pelaba los guisantes.

Dejé ya todo rodeo y repuse:

—Y ha muerto el pobre.

—Entonces — agárrese usted, señorita — la tía Bonnard dejó de pelar los guisantes y dijo sencillamente:

—Siendo así, bastan ya para mí con los que he pelado.

"Supongo que con esto — pensó Morain al acabar su broma, de dudoso gusto — mi vecina me dejará en paz".

Morain se engañaba. No tenía en cuenta que una reputación sólidamente cimentada resiste en París a todos los demolidores. Gozaba fama de espiritual, y, en virtud de ello, su vecina soltó la carcajada, como si hubiese oído la cosa más ingeniosa, y exclamó:

—¡Oh! ¡Qué gracioso! ¡Pero qué gracioso!

Morain la miró con ojos sombríos, contrariado por el éxito. Vió que nada podía hacer y se resignó a comer tan mal como había comido la noche antes.

Esta mañana, acariciada por un sol suave y limpio como un cristal, florida y perfumada como un jardín, es una mañana única... ¡Mañana que invita a correr por los campos abiertos, a leer versos fluidos y transparentes y a visitar poetas optimistas!

Por eso y deseoso siempre de allegarme a las grandes figuras de las letras o de las ciencias, buscando siempre luz de sabiduría, y obtener de ellas la enjundiosa opinión sobre cosas del espíritu, he venido a la casa del doctor Enrique E. Rivarola, el clásico bardo argentino, honor de nuestro Parnaso.

El poeta, al entrar en su gran biblioteca, donde me ha hecho recibir y aguardar sólo breves instantes, me saluda con simpático cariño de hermano cordial, indicándome en seguida un cómodo asiento.

A raíz de una pregunta que le dirijo, de índole literaria, el doctor Rivarola me habla de un tema que no podía tardar mucho en ser abordado: la poesía. ¡Y con qué hondo conocimiento discurre sobre esta divina azucena. ¡Cómo se conoce que él es poeta por excelencia, que tiene en el alma, cantos de pájaros libres y en el corazón, fragancia de glicinas!

Felicito al poeta, por el éxito de "Horas de Emoción", su último libro de versos, galano y exquisito como un manojo de rosas recién cortadas, y trae ese cofre de sueños y lee los hermosos "sonetos clásicos", con tal dulzura en la voz, que quedo subyugado, como a la caricia de una música muy íntima.

Al conversar el doctor Rivarola, poniendo sedantes matices en su palabra, que cada vez se va adueñando más de mi corazón, pienso: Con qué maravillante elegancia y sentimiento se expresaría Oscar Wilde, el insigne poeta inglés, cuando se dice que era adorado por miles de almas que suspiraban por todo cuanto pronunciaban sus labios!

Le pregunto, después que me ha leído los últimos bellos poemas que han salido de su pluma:

—¿No aparecerán, doctor esos versos — que sería para bien de muchos espíritus que gustan de la verdadera poesía — en alguno de los grandes diarios de Buenos Aires?

—Creo que no, me responde. Yo soy un poeta que sólo deseo que me lean los hijos de esta tranquila ciudad en la que vivo, trabajo y sueño...

—¿Qué puede decirme, doctor de la pintura de vanguardia?

—Nada, absolutamente nada.

—¿Por qué, doctor?

—Por que no puedo hacer apreciaciones sobre cosas que no me interesan.

—¿Y de la poesía de vanguardia?

—¡...! Tampoco. Lo único que puedo decirle es que cuando entramos en un comercio y adquirimos un artículo cualquiera, debemos ser nobles, abonándolo con moneda legal, no con moneda falsa, engañando desvergonzadamente. Del mismo modo, el poeta, por ejemplo, no debe nunca engañar con una

Una entrevista, en la Plata, al poeta Dr. Enrique E. Rivarola

poesía antojadizamente revolucionaria en la forma y el contenido, que no dulcifica ni eleva el alma de los hombres — ¡que ese es el fin noble y real de ella! — haciéndoles amar la vida. Para mí no existe nada más que una sola clase de poesía. No me interesan las

ciones de esa índole, por ahora — me contesta. Soy miembro del jurado nacional de letras, que juzgará la producción literaria del año 1926. Ahí están algunas de las obras remitidas al "Concurso Nacional de obras literarias y científicas"; que debo leer y sobre las



Doctor Enrique E. Rivarola

escuelas literarias. Yo sólo templo mi alma al resplandor del viejo sol...

—¿Cuál es, doctor, el poeta y el novelista argentinos de la hora presente que, dado su innegable valer, puedan aspirar con legítimo derecho al principado del género que cultivan?

—Me es imposible hacer aprecia-

ciones de esa índole, por ahora — me contesta. Soy miembro del jurado nacional de letras, que juzgará la producción literaria del año 1926. Ahí están algunas de las obras remitidas al "Concurso Nacional de obras literarias y científicas"; que debo leer y sobre las

que emitiré mi juicio en oportunidad.

Y me señala una pila de libros de prosa y de verso.

—Lo felicito, doctor, por tan elevada designación.

—Mil gracias. Parece que se han dado cuenta de que por acá existe alguien que también puede dar un fallo sobre el valor de una novela

o de un tomo poético — me dice amable y sentenciosamente, el dulce poeta.

Como sé que el doctor Rivarola es jubilado, en el orden nacioanl como profesor de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la cátedra de Derecho Civil, y de la Escuela Normal de Profesores de la de Literatura de sexto año; y en el orden provincial como miembro de la Superior Corte de Justicia, jubilación que significa para él, un noble descanso, que bien le corresponde por haberlo ganado, después de triunfar en los radiantes campos de la inteligencia, le digo:

—Ahora, como Fray Luis de León, podría usted decir: "¡Qué descansada vida!"

Y el doctor Rivarola, me contesta sonriente y satisfecho, como si gozara profundamente, haciéndome comprender que él jamás gustó de la inercia en la vida, que, por el contrario, está siempre de pie, junto al yunque proverbial, golpeándolo y arrancándole chispas...

—Se equivoca. A la madrugada, más que muchos obreros de blusa azul, ya estoy trabajando. Trabajo ahora, tanto como cuando todavía no era jubilado. Mi hijo, que acaba de recibirse de abogado ha abierto su estudio, y yo soy socio de mi hijo. Esto quiere decir que tengo bastante en qué pensar... y, entonces, es inadmisibile la creencia — que es de muchos — de que yo disfruto de un inalterable descanso.

Estas últimas palabras del doctor Rivarola, me llenan de tal profundo y sagrado respeto hacia él, que casi me hacen bajar la frente. Es natural. ¡Un padre, y de la estructura moral del doctor Rivarola, al asociarse a su hijo para trabajar, asume una de las responsabilidades más serias de su vida!

Rivarola, gran poeta, abogado, profesor, Presidente de la Suprema Corte de la Provincia de Buenos Aires por donde quiera que haya pasado, ha dejado siempre el resplandor de su inspiración, de su inteligencia y su virtud. ¡Por eso hay que quererlo mucho. El es una reliquia de nuestras letras!

Le pido un autógrafo para "Fray Mocho"; y diciéndome: —Me es de verdad simpática esa revista de Buenos Aires, — me lo dá gustosísimo, al mismo tiempo que me obsequia con un ejemplar de sus "Horas de Emoción", que recibo como un eucologio.

Y me retiro de la casa de este poeta de estirpe horaciana, con el corazón pleno de sana alegría, como el de un niño, en cuyas manos, un rey mago, hubiera puesto un juguete de cuerda... Y esta alegría, me ha venido de la atmósfera de poesía que ha respirado mi alma en la casa del venturoso autor de "Horas de Emoción", y de la lectura que ha dado de los últimos versos que ha escrito, versos de forma serena y esencia bíblica.

José M. OLMOS CARDENAS.

La literatura es el arte por excelencia y en ella convergen todas las ciencias. La música, con el ritmo y la armonía; la danza, con la gracia del movimiento; la plástica, con la línea y el color; la arquitectura, con la plasticidad de las superficies; la arquitectura, con sus construcciones monumentales, que tienen su equivalente en las obras de la fantasía. Dele la poesía en todas las artes, como libran las alegres en el mundo de todas las flores, y la palabra es la miel de la belleza.

J. F. Rivarola
La Plata.
1927.

El secreto de los gorriones

Por Alfredo F. Roldán

El día es espléndido; hasta las torcacas parecen no quejarse ya; su canto es más dulce, más optimista; quieren vivir ese día magnífico y al cruzar en corto vuelo la campiña, van aspirando y saturándose con el suave perfume de las violetas silvestres.

Sobre la verde lomita, el rancho de paja y barro, donde Corina vive en santa paz con sus viejecitos, parece un blanco altar donde se oficiarán salmos a la excelsa naturaleza.

Una bandada de gorriones parlachines, frente al dormitorio de Corina, ha interrumpido su sueño. Su sueño de quince años. Cuando ella despertó con el bullicio de los externos moradores, vió como se esfumaba la esbelta figura del apuesto doncel que tantas cosas raras le había dicho en sueño. Y se quedó pensando... Ese misterioso personaje le era completamente desconocido.

En un instante pasaron por su imaginación todos los mozos del pueblo, pero ninguno se le parecía. El era rubio, alto, de anchas espaldas y fornidos brazos; sus ojos verde mar, sombreados por negras y largas pestañas, irradiaban destellos enloquecedores; le sonreía dulce, tiernamente; se aproximaba a ella y ya habíale tomado una de sus manos entre las suyas cuando despertó. Oh, los indiscretos gorriones...

Corina quiso dormirse nuevamente, pero le fué imposible conseguirlo.

Esa misma mañana, al volver de la iglesia, habríase operado un gran cambio en su semblante, porque su padre, al besarla como de costumbre, le dijo:

—¿Qué tienes, Corina?

—Nada, papito.

—Algo te ha ocurrido por el camino.

Y ella, sin poder disipar su turbación, acertó apenas a responderle:

—Nada. A mí nada me ha pasado. Es decir... Verás, papá: Venía muy tranquila en el sulky...

—Seguro que el malacara se espantó...

—Sí, eso es. No sé de qué pudo asustarse. Gracias a mi seguridad pude contenerlo. Se había desbochado.

—Ah, nunca has de querer hacerme caso. Ya te lo he dicho, más de una vez, que no ayes ese animal. Tendré que venderlo.

—No, si es la primera vez que esto me ocurre.

Y Corina, tratando de eludir las preguntas de su padre, se alejó con el pretexto de saludar a su madre-cita enferma.

—No le digas nada.

—Descuida, papá...

Oh...! ¿Por qué el doctor Acosta la miró fijamente?... Y ella; no sintió electrizada su sangre al encontrarse por primera vez frente a él?

¿Quién era el doctor Acosta? El mejor médico del pueblo. Hacía un año que había instalado allí su consultorio y, por lo que decían, en-

fermo que él tratara, en pocos días salía de peligro. Por eso lo llamaron. ¿Cómo no harían un sacrificio para que la querida enferma recobrara cuanto antes su salud? ¡Pero qué pronto se desvanecieron todas las esperanzas! Los pequeños ahorros no alcanzaban siquiera a cubrir una cuarta parte de lo que exigía el facultativo por la intervención quirúrgica. Tendrían que llevarla al hospital y allí...

—No, al hospital no, — habíale dicho Corina a su padre.

—¿Y qué vamos a hacer, mi hija? En último caso es preferible, antes de tener un cargo de conciencia.

—Yo iré al pueblo, papá. Buscaré otro médico. No todos serán tan desconsiderados como el doctor Acosta.

—Puedo hacerlo yo. El caballo está ensillado y en menos de media hora estaré de vuelta.

—Déjame a mí, tú atiéndela a mamita. Tardaré bien poco.

Corina no esperó más. Montó de un salto sobre el veloz zaino, predilecto de su padre y emprendió la carrera a galope tendido por el angosto camino que conducía al pueblo.

El viejo criollo, haciendo una pantalla con su mano para atenuar los rayos del sol, vió como volaba su angelical morocha, de ojos grandes y negros, y cuando la perdió de vista, a lo lejos, envuelta en una espesa nube de polvo, suspiró satisfecho:

—¡Hija linda. Vale más que un Perú!

A pesar de los insistentes ruegos de Corina, el flamante coche del doctor Acosta, parecía no darse prisa por llegar. Tan lentamente marchaba que, a ese paso bien

pronto los sorprendería por el camino la puesta del sol.

Cuando Corina iba a montar a su zaino, el doctor Acosta la invitó a que tomase asiento a su lado. Ella, inocentemente, aceptó su invitación y ató el animal al coche.

—Disculpe, doctor, pero lo más acertado hubiera sido que me adelantase. En casa estarán con cuidado. De todas maneras, usted ya sabe el camino.

—¿Olvida lo prometido? Quedó en acompañarme. En fin, haga lo que le plazca, pero bien pudiera suceder que la encrucijada tomara otra huella y no llegase a su casa. De día me resulta fácil el viaje, más cuando oscurezca... Soy nuevo en el pago. No sería nada difícil que me perdiese.

—¿Por qué no castiga esos animales?

—Porque voy con usted que es baqueana y aunque nos sorprendiera la noche...

—No, no, doctor. Hace dos horas que faltó de casa.

—Yo no tengo la culpa. Prefirió

Tengo el gusto de presentarles a "mi padrino"

PARECE—dice Pepita—mi "segundo papá." Tanto así me quiere y me mimas. Yo "me muero" por él. Es la bondad y la alegría personificadas. Dicen que en sus mocedades la corrió de lo lindo. Hoy—según él—ya no le quedan sino tres "vicios": mi cariño, el tute y el tabaco. ¡Y cómo fuma, Madre Santa! Sin tregua ni descanso. Un día que yo le pregunté: ¿Porque tienes siempre un puro en la boca?", me contestó muy fresco: "Porque no puedo tener dos, hija mía."



"¡HUMO, humo!" ¿Qué otra cosa es la vida?" Así filosofa "el padrino" riéndose de quienes le dicen que tanto fumar puede enfermarlo. Sin embargo, hace algún tiempo llegó a preocuparse, porque después de unos cuantos puros le dolía la cabeza y experimentaba un cierto malestar. Pero alguien le aconsejó la

CAFIASPIRINA

Y desde entonces cuando se excede en el cigarro, dos tabletas, un buen vaso de agua y ¡aquí no ha pasado nada! Además, un ataque de gota que lo hacía sufrir mucho, ha ido desapareciendo con el uso frecuente de esas admirables tabletas. Por eso ahora, en vez de llevar, como antes, diez puros en el bolsillo, lleva nueve... y un tubo de Cafiaspirina.

LA CAFIASPIRINA es incomparable no sólo para el abuso del tabaco, los excesos alcohólicos y las trasnochadas, sino también para los dolores de cabeza, muelas y oído; las neuralgias; el reumatismo, etc. NO AFECTA EL CORAZÓN NI LOS RIÑONES.



La próxima vez que PEPITA aparezca aquí, les hará la presentación de su TIA CONSUELO, que es el "angel" de la casa. No se pierda de conocer a tan interesante persona.

usted recorrerse todo el pueblo en busca de otro médico.

—Lo hice, porque usted...

—Todo pudimos arreglarlo. Si me hubiesen dicho que no disponían de más dinero...

—Oh, creíamos que se reiría usted al proponerle nosotros esa suma ahorrada a fuerza de sacrificios.

—¿Por qué?... Ya ve que no me fijo en ello y si accedo en prestarle a su mamita mis servicios profesionales es por usted, por su franqueza.

—Muchas gracias, doctor.

Marcharon en silencio un buen trecho. Corina no podía mirar a su interlocutor sin sonrojarse. Ahora manejaba ella. Por insistencia del doctor Acosta tomó las riendas y aprovechó para imprimirle mayor velocidad al vehículo. Iban a cruzar a orillas de un zanjón y el doctor Acosta, en tal circunstancia, la tomó de las manos con la excusa de eludir el peligro.

Corina se estremeció. Inmediatamente se le reprodujo la escena interrumpida esa mañana por los gorrones. Era la terminación de su sueño. Con los ojos inundados por las lágrimas miró al doctor Acosta por primera vez y suavemente retiró sus manos, dejando las riendas.

—Así nos adelantaremos el camino. Ya ve usted, se paran los caballos...

—Por favor, doctor, no me siento bien; lleguemos cuanto ante a casa.

—No tema usted, ya llegaremos.

El doctor Acosta había rodeteado, con su mano derecha, la cintura, y con la izquierda dirigía los caballos que habíanse entregado a una desenfrenada carrera.

Corina temblaba como una hoja.

—¿Puede saberse a qué se debe su turbación?...

—A nada. Fué una simple ocurrencia mía cuando usted me tomó las manos.

—No veo la causa. ¿Por qué tiembla usted?

—Pensaba una cosa.

—¿Puede saberse?

—Un sueño...

—¿De amor?...

—Se lo diré a usted. Ni mis padres están enterados.

—Veamos. Los sueños a su edad tienen encantos. Son la realidad vista a través de rosados tules que la embellecen.

—No siempre es así.

—¿Por qué?...

—En mi caso, no. Lo que vi en sueños, fué como la realidad misma.

—Es interesante. Cuénteme usted...

Estaban tan cerca los cuerpos, que el doctor Acosta sintió como palpitaba el pecho de Corina. Ella, inútilmente se esforzaba por separarse de él, pero sus ojos verde mar parecían haberla hipnotizado. Y lo miraba... lo miraba con asombro, repitiéndose para sí: "Igual que el otro... Igualito"... De pronto sintió los labios del doctor Acosta sobre la frente, primero, y en su boca, después.

—Oh, no, no, doctor, — alcanzó a decirle balbuciente.

Un velo gris cruzó ante los ojos de Corina que, sin sentido, dejó replegar su cuerpo entre los fornidos brazos del doctor Acosta.

El sol se perdía en el ocaso. Los misterios de esa hora, quedaron sepultados para siempre en la inmensidad del campo, teniendo como úni-

cos testigos a uno que otro pájaro que llegaba tarde a guarecerse en el viejo ombú, donde tantas veces el padre de Corina había atado su zaino, que ahora corría detrás del coche, como entristecido.

—¿Te sientes bien, mamita?...

—Sí, hija mía. Después de Dios,

labios hasta sangrarlos.

Su almita de mujer inexperta estuvo a punto de sublevarse quitándose de encima ese gran peso que la martirizaba, pero calló. La vida de su madre, la había pagado ella con su vida. Y a la alegre muchachita de la casita blanca, no la vieron sonreír más.

Sólo sabían los gorrones que, de-

DE LA ANGUSTIA

I

Qué debo hacer con este corazón si destrozado por la envidia fué? Respóndeme, señor: tú lo llenaste de tu bendición y lo colmaste de esplendor y fe; qué debo hacer con este corazón? Si la derrota y la amargura es, Si ya se ha muerto el pájaro ilusión que me echaste a cantar dentro de él, ¡respóndeme, señor! ¿Qué debo hacer con este corazón?

II

—No desmayes — me dices, ¡santa, mía! —No desmayes — me dices. Y salgo, y voy hallando por la vía tantos pobres hermanos infelices! ¡Tantos pobres hermanos, buscando, como yo, las nobles manos que saben ayudar sin vanidades. ¡Oh, los hombres, las torpes mezquindades indignas de varones!

¡Santa mía!

—No desmayes — me dices — ¡adelante! y yo voy tropezando por la vía con una nueva angustia a cada instante!

Ricardo M. LLANES

todo se lo debemos al doctor Acosta. Tan bueno, tan fino y tan humano. Ya ves que ni quiso cobrar nos sus honorarios.

—¡Oh, sí. El doctor Acosta!... Corina mordió nerviosamente sus

trás de aquella pared, de adobes y paja, alguien lloraba amargamente todas las mañanitas, a la salida del sol.

Alfredo F. ROLDAN.

MODESTIA

Una tarde, paseando por el parque, me paré a escuchar a un ruiseñor que cantaba sobre un árbol. Poco después, otro paseante, solitario como yo, detuvo el paso también; luego otro también, y otro, y otro.

Al poco rato, formábamos un grupo, casi un público. El ruiseñor, como se sintiese admirado, redoblaba sus trinos y nos mirábamos los unos a los otros extasiados y sonreíamos con admiración. Uno de ellos no pudo reprimir más tiempo, y exclamó:

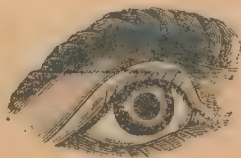
"¡Bravo!". Otros exclamaron también: "¡Bravo!"; y estalló un aplauso.

El ruiseñor calló repentinamente y se alejó volando, y no volvió a aparecer por allí.

Fué el único artista modesto de verdad que he conocido en mi vida.

Armando PALACIO VALDES

Enfermos



de los OJOS

"LOIDU,, Unico producto Italiano de fama mundial Que, friccionando en las sienes, refuerza el nervio optico, quita el cansancio de los ojos, evita el uso de lentes incluso septuagenarios, recuperandose en pocos dias una vista envidiable **No mas miopes, presbitas ni vistas debiles**

PEDID HOY MISMO EL INTERESSANTE LIBRO GRATIS

Direccion General

UGO MARONE

Plazza Falcone al Vomero, 1 (Italia) NAPOLI

¿Por qué hace calor en verano?

Es común creer que en el verano la Tierra se encuentra más cerca del sol que durante el invierno y que por lo tanto los rayos solares y el aire son más calientes. Se sabe que la tierra al girar alrededor del sol, no efectúa un círculo perfecto, sino más bien una especie de óvalo llamado órbita elíptica. En realidad, si bien es cierto que la Tierra se encuentra más cerca del sol en una época del año, esto sucede en el invierno, (en el hemisferio boreal al menos), y durante el verano se encuentra más lejos.

Además, la diferencia entre la distancia de la Tierra al Sol en esas dos estaciones es tan pequeña que no podría influenciar mayormente la temperatura. Es indudable, sin embargo, que si la Tierra estuviera en el verano más cerca del Sol que en el invierno esto contribuiría a hacer que los veranos fueran más calientes y los inviernos más fríos.

Se comprueba, por lo tanto, que es la distancia de la Tierra al Sol la que produce las estaciones, puesto que cuando en Europa es verano en Australia es invierno. En realidad el verano es caliente porque los rayos solares caen más directamente sobre la Tierra o como vulgarmente se dice "el Sol sube más alto en el cielo", lo que significa la misma cosa.

La atmósfera parece una gran manta que cubre la Tierra: ella le conserva el calor, pero atrasa también su llegada. Cuando los rayos solares caen directamente sobre la Tierra, en un sentido casi vertical, a través de la atmósfera, no necesitan atravesar una capa de aire tan espesa como lo hace cuando atraviesan siguiendo una línea oblicua.

Si hay una panacea universal, si la piedra filosofal existe hay que buscarla en la luz del sol.

Allí están pero no las podemos ver.

Del rojo al violeta, vemos los colores del iris en el espectro solar, pero más allá del violado hay otros rayos, para nosotros invisibles, que constituyen la fuerza de la luz del sol. Esos rayos son oro, salud y alegría.

Los rayos visibles representan solamente una octava de las muchas radiadoras de energía. La longitud de las ondas luminosas viajan en el vacío con una velocidad aproximada de 300.000 kilómetros por segundo y tardan en llegar a nosotros, desde el Sol, ocho minutos y veinte segundos.

Más allá del rojo del espectro están los rayos infrarrojos que son los que nos dan calor, y más allá otros de ondas más largas.

Por otro lado, en el extremo opuesto, están los rayos ultravioletas, más los rayos X y las radiaciones gama del radio y, finalmente, los recientemente descubiertos, los cósmicos o rayos Millikan.

Esa materia transparente que se obtiene fundiendo arena, eso que llamamos vidrio, los cristales de ventanas y balcones, no dejan transmitir los rayos ultravioleta, son opacos para esa luz, sólo dejan pasar los que vemos en el espectro solar. Por eso se emplea ahora el cuarzo, sustancia limpia, transparente y dura que no opone resistencia a los rayos ultravioleta.

Los antiguos chinos ponían cristales de cuarzo a sus lentes y catalejos con lo que "se podía ver el porvenir".

Se saben que las gallinas que viven en lugares iluminados por lámparas incandescentes de gran potencia, ponen más huevos que haciendo vida normal; no es por la acción de los rayos ultravioleta, pues el cristal de las lámparas no los deja pasar, sino porque se procura a la gallina un día de mayor duración, trabaja más, come más, y, por consiguiente, produce más.

En medio de la luz del sol viven plantas y animales, esa luz nos da fuerza, nos da vida. Somos sus esclavos, sin ella todo moriría.

La luz del sol es la luz natural. Se compone de cantidades definidas de calor, luz y energías ultravioleta y tiene igualmente definidos los límites de la radiación de sus ondas.

La luz solar, a mediodía, consiste en 75 por 100 de rayos infrarrojos o calor; 15 por 100 de rayos visibles y 10 por 100 de radiación ultravioleta.

Una lámpara incandescente de las corrientes tiene, aproximadamente, 90 por 100 de infrarrojos, ocho o nueve de rayos visibles y uno de radiación ultravioleta.

En algunos tipos de arcos voltaicos como los llamados de mercurio con una envoltura de cuarzo, encontramos radiaciones más cortas aún que en la luz del sol.

Sabe la ciencia que la porción de radiación ultravioleta de una lámpara de cuarzo que queda cerca del violeta visible, es estimulante y beneficiosa biológicamente y que, por el contrario, más allá de esta zona resulta germicida y mortal.

La luz del sol contiene la parte estimulante y vigorizadora de los rayos ultravioleta. El cuarzo

SALUD Y RIQUEZA EN EL ESPECTRO SOLAR

Por F. de Casas Gancedo

transmite toda la luz invisible, pero el cristal no.

Cuando el hombre inventó la fabricación del vidrio y empezó a utilizar los cristales en puertas y ventanas, sacó a la humanidad civilizada de su natural ambiente robándole algunas de las energías de la luz del sol, privándole de los rayos ultravioleta, y empezó a pa-

gar caro el descubrimiento.

Para remediar este mal hay que salir al aire libre y tomar la luz del sol directamente tanto como se pueda.

Hoy día el problema se resuelve ya por medio, de la tela parafinada, por el cuarzo que dejan pasar sin absorberlos los rayos ultravioleta.

LOS VERSOS DEL ESTUDIANTE

Para FRAY MOCHO.

Con los ojos borroneados por la fiebre abrasadora, voy mirando los objetos familiares de mi alcoba... Que me envuelven como al jefe de una tribu numerosa, desigual, heterogénea, afectada de mis propias alegrías y tristezas, ansiedades y congojas...

La visión de esos objetos —que se enturbia por instantes y se quiebra a largos trechos en zig-zags irregulares — dá la idea de unos ebrios convulsivos, lloriqueantes... que se alargan... se deforman... se retuercen... se debaten en ataques epilépticos, espasmódicos ataques...

Da la idea de esos toscos pernicívoros arlequines... espantajos... o fantoches... o demiurgos imposibles... que aparecen en la escena de los circos infantiles y se escapan — desgarrando un telón de colorines — arrastrados de una oreja, por los pies, o las narices...

Una mano misteriosa los aparta; los va hundiendo en los tétricos repliegues del "No-Ser", de donde — luego — los arrastra nuevamente junto a mí, dándoles esos atributos de la Vida: Colorido y movimiento.

Una mano imperceptible los sumerge en el misterio de las sombras, enturbiando sus contornos incorrectos... O en la lumbre meridiana, impecable — revistiendo con fulgores detonantes sus más íntimos aspectos...

Siento un vértigo creciente, un imán luciferino que sacude mis arterias y se aferra a mis sentidos... — algo así como las ondas de un monstruoso remolino — al mirar esos objetos familiares y queridos...

Seres mudos, graves, tristes, enjutos, lánguidos, fríos, a los cuales una mano que se escapa a mis sentidos va arrastrando hacia lo largo de ese dédalo indescripto,

de esa escala hecha de sombras que atraviesa el Infinito: Desde las ansias del "Todo" hasta el pavor del "Vacío"...

Voy sintiendo que la silla donde estaba reclinado, de mi espalda corva y fría se desprende y va alejando; cual si, paulatinamente, ese gran chusco del Diabolo tironeara de los corvos palitroques del respaldo para así — entre broma y broma — para así — entre lazo y lazo — "atarme" en el prodigioso cosmorama de sus antros...

Se me finge el relumbrante pavimento de mosaicos, un papel que se estremece, se desliza por debajo de mis pies... Un papelucho que algún audaz ató al rabo de Luzbel. (Que corre y brinca en un vértigo alocado...)

Como corren los romboides bicolores del mosaico tras las huellas del Demonio, se sacuden... se fragmentan... bailotean, cuando el Diabolo — en frenéticos impulsos — de contento, pega un salto... Yo percibo el movimiento de esos grandes cuadriláteros por un fuerte cosquilleo debajo mis pies helados y, además, por la danzante confusión de los mosaicos.

Siento que alguien se ha prendido de mis carnes laceradas y, después, — fibra por fibra — brutalmente las arranca... Luego, hundido entre los pliegues de mi "ultra-conciencia" extraña, siento el hondo auto-percepto de no ser más que un helado armazón... un andamiaje osteológico que danza; que vacila y traquetea sacudido por el aura...

Cuando viene a despertarme una voz de acento grave: —Supongo que ya estudiaste demasiado, y el examen, aunque se pierda, no importa, pues... "ella" se fué hoy de tarde!

Francisco A. PAGANO.

Montevideo.

La química agrícola ha demostrado que la producción de huevos en las gallinas aumenta considerablemente en las condiciones citadas con este factor antirraquítico, así como también con una dieta adecuada, aún cuando haya una exagerada cantidad de cal.

Varios grupos de gallinas en estas condiciones de luz, continuaron poniendo durante todo el invierno, aumentándose el pienso y exponiéndoles a la luz ultravioleta por medio de una lámpara de mercurio con envoltura de cuarzo, durante diez minutos diarios.

Los grupos de aves que no recibieron este tratamiento fueron disminuyendo la postura hasta llegar a no poner uno solo entre todas las gallinas que componían la bandada de prueba.

Además, recientes investigaciones llevadas a cabo por el profesor Hughes demuestran que cuanto más luz del sol recibe una gallina, mayor cantidad de vitaminas contienen los huevos y más disminuye el raquitismo.

La época natural para que la gallina empolle sus huevos es la primavera. Si los huevos no germinan en la proporción debida, si muchos no dan pollos y si las crías son débiles y raquíticas en las incubaciones de primavera, se deberá a que los gallos y gallinas han estado demasiado tiempo encerrados en los gallineros durante el invierno y han recibido con escasez los beneficiosos rayos del sol, es decir de la luz ultravioleta, tan esencial para la producción de vitaminas.

Si las gallinas viven al sol, al aire libre, si cuando están encerradas reciben luz solar a través de telas parafinadas, o reciben un baño de rayos X durante diez minutos al día, pondrán muchos huevos "vitaminados". De otra forma pondrán pocos y malos y el raquitismo será inevitable.

El hombre está sujeto a las mismas leyes que los demás animales, y esto nos lleva a recordar la escasez de vitaminas en la leche de vaca, especialmente en el invierno, cuando la hierba y los vegetales tienen el minimum de vitaminas, pero esto se puede corregir irradiando en la leche rayos ultravioleta, pero, ¿cómo solucionaremos el problema en la raa humana?

Los que nacen en primavera han pasado largos días de invierno en los que la madre ha tenido poco sol, pocos rayos ultravioleta. Sería prudente que las que fueran a ser madre se procurasen todo el sol que pudiesen.

Así como los polluelos necesitan sol y más sol, y en los países del Norte se ven obligados a pasar largas horas encerrados, los avicultores se preocupan de remediar el mal poniendo telas parafinadas para que aprovechen los pocos rayos ultravioleta que el sol del Norte en sus cortos días puede enviar, así debiéramos ocuparnos de nuestros polluelos, de nuestros niños.

En Inglaterra ya se ha entendido así y en Birmingham se han puesto en las ventanas de ciertas escuelas, cristales que dejan pasar los rayos ultravioleta del espectro solar, y en poco tiempo se ha podido comprobar que los muchachos que acudían a los locales así acondicionados, crecían, engordaban, eran más sanos y hasta más inteligentes que los de las otras escuelas.

El pozo de los Sawroski

Por Markus Thelvi

Se hablaba en el salón del Dobiesky Hotel de tesoros escondidos, riquezas ocultas y patrimonios substraídos a la avaricia de los invasores.

Miguel Cerebicz, exclamó:

—¡Ay!... En esa historia de tesoros está gran parte de la historia de nuestra pobre Polonia.

—Es verdad — aprobó Enrick Baysky. — Esconder y huir: vivir en tierra extraña esperando la hora del regreso, volver y encontrar saqueado el hogar y desaparecido el tesoro que creía bien escondido.

Todos aprobaron aquellas palabras, pero Boleslao Ameneywo no unió su voz a la de sus camaradas.

Miguel Cerebicz lo advirtió y dijo:

Hemos cometido una torpeza al hablar de esto... Mirad a Ameneywo.

—No, Miguel, exageras. No soy un niño ante quien debe callarse cualquier recuerdo doloroso.

—¿Doloroso? — agregó Baysky. — ¡Muy solamente doloroso a lo que fué... lo que fué...

—La tragedia de mi existencia — concluyó Boleslao viendo que el otro no acababa la frase.

Peter Van Goesche, el periodista repuso:

—Me parece que hay en lo que aluden ustedes, algo muy interesante y que me gustaría narrar a mis lectores. ¿Sería mucho pedir, señor Ameneywo, el que quisiera usted contarlo?

Boleslao accedió y empezó diciendo:

—En 1884 tenía yo quince años, pero aparentaba diez y ocho, pues me había dedicado mucho a la práctica de los deportes. Vivía con mi madre en el barrio este de la ciudad, cerca de la orilla del río. Mi padre, ingeniero de las minas de hierro, había muerto dos años antes en una catástrofe, y mi madre y yo nos sosteníamos con la pensión que nos pasaba la Dirección general de las Minas.

Desconfiado por naturaleza, muy hosco a causa de la miseria que nos rodeaba, no tenía amigos y no habría frecuentado ninguna casa a no ser porque se cruzó en mi camino Delfina Sawrosky, una muchacha tan linda como una Madonna.

Refréis, sin duda, al enteraros que, a los quince años, Delfina y yo nos enamoramos profundamente uno del otro; un amor ardiente, superior a cualquier otro sentimiento. Lo malo era que mi padre y el de Delfina se habían odiado siempre a muerte. En cambio, entre ambas madres, existía una tierna amistad y las dos soñaban con vernos casados.

Un día Demetrio Sawrosky, al entrar inesperadamente en su casa, me encontró allí y gritó:

—¡Tú aquí!... ¡Ah!... Eres de la maldita raza de los Ameneywo. ¡Espera!... Voy a arreglarte como mereces.

Y me habría obsequiado con varios golpes de "knot", a no ser porque se opusieron su mujer y su hija, abrazándose a él con todas sus fuerzas.

Los gritos atrajeron a los vecinos y salí de aquella casa más humillado que si hubiese recibido cien golpes de knot.

Era natural que aquella noticia se difundiese por toda la ciudad, y antes de que transcurriese una semana todos me atribuían ideas vengativas y proyectos sanguinarios contra Demetrio Sawrosky. Estaban en un error. Bien lejos me hallaba yo de pensar en vengarme del padre de Delfina, que me había ofendido como nadie en el mundo y se había atrevido a ofender a un Ameneywo.

Todo Sjerads conocía la leyenda de los Sawrosky; un gran tesoro escondido en la época de Kosciusko el Grande y nunca encontrado.

Yo tenía la plena seguridad de que el tesoro estaba escondido en la sala, y me decía: "Demetrio me aceptaría por yerno si yo descubriese el tesoro."

Un día esperé a Sawrosky a la salida de la Municipalidad donde estaba empleado. La acogida fué hostil al principio, pero al oír

las palabras el hombre cambió de cara.

—¿Dices que sabes dónde está el tesoro? — ¡Ven conmigo!... Te prometo que si no me has engañado, te daré lo que desees.

Era mediodía. Delfina, al verme con su padre, se puso roja de alegría.

—Déjanos, hija mía — dijo Demetrio; — tenemos que trabajar. Este muchacho dice que sabe dónde está escondido el tesoro de los Sawrosky.

Manejando ambos el pico, hicimos un amplio boquete en la pared y dimos con una especie de pozo, de un metro y medio de ancho.

—Bajaré yo — dijo Demetrio.

Traté de convencerlo para que esperase, pero no me hizo caso. Se ató a la cintura una cuerda cuyo extremo sujetamos Delfina y yo, tomó una vela y se dejó caer en el pozo.

Lo que ocurrió luego no sabría decirlo exactamente... Oímos un grito de Sawrosky y ru-

mor de lucha como si se defendiera de alguna araña venenosa, de un escorpión. Delfina, al oír el grito, se desvaneció, soltó la cuerda en inclinándose sobre el pozo a su vez. Yo traté de sostener, sólo, todo el peso, pero me fué imposible y Sawrosky fué a dar al fondo del pozo... Cuando volví en mí me hallé en la enfermería de la cárcel, acusado de haber preparado un plan criminal a fin de asesinar al padre y a la hija. El tesoro no existía y los jueces se rieron de mis declaraciones sobre un pretendido tesoro oculto en la casa.

El proceso fué largo, y sólo por las declaraciones de infinidad de gente respetable que estaba convencida de mi inocencia fui absuelto.

Mi madre murió de vergüenza y de dolor y yo emigré... Viví años de miseria, pensé muchas veces en el suicidio y finalmente llegó la fortuna. ¡Ah, ah!... ¡Qué ironía!... ¡Tener dinero a los cincuenta años, cuando ya no nos sirve para nada!

DESALOJO

LIMPIEZA



son dos palabras que resumen todo lo que debe hacerse para combatir el Estreñimiento.

La Constipación, que proviene de la no evacuación de las materias fecales, favorece la multiplicación de las bacterias que pululan en el intestino, las que secretan toxinas y venenos que son absorbidos por la mucosa intestinal, con el peligro consiguiente para la buena salud del estreñido.

Es indispensable desembarazar el intestino y al mismo tiempo limpiarlo y desinfectarlo, cosa que se consigue utilizando un laxante agradable, seguro y suave tal como la

SANTEINA

(DIOXIDRIFTALOFENONA)

que tomada metódicamente reeduca el intestino. Presentada bajo forma de ricas pastillas de chocolate a dosis de una es laxante, tomando dos es purgante. Puede tomarse a cualquier hora, no requiere cuidado alguno. Es un poderoso desinfectante merced a la Dioxidritalofenona que contiene.

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

SARMIENTO y FLORIDA

BUENOS AIRES

Ateneo de la Juventud



En la calle Bartolomé Mitre, entre las de Callao y Río Bamba, realizó-se la ceremonia de la colocación de la piedra fundamental del Ateneo de la Juventud. — La esposa del Presidente de la República, doña Regina Pacini de Alvear y el ministro de Justicia e Instrucción Pública doctor Antonio Sagarna, que actuaron de padrinos de la ceremonia, durante la bendición de la piedra efectuada por el nuncio apostólico, monseñor Felipe Cortesi.



El obispo de La Plata, monseñor Francisco Alberti, pronunciando un discurso alusivo al acto.



Vista parcial del público que se congregó en el terreno donde se efectuó la ceremonia y sobre el cual se levantará el edificio del Ateneo de la Juventud.



Homenaje a la señorita Emilia Bertolé

Con motivo de la reciente publicación de su libro titulado "Espejo en la sombra", la poetisa y pintora, señorita Emilia Bertolé, fué objeto de un homenaje por parte de un núcleo de escritores y artistas, consistente en un banquete servido en su honor, en el restaurante de la Galería Güemes. — La cabecera de la mesa ocupada por la obsequiada, a quien acompañan el embajador de México, doctor Alfonso Reyes; las señoritas Berta Singerman y Alfonsina Storni, el doctor Julio Noé, el intelectual brasileño Ildefonso Falcao, los directores de la revista "Nosotros", señores Alfredo Bianchi y Roberto Giuste y los señores Agustín Riganelli, A. González Carvalho y Atilio Chiappori. Ofreció el acto el doctor Noé, a quien siguió en el uso de la palabra el señor Falcao. En nombre de la obsequiada contestó, agradeciendo, la señorita Alfonsina Storni.

Exposición Co= munal de Artes Aplicadas e Industriales.

En el local de la Sociedad Rural Argentina, donde se halla instalada, realizóse la inauguración oficial de la tercera Exposición Comunal de Artes Aplicadas e Industriales. — El intendente municipal, doctor Horacio Casco, los ministros de Instrucción Pública y de Agricultura, doctor Antonio Sagarna y el ingeniero Emilio Mihura, respectivamente, el presidente de la comisión organizadora del certamen, señor Antonio Zaccagnini y otros funcionarios, durante el acto inaugural.



Un detalle del público que asistió al acto, congregado frente al palco oficial, mientras se pronunciaban los discursos.



El stand de pinturas murales antiguas, presentadas por la señorita Lola Nucifora

Bibliografía



Doctor Héctor Díaz Leguizamón, autor del libro "El signo de Euforión", recientemente aparecido

Demostración al señor Juan Carlos Podestá



Con motivo de su próximo enlace el señor Juan Carlos Podestá fué objeto de una demostración llevada a cabo en la Hostería del Greco. — El obsequiado rodeado de los comensales que asistieron al acto.

SOCIALES



ENLACES: — Isabel Troise Matienzo - doctor Joaquín F. Roig.



Elvira Martínez, recientemente desposada con Armando Calvaroso



Matilde Isabel Pereira - Gino Bocci



Francisca Rossini - José León Larre



María Luisa Rossi con Emiliano Sagasti



Lola Rodríguez Valenzuela - Eloy G. Coronado



Marta Maldonado - doctor Eduardo A. García



Carmen del Valle - Roberto de Verda



Andrea Luisa Miguel - Luis María Gerónimo



María Evangelina Torres, que contrajo enlace con Horacio A. Vaccari



Ernestina Gómez Cadret - Abel E. Echazú



La mujer y el pobre hombre

Por Binet - Valmer

ELLA no era mala, aun cuando era bella. Lo que había ocurrido, lo que ocurrió tenía por origen el esplendor de su talle, la atracción de su mirada, la gracia de su sonrisa... y acaso un poco de cobardía de su alma.

Aquella noche Germana trataba de empequeñecerse para pasar desapercibida entre los almohadones del gran diván. La soledad y la angustia se hacían cada minuto más insoportables, aun cuando hubiese flores en los jarrones, abundante fuego en la chimenea, un gran lebel ruso tendido ante ella, en las paredes cuadros de maestros, un biombo de laqué rosa y todo respirase lujo y comodidades.

La puerta se abrió bruscamente y el marido penetró, formidable, de enorme cabeza sobre anchos hombros, manos violentas, voz estentórea, amenazador.

—He visto al juez — dijo. — La instrucción seguirá rápidamente su curso, pues todas las pruebas están ya reunidas. El miserable me ha robado desde nuestro matrimonio, más de doscientos mil francos.

Hablaba del cajero de la administración, de las vastas usinas que dirigía él solo y Germana sintió frío. El lebel ruso se levantó y se fué a un rincón, asustado.

—Comprenderás bien — continuó el hombre — que si no me he apercibido antes, es porque estoy en condiciones de soportar una pérdida semejante sin que mis negocios queden comprometidos... Pero me causa horror ser robado.

—Puesto que estás en condiciones de soportarlo — exclamó la mujer, — ¡ten piedad! Es un viejo servidor.

—¡Piedad? ¿Qué es lo que dices? Además, no es tan viejo como dices. Tiene dos o tres años más que yo.

Y se sentó pesadamente.

—¡Es un pobre hombre! — suplicó ella temblando entre los almohadones. — ¡Ten piedad! No seas siempre tan cruel!

—Yo no soy cruel. Soy rígido.

—¡Tú has sido cruel conmigo!

—Yo no he sido cruel; te he impuesto una disciplina: tu pa-

dre se ha arruinado, tu tío lo mismo, tus hermanos están en bancarrota y yo te he contenido.

Hubo un silencio, luego Emilio Letarche, bajando su enorme cabeza, exclamó:

—Lo que más nos intriga al juez y a mí, es el móvil del robo. Próspero Mathieux no tiene amante... ¿quién puede querer a un ser semejante?... No tiene vicios, se viste y vive como un pobre.

Por otra parte, cuando yo me casé contigo, sin dote, me felicitó. Lo veo aún con sus ojillos que reían de contentos, su boca desdentada, que también reía y le oigo exclamar:

—¡Ah! ¡Qué hermosa es!

En la iglesia tenía un aire extasiado mientras te contemplaba y hasta tuvo la osadía de decirme, mientras me estrechaba la mano:

—¡Hágala feliz, señor!

Y es a ti a quien ha robado lo mismo que a mí. ¡Ah! La naturaleza humana tiene misterios que no podemos prever ni descifrar. Un hombre sin familia, sin obligaciones, sin vicios aparentes... y que altera en esa forma su contabilidad... Y todo, ¿en favor de quién?

—¡Eso es! — suspiró Germana.

—No bebe. Llegaba el primero a la oficina y salía el último...

—¿En favor de quién, Emilio...?

—El juez se pierde inútilmente en conjeturas... pero, a pesar de todo, faltan doscientos mil francos.

—Estamos casados desde hace cinco años...

—Sí. Pero ¿a qué viene ese recuerdo, Germana?

—El primer año — continuó ella irguiéndose, — tú me dijiste que debía ser económica...

—Y lo has sido. Te hago justicia. No has seguido el ejemplo de tu padre, de tu tío ni de tus hermanos.

—Acepté tu ley. Me dejabas sin plata...

—¿Y para qué la necesitabas? El automóvil te esperaba a la puerta... Las pequeñas modistas valen tanto como las grandes... Además, tú ganabas algunas sumas al bridge...

—Y rehusaba las pequeñas cantidades que tú, haciendo alarde de generosidad, me ofrecías.

—Eres una mujer encantadora. Me complazco en reconocerlo así.

—No, — dijo ella. — No soy una mujer honrada.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir? ¿Que no eres honesta? ¿Estás loca?

—No. No lo estoy. Yo no ganaba al bridge. No iba a las modistas baratas en busca de mis vestidos... Me arreglaba...

—¿Que te arreglabas? ¿Cómo?

—Yendo a las oficinas de tu administración.

—¿Y qué relación puede haber entre las oficinas de mi administración, el bridge y las buenas o malas costureras?

—Ninguna... Ninguna...

Ella apoyó los codos en uno de los almohadones y se tendió en el diván. Pero Emilio Letarche se levantó.

—Nunca me informaron de tus visitas.

—¿Y cómo te iban a decir nada los jefes si yo no los veía? — continuó Germana. — Yo iba directamente a la caja y Próspero Mathieux, no me hacía esperar. ¡Oh! La primera vez se puso muy pálido y tuve necesidad de explicarle, en voz baja, que tenía necesidad de cinco mil francos... porque tú no me dabas dinero...

—¿Y él te dio cinco mil francos sin mi autorización, sin un cheque, ni un recibo?

—Yo no tenía cheques y rehusó el recibo que quise entregarle. Me dijo: "Esto lo arreglaremos entre los dos, señora".

—¿Pero tú debiste devolverle esa suma?

—Sí... Mas en vez de hacerlo así, pocos días después le pedí otros cinco mil francos. Era a principio del mes de...

—¿De qué mes?

—Del mes de noviembre del año que siguió a nuestro matrimonio.

Letarche cerró los puños, exclamando:

—Desde ese mes comienzan las irregularidades en las anotaciones de Próspero Mathieux.

—Antes de terminar ese mes, Próspero Mathieux vino a casa y me aconsejó que te lo confesase todo... Pero tú tienes un

carácter tan rudo que tuve miedo; yo creo que él también lo tenía, pues me miraba como nos mira el perro cuando tú estás furioso. Entonces murmuró. — "¡Ah! ¡Si yo fuese rico!..."

Yo le ofrecí uno de mis anillos y él lo rehusó, echándose a reír con una risa extraña.

—No notarán nada — me dijo. — Yo ya no tengo escrúpulos puesto que se trata de usted.

Nadie supo nada. Al mes siguiente volví a ir a la caja y así continué los meses sucesivos, sin que nadie se diese cuenta de nada.

—¡Diablos! Yo tenía una confianza ciega en él y en la administración se manejan millones... ¿Cuánto me has robado?

—Yo no he robado... Soy tu esposa...

—¿Cuánto?

—¿Acaso lo sé? Sin duda habré tomado la suma que reclamabas a ese desventurado...

—A quien tú has dejado detener y que a pesar de ello, no te ha traicionado...

—¡Es que me ama, Emilio! Ocho días antes de que lo encarasen, vino a verme y repartimos entre los dos los veinte mil francos que me traía. Hemos estado en Longchamps, yo en las tribunas y él en la pelouse. El tenía un dato, pero a pesar de ello no ganamos... Cuando regresábamos del hipódromo estuve a punto de aplastar a un infeliz...

—Al que has aplastado, sin automóvil, es a él, querida. Los inspectores de justicia han encontrado en su casa los boletos de las carreras... ¡Ah! ¡Es encantador!... ¡Ante el tribunal lo confesará todo!

—No. No tendrá necesidad de ello. Si tú no retiras la acusación, yo seré la que me acusaré ante el tribunal. Pondré de manifiesto tu avaricia y a qué estado me habías reducido... tú... Emilio Letarche, el industrial veinte veces millonario...

—¿Y dirás que ese infeliz te amaba?

—Sí. Y más aún. Diré que era su amante, aun cuando jamás me ha confesado una palabra de su amor. Armaré tal escándalo que te verás hundido para siempre...

—Está bien... Basta... Bueno... Retiraré la acusación...

ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS



Lée Parry en "La mujer que no podía negarse", film que la Universal estrenará el 22 del corriente.



Ben Lyon y Aileen Pringle en "La gran decepción", que desde pasado mañana hará estrenar la Metro-Goldwyn-Mayer.



Patsy Ruth Miller y Ralph Ince (director e intérprete), en "Corazones sin rumbo" último éxito de la General.



Edna Murphy y Donald Keith en "La peste de los mares", que distribuirá desde el jueves la General.



Eugene Kloppe y Edith Posca que con Frieda Richard son protagonistas del fuerte cine drama "La madre", de Lupu Pick, notable creación que la Mundial acaba de estrenar.



Paulina Geron y Johnny Harron en "Picarona", que Glücksmann distribuye desde la semana anterior.



John Harron en una escena de "Madre mía!", que estrenó el domingo la Corporación.



Earle Foxe y Nancy Nasch en "Contra la corriente", cine drama que la Fox estrenará el 22 del corriente.

De París. - Almuerzo en honor del señor Juan P. Echagüe



Cabecera de la mesa en el banquete con que don Fernando Ortiz Echagüe, obsequió a nuestro compatriota don Juan P. Echagüe, celebrando la promoción de este último al grado de oficial de la Legión de Honor. — En el centro: don Fernando Ortiz Echagüe. A su izquierda: el embajador argentino señor Alvarez de Toledo. A su derecha: el embajador del Brasil, señor Souza Dantas y el jefe del Protocolo francés M. Pierre de Fouquières



Consejo Directivo de la Unión Panamericana



Miembros del Consejo Directivo de la Unión Panamericana que asistieron a la primera sesión del año económico 1927-28, realizada en Estados Unidos, bajo la presidencia del honorable Frank B. Kellogg, secretario de Estado del mencionado país. — A la izquierda, en primer término, apa rece el embajador argentino, doctor Honorio Pueyrredón.

Colaboradores de "Fray Mocho"



El pintor señor Pedro Catasús, nuevo colaborador artístico de Fray Mocho.

ASUNCION (Paraguay). - ECOS DE LA VISITA DE COSTES Y LE BRIX



Los pilotos franceses Costes y Le Brix en el momento de aterrizar en el aerodromo de Asunción, después de un magnifico vuelo.



El aviador Costes es llevado del brazo por el presidente de la República, doctor E. Ayala y por el ministro de guerra, doctor E. da Rosa.



Grupo de simpáticas señoritas de la sociedad asunceña, que hicieron un caluroso recibimiento a los intrépidos aviadores.

NECROLOGÍA



Señora Camila González de Vallejo, recientemente fallecida en la capital federal.

INFORMACION GRAFICA DEL INTERIOR



LA PLATA. — Enlace de la señorita Carmen Celina Barrère con el señor Francis B. Richardson



SAN LUIS. — El gobernador de la provincia presidiendo el almuerzo criollo servido en obsequio de los conscriptos del cuarto grupo de artillería, recientemente licenciados.



Grupo de italianos fascistas que festejaron con un banquete, servido en el hotel Mazzini, el aniversario de la marcha sobre Roma.



SAN RAFAEL (Mendoza). — Vista general del banquete con que fué despedido el señor Luis Salcedo Godoy, gerente de la sucursal del Banco Hipotecario Nacional, quien ha sido trasladado a la similar del Neuquén.



Alumnos de la Escuela Normal de San Rafael que fueron premiados por su aplicación y conducta con diplomas donados por la brigada de damas de la Liga Patriótica Argentina, de la sección local.

La joya del maharajá

Por J. J. Renaud

En una magnífica mañana de primavera paseábase Georges Illiers por la "Promenade des anglais". Dejaba vagar sus miradas encantadas por las elegantes villas, los espléndidos edificios de los hoteles, las dobles hileras de palmeras, la interminable fila de suntuosos autos, el abigarrado gentío que desbordaba por el paseo... y a su derecha el mar inmenso y azul, cuyas olas se estrellaban contra el acantilado de la costa.

Vefa, con íntima satisfacción, reflejase al pasar por los grandes cristales de los restaurantes, su alta y esbelta figura, su rostro lampiño de una suavidad casi femenina, y la elegancia de su traje de "tennis". Llevaba la intención de pasar la tarde en casa del tutor de Ofelia Cortés, una joven cubana de gran belleza y por la cual se sentía atraído irresistiblemente, no abandonándole su recuerdo ni un sólo instante. Hacía algo más de un mes que la cortejaba con el mayor entusiasmo, teniendo fundadas esperanzas de ser correspondido.

Cambió saludos con muchas personas, entre éstas el marqués de Palmieri, imponente anciano de blanquísimos cabellos, socio de todos los clubs más exclusivistas, y el que, desde su llegada a Niza, hacía algunos meses, era generalmente considerado y respetado, gozando fama de árbitro en todos los asuntos sociales. También decía de él que poseía una maravillosa colección de piedras preciosas y joyas rarísimas. Saludó al joven con la mayor afabilidad:

—¿Tan solo, amigo Illiers? ¿Quiere acompañarme?... Voy para casa.

Illiers sintióse muy halagado. Seguir en tan selecta compañía significaba para él asentar su posición social de modesto periodista, él que sólo debido a una herencia inesperada veíase ahora en condiciones de poder satisfacer su afición por los viajes y el deporte.

—Se dice de usted, amigo mío— siguió en tono de amable conversación el anciano, — que posee un talento excepcional en ideas originales para fiestas, y teniendo yo la intención de dar una en mi villa, desearía su ayuda...

Georges Illiers aceptó con placer. Al cruzar una calle vieronse precisados a detenerse por un momento para dejar pasar un gran auto azul sintiéndose Jorge muy agradablemente sorprendido al reconocer a Ofelia Cortés en uno de sus ocupantes.

Despidióse el marqués de Illiers al llegar a la puerta de su villa.

—¿Por qué no se viene mañana a almorzar conmigo? Desearía aún consultarle sobre varios detalles de la fiesta, y, si tiene usted interés en ello, le haré ver mi colección de joyas...

—Con el mayor gusto — apresuróse Illiers a aceptar.

—He oído hablar ya de una magnífica joya que perteneció a un maharajá y que posee usted...

—También la verá; en realidad es lo mejor de mi colección... Hasta mañana, pues...

x x x

—Hermosísima Ofelia, ¡cuánto... cuánto la amo!

—¿De veras, Georges, me amas tanto? — preguntaba mimosa la linda cubana, cómodamente senta-

da sobre la balastrada de la terraza que ofrecía una vista soberbia sobre las azuladas montañas y las luminosidades del mar.

—¡Ah, Ofelia! Bien lo sabe usted... Por momentos creo tener la seguridad de ser correspondido... pero en otros, como ahora, tengo la sensación de que sólo se burla usted de mí...

Ella rió levemente y prosiguió con indiferencia:

—Pues bien, Georges..., quiero que me traiga usted aquella joya...

Illiers sonrió en la seguridad de que sólo podría tratarse de una broma. Pero ella prosiguió con voz firme:

—Pasado mañana, a las once, cuando juguemos nuestro acostumbrado partido de "tennis", me la entregará usted...

Las facciones de Illiers se contrajeron por la sorpresa.

Pidan

"Quilmes Cristal"

La mejor cerveza

—Dígame, Illiers, ¿quién es aquel anciano en cuya compañía lo encontré esta mañana?

—El marqués de Palmieri... Y me extraña, en verdad, que usted no lo conozca.

—¿Es, entonces, ese aristócrata que posee una hermosa colección de joyas preciosísimas, entre ellas una que perteneció a un notable hincú, y que es célebre por su valor?

—Así es; y me ha prometido hacérmela conocer mañana, después de almorzar con él.

—Georges... ¿Me ama usted?...

—¿Y aún lo pregunta, Ofelia?...

—¿Quiere darme una prueba concluyente de su amor?

—Es lo único que deseo.

—Ofelia!... ¿Será posible que en realidad usted pretenda?...

—Creo haberme expresado con toda claridad. O tendría usted miedo?

—¡Miedo!... No es eso..., pero no acierto a comprender...

—Más de una vez me ha asegurado usted estar dispuesto a todo por obtener mi amor y mi mano. Mi condición es ésta: tráigame usted la joya y pasado mañana, a las once, será su prometida...; se lo aseguro.

—¡Por el amor de Dios, Ofelia!... Reflexione usted...; lo que me pide es algo imposible... No puedo robar...

—¡Bah! Lo que hay es que tiene miedo.

Ella se había acercado a él, hundiendo las miradas de sus incomparables ojos negros en los suyos; su boca, muy cerca de la de él, murmuraba amorosa:

—¡Georges!... Yo también, lo amo...

Turbado y desorientado, Illiers sentíase presa de la desesperación.

—No vacilaré, Ofelia... ¡Por su amor!

Separáronse con cierta frialdad. Pero por largo rato siguieron los ojos de la joven, con enigmática expresión, la elegante silueta de Illiers hasta que desapareciera por un recodo del camino. Entonces, dejándose caer en un sillón estalló en convulsivos sollozos...

Illiers, al encontrarse solo, juróse una y mil veces no acceder de ninguna manera al increíble capricho de su amada.

Pero... ¡cuán seductora era! ¡Y cuántos admiradores la asediaban!... Su gran belleza, unida a su fortuna considerable, atraían a un sinnúmero de pretendientes. Ella los trataba a todos con la misma amable indiferencia, sin ofender a ninguno, exceptuando a él, a quien prefería ostensiblemente. ¡Qué hacer, gran Dios! El extraño e incomprensible deseo de la hermosa joven lo desconcertaba... En toda aquella noche no logro conciliar el sueño.

xx x

—Después de tomar el café, amigo Illiers, le haré ver mi colección de joyas, como se lo prometí ayer — decía el marqués de Palmieri a Georges Illiers después de almorzar. — Venga usted conmigo...

Se encaminaron a un gran salón junto a cuyas paredes veíanse alineadas varias vitrinas conteniendo una verdadera fortuna en joyas admirables. Después de examinarlas detenidamente, dirigiéronse a un ángulo del salón, donde, empotrada en la pared, se encontraba una pequeña caja de seguridad.

—Aquí — explicó el marqués — guardo las joyas más preciosas.

Presionando apenas un botón de una de las molduras y sin hacer ningún esfuerzo, abrióse la puerta del mueblecito, dejando ver sobre su lecho de terciopelo rojo una joya en forma de una rosa de soberbios diamantes engarzados en finísimo oro, que emitía sus fascinantes destellos, deslumbrando las admirativas miradas de Illiers. Era tan perfecto y artístico el trabajo, que toda la joya parecía tener vida.

—¡Esto es una maravilla! — exclamó el joven, francamente admirado.

—Es ésta, con seguridad, la expresión que le corresponde — asintió el anciano; — esta joya cuenta siglos de antigüedad, y sólo por una casualidad se encuentra hoy en mi poder: en una dinastía de príncipes hindúes era considerada como un talismán que se veneraba con religioso fervor. Uno de sus miembros, al pasar varios años en Europa, dedicóse a una vida de fausto y de lujo, lo que, como es muy sabido, cuesta mucho dinero... Por esta circunstancia vióse precisado a vender muchas de sus joyas, entre ellas ésta que ve usted... Conociendo mi afición por coleccionar joyas raras y hermosas, me la ofreció por un precio que bien podría considerarse fantástico si no

se tuviera en cuenta el que muy gustosamente pagaría por ella cualquier museo. Pero... una de las condiciones de esta venta fué que, por motivos religiosos, debía ésta mantenerse en el más profundo secreto. Es por esto que sólo a mis más íntimos amigos se la ha-ga ver.

—Gracias, gracias, señor marqués... Sin embargo, he oído hablar a varias personas de esta joya...

—¡Ah! ¡Es muy extraño!... Pero es sabido que ni las personas más serias se ven libres de cometer indiscreciones. No obstante, sería muy sensible que se divulgase demasiado. Una de las grandes desventajas de esa compra, casi ilegal, por decirlo así, es que, en caso de que me la robasen, no podría ni acudir a la policía...

—Pero parece que la guarda usted en lugar muy seguro.

—Es lo que yo también creo; pero vea usted: el mecanismo de esta cerradura es sencillísimo... sólo que a ningún ladrón se le ocurriría esto...

Con estas palabras volvió el marqués a cerrar la caja de seguridad, haciendo girar el resorte.

—Quien no conozca este secreto se esforzará en vano en querer abrirla.

Como hipnotizado contemplaba Illiers la maravillosa joya, cuya obtención significaba para él la realización de su dulce ensueño de amor.

Mientras tanto el marqués, con el entusiasmo del coleccionista, seguía detallando los méritos de la joya.

—Esta joya, aparte de su trabajo artístico y exquisito, de sus delicadísimas hojas de oro, se compone de varios diamantes de un valor inapreciable y que son muy fáciles de venderse sueltos: esto sería una de las grandes ventajas que tendría un presunto ladrón. La insuperable belleza de la joya reside en su antigüedad y en su artístico engarce. Suele permanecer por las tardes, durante largo rato, en muda contemplación de este tesoro, aquí en este balcón, fumando mi cigarro, con la puerta abierta, gozando lo indecible al observar sus magníficos destellos que se quiebran en los rayos del sol...

Inconscientemente, Illiers observaba el terreno. El balcón no era muy alto... podría alcanzarse con cualquier escalera... Al corto rato despidióse; encontrábase como alucinado y sentía que lo invadía un amargo rencor contra Ofelia...

Al llegar cerca de su domicilio encontré con el auto de ésta, que guiaba ella misma, pareciendo esperar. Al verlo hizo una seña para que se acercase, y, a quemarropa, le dirigió esta pregunta:

—¿Y, Georges... qué me contestas usted?

Illiers sintió que un sudor frío corría por su frente.

—Ofelia... No puedo... no puedo tomar en serio lo que me pide...

—¿Es esta su última palabra?

—Ofelia... por un momento piense: ¿cómo podría traicionar la confianza de este venerable anciano?

Sin aun dirigirle una mirada, puso la joven en marcha el motor, desapareciendo a los pocos segundos de la vista de Illiers.

Este pasó una tarde desastrosa, sumido en la más negra melancolía. Al llegar la noche, siguiendo su costumbre, dirigióse al casino entrando a la sala del teatro. Su

primera mirada fué para el plico de la familia del tutor de Ofelia: vió en él a ésta, más seductora que nunca; a su lado estaba Mauricio Bertrand, precisamente aquel entre sus pretendientes que era el único que le inspiraba celos en toda regla... Era buen mozo, joven y escudado... Veía a Ofelia conversar animadamente con él, sin, al parecer, haber advertido su presencia en la sala. Abandonó el teatro, herido y mortificado...

La noche apacible de la "riviéra" no logró calmar sus nervios sobreexcitados. Prosiguió su camino como un autómatas, encontrándose de pronto frente a la villa de Palmieri.

lor pensó que el riesgo no era tanto conociendo el mecanismo de la caja de seguridad; sabía que el anciano marqués residía solo en la villa, con un servidor de casi tanta edad como él; si se despertaban, tiempo tendría de huir... No sabía pues, nada que temer. Tomó la escalera... y horrorizóse de su propia sombra: la sombra de un vulgar ladrón... ¡Dios santo! ¿Qué era lo que se disponía a hacer? Pero no era ya hora de retroceder... Decidido, subió la escalera, esforzándose por no producir el más mínimo ruido; con el mayor cuidado trató de abrir la puerta que daba al salón: la encontró abierta... En un segundo encontrése frente a la

Fué en vano que Georges protestara diciendo que no era tal su intención, pues pensaba devolverle aquella joya en seguida. Con respiración anhelosa daba toda clase de explicaciones al marqués. Pero el anciano parecía cambiado totalmente: la irritación y la sorpresa parecían ponerlo tan fuera de sí como al mismo Illiers.

—¡Basta ya; cálese!... — ordenó en el colmo de la indignación — ¡Vil ladrón! ¡Cuánto me felicito de no haberle explicado todos los secretos del mecanismo! En el preciso momento de tocar usted la joya puso en acción el aparato fotográfico, encendiendo el magnesio que ha retenido su imagen sobre la placa que está ya revelando mi viejo Benoit. Ahora mismo la verá usted y podrá conocer al señor Georges Illiers en momentos de apoderarse furtivamente de una joya de mi propiedad. Con sólo esta fotografía será usted condenado a varios años de prisión. No tendré ninguna necesidad de mencionar la rosa del maharajá... Cualquiera otra joya en su lugar sería lo mismo...

—Pero, entonces... en realidad... ¿tendría usted la intención...? — jadeó Georges, desesperado.

—...¿de entregar un ladrón a la policía? Sí, señor; como se lo digo. Y le aconsejo que no pretenda huir, porque sería un hombre muerto... Ahí viene Benoit con la placa... Enseñasela, pues, al señor; veremos si reconoce al ladrón...

Con toda clase de cuidados acercó el viejo criado la placa, aún húmeda, a los ojos de Illiers, y éste no pudo menos que reconocer perfectamente su imagen con las manos en la caja de seguridad.

—Vuelvo a jurarle por mi honor, señor marqués...

—¡Honor! ¿Y se atreve usted a pronunciar esa palabra? Mañana podrá jurar y contar cuanto quiera ante los jueces...

Illiers terminó por perder todo dominio sobre sí mismo en el paroxismo del dolor, de la vergüenza, trataba, sollozando, de mover a compasión al inexorable anciano.

Por fin pareció éste sentir algo de piedad. Con voz dura, dijo:

—Parece usted arrepentirse sinceramente de su infame acción. Y no pretendo, tampoco, hundirlo para siempre. Podré perdonarlo, pero con una condición; sé que ha heredado usted, hace poco, ochenta mil francos; mi patria, Sicilia, sufre ahora los horrores de un espantoso terremoto...; los reclamo para ella.

—¿Todo cuanto poseo?... ¿Quedaré en la calle!...

—Quedará usted en condiciones de empezar una nueva vida... más honrada... Pero usted mismo decidirá...

—Acepto, pues...

El marqués hizo tomar asiento junto a un pequeño escritorio, dictándole lo siguiente: "Confieso haberme introducido clandestinamente en la noche del 19 de marzo en la villa del marqués de Palmieri, el cual me sorprendió en momento de apoderarme de una joya de su propiedad. Declaro auténtica la fotografía adjunta, George Illiers".

—¿Dice usted tener depositados sus títulos de renta en un Banco de París? Pues bien; estamos en la madrugada del jueves; el sábado, a las catorce, lo espero en el Circolo Massina, en el salón de lectura. Al entregarme usted la suma convenida, a mi vez le entregaré

NO QUIERO MORIR

(Del libro "HORAS DE ENSUEÑO", próximo a aparecer)

*"Ah! no quiero morir!... Si muero ahora,
¿Quién ha de amarte como te amo yo?"*

EDELMIRA SOTO Y CALVO.

No quiero morir!... Si muero ahora,
¿Quién ornará tu frente con claveles,
Jazmines, rosas y jacinto en flor?
¿Quién posará sus labios febricitantes
Con más cariño y con mayor amor?

¿Quién cantará en tus horas de nostalgia
Con mejor canto que el que canto yo?
¿Quién cubrirá tu cuerpo de azahares
Bajo las ramas del naranjo en flor?

¿Quién velará tus sueños virginales
Con más anhelo y con mayor fervor?
¿Quién al arrullo de los dulces cantos
Llevará a tu alma su ilusión de amor?

¿Quién, en jardín, de madreselvas lleno,
Pondrá en tu boca el sello del amor?
¿Quién con la suave aura tempranera
Acariciará tu negra cabellera
Con más dulzura que lo hago yo?

¿Quién en la noche de argentada luna
Bajo la égida de la Cruz del Sud,
En el misterio de las altas horas,
Llevará a tu alma su canción sonora
Templado al rojo el inmortal laud?

*"Ah! no quiero morir!... Si muero ahora,
¿Quién ha de amarte como te amo yo?"*

Adolfo PACHECO

En aquel momento sentíase dispuesto a cometer un asesinato por obtener la posesión de Ofelia... pero robar ignominiosamente... ¡ah, eso no!

Detúvose unos instantes ante la verja; sus dedos tantearon maquinalmente el picaporte... ¡Estaba abierto! Sin casi conciencia de sus actos siguió el camino hacia la casa; alzó su mirada hacia aquel balcón, y al volver luego la vista a su alrededor, no osó dar crédito a sus ojos...; apoyada en un árbol frutal vió una escalera... Ahora tan sólo sería cuestión de decidirse y en dos minutos podría tener en su poder aquella maldita joya... Al día siguiente Ofelia sería su prometida, y en seguida, él la convencería de que era preciso devolver la joya a su dueño.

La tentación adueñase de él con fuerza sobrenatural; para darse va-

caja de seguridad. Sus dedos trémulos, tantearon... encontraron el resorte... Pero en el primer instante de abrirse la puerta de la caja un relámpago de luz vivísima inundó el recinto, por un segundo, volviendo luego a quedar sumido en la más profunda obscuridad.

Loco de terror, buscó Illiers la puerta de salida... Era tarde: oyó pasos que se acercaban... El viejo criado acudía persuroso, haciendo girar los conmutadores eléctricos que encontraba a su paso. Illiers se notó envuelto en el humo del magnesio.

Detrás del criado aparecía el marqués, revolver en mano. Al reconocer al intruso tuvo como una sorpresa penosa:

—¿Cómo!... ¿Usted, Illiers? Pero esto es increíble... ¡Lo sorprendo en actitud de robarme!...

este documento y la fotografía. Puede ahora retirarse...

El aire fresco de la mañana apaciguó en algo la horrible tensión nerviosa de Illiers; calmando, además, el insoportable ardor de sus ojos. Decidió aprovechar el rápido para París de aquella misma mañana. Al llegar a su domicilio, en una carta detalló a Ofelia los acontecimientos de la noche, reflejándole todo su abatimiento. No le hacía reproche alguno, pero terminaba conjurándola de serle fiel...

Más tarde, en la estación del ferrocarril, esperábale la doncella de Ofelia con una esquelita que sólo decía: "Mi querido Georges: cumpla usted hasta en sus menores detalles su deuda al marqués. Le amo siempre y creo en usted.—Ofelia".

El sábado, poco antes de las catorce, entró Georges en el Círculo Massina, llevando un pesado cartapacio, y se dirigió al salón de lectura, en aquellas horas casi desierto.

El anciano marqués, recostado en una cómoda poltrona, parecía esperar con impaciencia. Al verlo, hizo un leve saludo, indicándole que se acercase. Illiers le entregó inmediatamente el contenido del cartapacio.

—Aquí tiene usted toda mi fortuna. Tenga la bondad de enterarse...

Con toda calma comenzó el marqués a examinar los papeles. Tuvo la precaución de cerciorarse dos veces, por medio del diario "Figaro", de la exactitud de las cotizaciones. Por fin pareció satisfecho. Con todo cuidado guardó aquella fortuna tan fácilmente adquirida, en una cartera que traía preparada. Luego entregó a Illiers la fotografía y el documento firmado por él.

—Aquí tiene usted, según se lo prometí. Creo que convendrá conmigo en que... ¡Por todos los diablos! ¿Qué significa...? — interrumpióse alarmado al ver a dos hombres que, saliendo detrás de un cortinado, apoderábanse, con la rapidez del rayo, de sus muñecas, aferrándolas como con tenazas de hierro.

Los desconocidos eran dos agentes de la policía secreta. En el mismo momento aparecieron en el vano de la puerta, Ofelia acompañada por su tutor.

—Por fin conseguimos darle caza! — exclamó gozoso uno de los agentes. — ¡Ah, viejo bribón!... ¡Qué fácil es darse la gran vida por medio de hábiles extorsiones! ¡A cuántos muchachos de buena familia has hecho víctimas de tus infames manejos!... La rosa del maharajá, esa joya sin valor alguno, ha vuelto a cumplir su cometido... y la escalera preparada, y el secreto de la caja de seguridad tan bien explicado...! ¡A cuántos incautos ha sugestionado! Como sucedió con el hermano de esta señorita, el que prefirió darse muerte de un tiro al no poder cumplir su palabra empeñada con el "señor marqués"; pero, antes, en una carta de despedida, explicó todo a su hermana, a quien adoraba... Ha sido muy mala suerte la suya, "señor marqués de Palmieri", haber sido reconocido por esta señorita, y que el señor Illiers consintiera en sacrificarse... Sólo de esta manera hemos conseguido sorprenderlo...

En este momento sonó un tiro. Aprovechando un descuido de los agentes, el anciano habíase desceñado un balazo en la sien con



Perfil pagano

Cuando en mi fantasía mi febril idealismo de tu regio perfil la impecable hermosura evoca, y tu figura de extraño orientalismo, vivo la sugestión de tu clásica dulzura.

A una sacerdotisa de un rito prodigioso te pareces, ¡oh ensueño de un poeta oriental! De una virgen pagana es el perfil donoso que recorta la estatua de tu planta sensual.

Cual el molde severo de una imagen profana tu silueta es labrada en un ágata azul; mis soñadores ojos, en su avidez lozana, te ven cual, camafeo bordado en rojo tul.

En el secreto abismo de tu sensible ojera, de un corazón vehemente el latir se adivina; vaga la dulce sombra de una bella quimera que subraya el encanto de tu gracia divina.

¡Oh la gloria de tu sugestiva aristocracia que el embeleso encarna de una flor oriental! ¡Ben merecen los suaves efluvios de tu gracia el homenaje lírico de un poeta inmortal.

Adela García Salaberry

el mismo revólver que pocos días antes amenazara a Illiers.

Ofelia estalló en una carcajada de locura:

—¡Ah, pobre hermano mío! ¡Por fin conseguí vengarte!...

Con infinito amor inclinóse Geor-

ges Illiers sobre ella; reaccionando, abrazóse Ofelia apasionadamente a él:

—Amor mío—murmuró—te adoro... Mi vida entera será poca para amarte y agradecerte lo que por mí has hecho...

CIENCIA PRIMITIVA

Los conocimientos químicos de los antiguos

Considerando la química en sus aplicaciones prácticas, y no desde el punto de vista teórico se observa que su origen es muy antiguo.

Los chinos conocían la pólvora mucho tiempo antes de nuestra Era; sabían, desde hace mucho más tiempo que nosotros, trabajar los metales, producir vidrio, objetos cerámicos y fabricar una tinta que podía rivalizar con la que actualmente empleamos.

En la misma época, los egipcios conocían la purificación de muchos metales, entre otros el oro y la plata, como lo demuestran las magníficas pinturas del templo de Karnak. Los egipcios practicaban la oxidación del hierro, del cobre, del plomo y la transformación de los óxidos en diferentes combinaciones del cloro, que ellos realizaban con la ayuda de sal sacada del Alto Egipto.

Conocían también los egipcios el arte de la vidriería, de la pintura, de la tintorería, y muchos objetos de aquella época nos manifiestan lo notable que eran en estas artes.

Igualmente conocían muy bien la resistencia de sus colores, porque sobre una de las obras del constructor de pirámides, Neirvermad, encontramos la inscripción siguiente: "La ornamentación coloreada de los templos, debe ser tan eterna como los mismos dioses." En el arte médico del antiguo Egipto, figura también el verdete y la cerusa, e igualmente una sal de cobre y una sal de plomo. Estas dos materias entraban en la composición de emplastos y cataplasmas.

Los antiguos fenicios eran, indudablemente, muy expertos en química.

Eran excelentes en vidriería y tintorería. El vidrio era conocido de los egipcios mucho tiempo antes que de los fenicios, pero éstos le hicieron más puros y más traslucido y le extendieron entre los otros pueblos.

Si el hierro era todavía desconocido de los griegos, sin embargo, el trabajo de ciertos metales, como el oro y la plata, alcanzaban un alto grado de perfeccionamiento.

El empleo del plomo estaba principalmente extendido. En el siglo III antes de J. C., un discípulo de Platón y Aristóteles, habla en sus numerosas obras de muchos minerales: cita el cinabrio, la hulla, la cerusita y otros.

Solamente en el apogeo de su vasto imperio, los romanos, en contacto con numerosos pueblos, aumentaron sus conocimientos químicos. Los romanos practicaban también la estañadura y la soldadura, sabían transformar el hierro en acero y los óxidos de cobre y de plomo que se obtenían calentando estos metales, tenían múltiples empleos. Conocían ya la fabricación del jabón.

A raíz de la publicación del artículo anterior, en "Fray Mocho", sobre, el mismo tema, en el que decía que ni nuestro gobierno, ni nuestras instituciones particulares, se preocupaban de los paisajes de nuestra naturaleza primitiva, ni hacían nada por evitar su paulatina destrucción, recibí varias cartas en que se me hacía saber que había exagerado, puesto que hacía tiempo que en el país se había iniciado la obra que yo exigía en mi artículo. Decíame una de las misivas que existía una "Comisión Honoraria de Parques y Reservas Naturales", cuyo presidente era el profesor don Martín Doello Jurado, director del Museo de Historia Natural de Buenos Aires y célebre malacólogo.

—Sí, señor — me dijo el secretario del Museo profesor don Pedro Serié — hace años existe una Comisión, presidida por el director del Museo, profesor Martín Doello Jurado, con cuya autorización puedo darle una serie de informes acerca de su actividad, que tiende a defender la naturaleza argentina.

El profesor Serié, secretario del Museo, hace más de treinta años, nos atiende con suma deferencia dándonos los datos que pedimos. Bien conocidas son sus investigaciones herpetológicas, sobre fauna argentina, acerca de las cuales tiene varias publicaciones. Es también un distinguido profesor de la materia y, actualmente, ocupa la presidencia de la Sociedad Ornitológica del Plata.

—Hemos leído su trabajo en "Fray Mocho", y queremos, ante todo, agradecerle el interés que Vd. demuestra por los problemas de la naturaleza argentina. Hace tiempo que el asunto preocupa a los naturalistas. Con el aumento de la población vióse que en breve tiempo desaparecía la naturaleza autóctona del país. En la prestigiosa Sociedad Argentina de Ciencias Naturales se habló mucho de la necesidad que había de proteger a la fauna y flora naturales, para que no desaparecieran del todo. El anhelo general se vió concretado en la publicación de diversos folletos de autores como Hauman, Doello Jurado, Roberto Dabbene, en la que, estudiando diversas poblaciones de la fauna y de la flora expresaban su anhelo de que fueran protegidas, con leyes especiales para evitar su desaparición.

Una excursión interesante.

El 14 de abril de 1924 se organizó una excursión a las islas del Delta entrerriano, por invitación del gobierno de aquella provincia. El señor Doello Jurado, que era el que más se preocupaba con el problema, había obtenido del gobierno de Entre Ríos la cesión, después de ser examinadas, de algunas regiones del Delta, para la creación de un Parque Natural. Gracias al Ministerio de Marina fué posible, durante una semana, recorrer varias regiones pintorescas del Delta. Fueron además del Director del Museo y el que habla, varios socios de la S. A. de E. N. como Hauman, el doctor Castellano y otros. Pero no se llegó a ningún resultado definitivo.

Cómo se protege a la naturaleza en la República Argentina. — Hablando con el profesor Pedro Serié, secretario del Museo Nacional de Historia Natural de Buenos Aires

Interviene la Sociedad Geográfica Argentina.

—Independientemente la Soc. Geog. Arg. presentó, al Ministerio de J. e Instrucción Pública — diciembre de 1924, un poco más vasto Sagarna — un proyecto, en septa que la aspiración de los naturalistas, pues debía legislarse acerca de la protección de todos los lugares históricos, expropiándolos, de ciertas regiones geográficas, particularmente interesantes...

¿...?

—El proyecto, del Ministerio pasó a informe del Director del Museo. Este, en una extensa nota sugiere una serie de iniciativas acerca de la protección de la naturaleza en el país. En respuesta a la elocuente nota, el Ministro de I. Pública de-

leza y el cuidado por los monumentos naturales", del conocido sabio, doctor Haus Leckt y "El proyecto de Parque Nacional del Sud", por el doctor C. Curt Hosseus, ambos de la Universidad de Córdoba.

¿...?

—En mayo de 1925 la Comisión propone, ya especificando y con gran acopio de datos, la creación de un Parque Nacional en la isla de Martín García, señalando su importancia geológica, zoológica y botánica. Ilustran el problema una publicación de Hauman "La vegetación de la isla de Martín García" y otras. Hauman la llama "Joya de la naturaleza". Señala la Comisión la parte Nordeste de la isla, despoblada y un punto de rocas arcaicas, de mucho valor científico. Más aún:

INCONSTANCIA

Yo adoro lo mudable; lo confieso,
Me encanta la existencia por lo breve,
y nada me seduce ni conmueve
como el placer efímero de un beso.

Amo toda ilusión sólo por eso;
porque al fin se deshace cual la nieve,
y admiro todo cambio que en sí lleve
la evolución continua del progreso.

Si vivo satisfecho en absoluto
con la pequeña dicha que disfruto,
es sólo porque sé que es transitoria;

y el pensar en la muerte me consterna,
porque puedo alcanzar la gloria eterna...
¡y se qué, siendo eterna, ya no es gloria!

Francisco CAPELLA

signa, a fin de 1924, una "Comisión Honoraria de Parques y Reservas Naturales" que debía encargarse seriamente del estudio del problema planteado.

¿...?

—El ministro, como hombre que comprende las grandes necesidades del momento, demostró siempre un gran interés hacia la protección de nuestra naturaleza primitiva.

Las primeras sesiones de la "Comisión Honoraria de Parques y Reservas Nacionales".

—En las primeras sesiones la entidad se organizó y el que habla fué designado secretario. A poco el señor ministro solicitó a la Comisión se sirviera indicarle algunas regiones del país que fueran convenientes para reservas.

Se le indicó, para empezar, dos regiones: La isla de Martín García y una región vecina a San Francisco del Monte de Oro, en San Luis. Se agregan al expediente interesantes trabajos sobre el problema: "Sobre la protección de la natura-

que Natural en Martín García. Vuelve entonces el expediente a I. Pública.

Otra iniciativa el Parque Natural en San Francisco de Monte de Oro.

—Al mismo tiempo que se tramitaba el asunto de Martín García y gracias a informes especiales de los profesores Juan W. Gez y el doctor Castellano, se empezó a tratar de la formación del Parque Nacional en una región interesante de San Luis: San Francisco de Monte de Oro. Se habló de adquirir un lote de unas cien hectáreas, en el lugar donde Sarmiento solía salir de paseo y que describe en "Recuerdos de Provincia". El lugar, según los informantes, contenía una gran cantidad de especies autóctonas, que van siendo destruidas por la población. Fué este un primer informe que pasó al Ministerio de I. Pública, que lo pasó a Agricultura, pidiendo informes.

Un agrónomo regional informa desfavorablemente.

—El agrónomo regional del Ministerio de Agricultura informó que la región no era muy apropiada para Parque Natural, por la falta de vegetación. No ve las condiciones de utilidad de aquella reserva. Además, la Escuela Normal de San Francisco de Monte de Oro, donde estuvo Sarmiento, no se encuentra sobre aquellos terrenos. Por aquella fecha la señora Dermófila Ch. de Pérez, veína de la región, ofreció a la Comisión, por intermedio del doctor Castellano, un terreno para Parque. El gobierno de San Luis — gobernador señor León Guillet y ministro señor Taboada Mora — ofrecieron al doctor Castellano toda clase de facilidades, para que eligiese algún terreno apto.

Otros ofrecimientos.

—La señora Elila G. A. de Correa Morales propone que se designe como Parque Nacional la región de Cerro Colorado, Departamento de Tulumba en Córdoba, donde existe una fauna, flora y arqueología maravillosa. Otra región interesante sería la de "Las Piedras de las Cuchillas", cerca de "Los Chañares", en terrenos del profesor Faustino Beirondo, que se pueden adquirir a 8 y 10 pesos la hectárea.

Conclusiones.

¿...?

—Como Vd. verá, no hay nada resuelto, pero en esto estamos y dentro de poco se llegará a resultado práctico. La Comisión piensa solicitar del Ministerio de Marina la cesión de toda la isla para convertirla en Parque Nacional.

¿...?

—Hemos contado en todas las ocasiones, con el concurso de las autoridades, cuya facilidad han permitido realizar investigaciones de toda clase. El fervor científico del Director de este Museo, la buena voluntad y altura de miras del doctor Sagarna, como asimismo el interés de los miembros de la Comisión Honoraria de Parques y Reservas, permiten esperar, para dentro de poco la creación de lo que exigen hace tiempo los naturalistas conscientes.

José LIEBERMANN.

Esa noche, Federico y Jaime, eran los hombres más felices del universo.

Federico, esa tarde había ganado quinientos pesos en las carreras y, se propusieron celebrar pomposamente el fruto de tan biencho-ra suerte.

A la salida del teatro, después de haber presenciado la función desde un palco, creyeron oportuno prolongar la fiesta, ya que la una de la madrugada, es temprano para acostarse, quien todavía tiene plata en el bolsillo, y de común acuerdo decidieron ir a un cabaret.

—No nos faltarán mujeres, verás, — decía Federico a su amigo.

—Bastará enseñar un "canario" para que haga el efecto de un poderoso imán. No hay nada que atraiga tanto.

Se instalaron cómodamente en una mesa de un cabaret lujosísimo, en el que el bullicio indescriptible, y ensordecedor por momentos, contrastaba con la cara aburrida de muchos parroquianos.

Dos orquestas, lloraban trágicamente sus tangos al comás de los cuáles danzaban las parejas, gravemente, como quien cumple una misión transcendental.

Federico fijó la mirada, instintivamente, en una mujer que vestía de rojo. Su rostro risueño tornóse serio y pensativo. Jaime lo notó.

—¿Qué te ocurre?

—Sí, no me equivoco, esa que ahora se sentó al lado de la que está fumando, cerca de la columna la conozco...

—Es posible que la hayas visto por ahí...

Federico, que seguía mirando con insistencia a la recién llegada, prosiguió:

—Es que si es ella, que no lo dudo, fué la primer mujer que despertó en mí, el primer sentimiento de hombre, hace siete años...

—¿Es curioso!

—Sí, es muy curioso, es una casualidad, que podríamos llamarle cinematográfica. Yo debo interrogar a esa mujer.

—¿Y qué piensas? Ya sabes que aquí no cuesta nada, invítala a tomar algo...

—Es verdad... ¡Mozo!

El mozo se presentó solícito.

—¿Qué desea el señor?

—Dígame, ¿cómo se llama esa rubia que viste de rojo?

—Aquí, todos la llaman "Boquita de Piñón".

—Tome, eso para usted y llame a ese piñón...

"Boquita de Piñón" era una mujer preciosa. Su vestido venía ceñido hasta el cuello, lo que la hacía más encantadora.

Apenas el mozo la avisó, ella fué al encuentro de los dos amigos, que la habían mandado llamar.

—¿Ustedes son los que me llaman?

—Sí, siéntese — contestó Federico. — ¿Qué va a tomar?

—Anís...

Federico, después de ordenar que la sirvieran, la interrogó:

—¿Usted no me conoce?

"Boquita de Piñón", clavó su mirada fija y escudriñadora en su interlocutor.

—No lo recuerdo..., pero no me atrevería a decir que no lo conozco... su cara me parece conocida, pero como soy tan poco fisonomista.

—¿Cómo se llama?

—Rosa.

—Aquí se llamará así, pero ¿es ese su verdadero nombre?

"Boquita de piñón"

Por Alfredo Arjé

—Mi verdadero nombre es Carlota.

—Yo soy Federico Yuliber.

Los ojos de Carlota relampaguearon súbitamente; entonces la mirada fría, se tornó dulce y sonrió.

—Federico... es verdad...; pero está usted más distinto; más grueso... ¡Pero qué tanta al no acordarme!

Federico continuó:

—Entonces, ahora me conoces; ¿te acuerdas cuando hace siete años?...

—Sí, me acuerdo! Usted fué el primer hombre que yo quise de verdad...

—No creas, tengo mi carácter... Y tú, ¿qué has hecho en este tiempo?

—Yo..., ¡si tu supieras!...

Sentía despertar en ella una inexplicable sensación, que no ocultó en ningún momento; por el contrario, fueron muchas las miradas que presenciaban la afectuosa solicitud de "Boquita de piñón" hacia Yuliber.

Aquella pareja, en un rincón del bullanguero salón, contrastaba con el aspecto de la sala, que, a las tres de la madrugada, había alcanzado el mayor apogeo.

"Boquita de piñón", fué invitada por muchos clientes de la casa a



—Y para mí, tú fuiste también mi primer amor... ¡Qué lindas eras!... y sigues siendo! ¿No es cierto Jaime?

—¿Sigues siendo?...

Jaime respondió:

—¿A qué negarlo?: es una beldad.

—Gracias — respondió ella — hace siete años, como ahora, Federico era un tipo de hombre como pocos: era un buen mozo, su presencia en una reunión o simplemente en un grupo de chicas, provocaba los comentarios más diversos. Parecía que todo lo había olvidado, pero ahora todo acude claramente a mi cerebro. Me acuerdo que cuando Federico me cortejaba a mí, era envidiada por todas mis amigas... ¡Cómo pasa todo!

—¿Y cómo fué que ustedes se separaron? — preguntó Jaime.

Se produjo un silencio embarazoso, al cabo del cual murmuró Federico:

—La vida...

"Boquita de Piñón" preguntó alegremente:

—¿Eres todavía soltero?

—Sí, soltero...

—¿Qué feliz la mujer que se case contigo!

bailar, y muy especialmente cuando la orquesta ejecutó el dislocado "Charleston" baile en el que ella se lucía a las mil maravillas; pero rechazar todas las invitaciones y si algo bailó esa noche, fué solo con Federico y muy poco con Jaime.

Toda la verdad de la pendiente de su vida, la dijo a Federico; le confesó que dos años después que se habían separado, de ese amor juvenil que había sostenido con él, se casó, mejor dicho, la indujeron a casarse con un oficial de marina. Un año más tarde se separaron... Después ella, se dedicó al teatro, trabajó en una compañía de revistas; al terminar la temporada, fué una tentadora oferta la que la llevó a contratarse en un cabaret, pero eso no impedía que ella fuera una mujer honesta.

Todo lo creo, Carlota,

—¿Qué dirá Vd. al verme aquí? pero le juro que me hago respetar; yo gano mi sueldo y no tengo necesidad de nada más; vivo decentemente con mi madre. ¿Lo duda V.?

—No, Carlota, así lo creo; la vida te habrá enseñado muchas cosas y puedes serlo a pesar del elemento que te rodea.

¡Siempre tan bueno Federico!

Las cuatro de la mañana llegaron como por ensalmo, Federico y Jaime acompañaron a "Boquita de piñón" hasta la puerta de la casa, donde Carlota y Yuliber se despidieron, como si el paréntesis de siete años no hubiera existido, de la misma manera amorosa, que lo hubieran hecho cuando sus corazones nacían a la vida.

Jaime no salía de su asombro; no podía convenirse cómo esa mujer "Una de las tantas" también tenía su corazoncito.

Federico, al separarse de su amigo, para ir a acostarse, no pudo ocultar una infinita emoción que le embargaba, y le hizo una reflexión.

—Jaime, tú te reirás, pero créeme que esta mujer ha hecho nacer en mí el cariño que otrora sentí por ella. Si el mundo nuestro lo permitiera sin asombrarse, esa mujer sería mi esposa: estaría seguro de tener una buena mujer y a mí no me humillaría sacarla de donde la encontramos.

—Pero eso no es posible; es inverosímil pensar eso, — le dijo Jaime con firmeza.

—Es novelesco, esa es la verdad, pero sería muy posible, si yo no tuviera, ante todo, respeto hacia mis padres, quienes no lo consentirían; y como yo ahora trabajo para ellos...

Se separaron. Esa noche Federico se acostó con una dulce imagen en su mente.

Aún por mucho tiempo, el recuerdo de esa mujer, amargó sus días pero se propuso, pese a sus deseos, no verla nunca más, para sosiego de su espíritu.

La naturaleza de la luz

Los hombres saben desde hace mucho tiempo que la luz necesita un cierto tiempo para propagarse, pero la cuestión era saber qué era lo que se movía. Newton, uno de los más grandes sabios que han existido, creía que la luz era producida por el movimiento a través del espacio de una infinidad de pequeñas partículas de substancia; como si las estrellas o una vela irradiaran a su alrededor y en todos sentidos una lluvia de partículas de la misma materia.

El creía que cuando esas partículas llegaban a nuestros ojos producían la sensación de luz de la misma manera que una lluvia de gotas que cayera sobre la mano produciría la sensación de tacto. Esta teoría sobre la naturaleza de la luz fué admitida durante mucho tiempo, y era tenida por cierta, no porque hubiese sido demostrada, sino porque Newton creía en ella. Se han observado más tarde, fenómenos que hacían inexplicable la teoría a guisa de proyectiles, según las ideas de Newton.

Esto nos sirve de enseñanza: jamás se ha ocupado un cerebro más poderoso que el de Newton de este objeto y, sin embargo, él se equivocó, lo que muestra que era un error creer en esta explicación por el solo hecho de que él creía de este modo.

Se sabe actualmente que la luz no es otra cosa que un movimiento de ondas trasladándose en medio de una cosa que nunca se ha visto, que no se verá jamás y que, sin embargo existe en todas partes: el éter.

EL POETA

¡Oh viejo tronco y refulgente llama
 Qué me importa la luz y la humareda?
 ¡Se van las flores pero no la rama!
 ¡Se va el amor pero el recuerdo queda!

Carlos ROXLO.

Veleidad de las cosas soñadas:
 "Se va el amor pero el recuerdo queda". Un año hace apenas que ha muerto el buen poeta uruguayo y ya presto el olvido se ha adelantado al recuerdo. Su gran cariño fué para su tierruca querida, llena de las gracias de las patrias bendecidas. Duele decir que Roxlo debía haber muerto mejor de su tierra. Así sus connacionales hubieran podido exclamar que había muerto cómo el "remontar del cóndor". Es tradición en nuestras regiones andinas, que cuando se apresura un cóndor, se le quema los ojos y se le suelta, éste abre sus alas gigantes y remonta su vuelo, alto y en línea recta, tratando siempre de alcanzar altura, temeroso de un encuentro con invisibles montañas, y cuando el instinto le anuncia que ha llegado a las regiones de donde provenía, se desploma inerte y cae entre los suyos. Así debía haber muerto Roxlo, cómo un cóndor, cómo Indalecio Gómez, para en su retorno ser glorificado.

No pecaría de indiscreto si digo que Roxlo había vaticinado su muerte. Un verso lo denuncia. Veamos:

Y cuando llegue la hora ambicionada
 Cuando en las tardes del noviembre estivo
 Con las flores más rojas del celbo,
 Las musas engalanen mi ataúd...

Y en efecto murió trágicamente en el mes de noviembre. Su alma de artista que tentaba el misterio, se había hermanado con la muerte y ésta en íntimo coloquio le confiaba el secreto de su fin.

Su obra poética "Luces y Sombras" es un canto a un amor soñado que nunca pudo alcanzar. Roxlo lo mismo que Manuel Paso, iría a buscar a su amada en el más allá, para cantarle amores nuevos y volverla a enamorar.

¡Allá de allá, donde se oculta el día,
 Lejos y a solar mi pasión sabría
 Volverte a enamorar!

Si sintiera en su tumba, el llamado de su amada, despertaría e iría a su encuentro toda su ternura.

Lláname sin temor aunque dormite
 En la noche sin fin, y aunque sus ramas
 El ciprés funeral sobre mí agite;
 Lláname sin temor, que si me llamas,
 Irá a tu encuentro la ternura mía...

Roxlo se lamentaba de la soledad de su vida y vivía obsesionado por la muerte:

Hace ya mucho tiempo que estoy solo,
 Hace ya mucho tiempo que me hastío,
 Y hace ya mucho tiempo que a su frío
 Mi flacidez aclimatando voy;
 Hace ya mucho tiempo que enarboles
 Sobre todas mis ruinas su bandera,
 Diciéndole a la muda compañera:
 —¡Por qué no vienes! ¡Esperando estoy!

Celaba a la de siempre, no con la vehemencia de Almafuerte, sino suave benignamente, callando el dolor que causan los celos:

Yo también tengo celos, pero los callo;
 Yo también con mis celos lucho y batallo
 Tengo celos mortales de cuanto miras,
 Celos de la triesteza cuando suspiras...

Sus composiciones poéticas, no tienen la rima velada de Zorrilla, ni el empaque armonioso que les daba Herrera y Reissig. En sus versos reina la música. Roxlo era un gran Señor del Ritmo:

CARLOS ROXLO

Por Benito C. Robledo

(Al camarada uruguayo JUAN CARLOS WISTH, afectuosamente)

No hay labios que tengan la dulce fres-
 (cura
 De tus labios rojos,
 Ni hay ojos que tengan la ardiente ternura
 De tus grandes ojos!

Entonces quisiera, con trémulo labio,
 Pedirte disculpas, borrar el agravio
 Que dicen que dices que yo te inferí!

Roxlo era un pensador profundo, pero sí muy sincero. No abusaba de las imágenes y las pocas que se encuentran, son perlas, que se deslizan triunfantes en sus poesías. Hay algunas dignas de Darío:

Si no me quieres luz de mi vida,
 ¡Por qué me cedes la flor dormida
 En tu corpiño de raso y tul?...
 ¡Por qué me pides cuentos de amores
 En que agonizan los picaflores
 Por los desdenes de un lirio azul!...

Escasas veces Roxlo trata temas de fondo filosófico. "Epitafio" y "Andresillo" son los más indicados. Su verso más sentido es sin duda "En hierro frío". La última estrofa de éste es digna del mayor elogio. A la delicadeza del sentimiento, se une la dulzura del verso, predominando en el conjunto la fuerza de la expresión, que dá realce a la idea:

Rezando la noche entera
 A las plantas del altar,
 La monja me hace llorar

Con su oración plañidera;
 ¡No ruegues a esa altanera,
 Imagen torva y sombría,
 Porque esa imagen, más fría
 Que los témpanos de nieve,
 Nunca, nunca se conmueve,
 Hermana Melancolía!

Cultivó el soneto con bastante acierto. Uno titulado "La Tarde" tiene dos tercetos felices:

Flotan sobre las cumbres los rumores
 En que mezclan los rezos fatigados,
 Ríos, honduras, árboles y flores,
 Y pasan en las sombras embozados,
 ¡Lo sespectros de todos mis amores,
 Por todas mis angustias escoltados!

Roxlo es otra alta manifestación del intelecto uruguayo. Hay en el haber de su vasta labor, bellas poesías, reseñas históricas, conceptuosos discursos, obras teatrales, etc. Era un infatigable luchador y sorprendió mucho su muerte dolorosa y trágica.

Amaba demasiado a su patria y este amor le dió el afán, de demostrar que ella poseía una literatura propia. Si a Roxlo se le hubiera encomendado en el Uruguay, una cátedra de Literatura Nacional, hubiera también podido decir: "Me dáis una cátedra que no existe". El escribió la "Historia de la Literatura Uruguaya". Obra vasta y desproporcionada, pero de innega-

SALIDA ROMANTICA... EN FALSO

Ensillad, ensillad el bravo e infatigable Rocinante, la bestia mansa de las caballerías quijotescas. Ponedme la cimera de Lohengrin; vestidme la capa de Almagro, dadme las narices caranavalescas de Cyrano, robadas a Tomé Cecial; alargadme la espada de Don Juan. Venga acá la lanza invencible del caballero de la Triste Figura y traedme el escudo de Bayardo. No se os olvide el bálsamo de Fierabrás, no dejéis de procurarme un botecillo del veneno de los Bargias. Colocadme en las alforjas caballerescas un tomo de versos de Leopardi y la "Corina" de madame Stael para entreteener los ocios del bregar por el bien y por la justicia en los caminos. Calzadme las espuelas de Mazzeppa y ajustadme los guanteletes de Condé. Buscadme también las armas de Werth y Rolla, armas de suicidio, para el caso de la derrota suprema. Infundidme, sobre todo, el alma del Cid.

Avisad a Doña Inés y a Julieta; dad órdenes a la luna, sin cuya compañía protectora todo caballero romántico va, en la noche enemiga, como un extraviado caminante... Ella es la Dama, por encima de todas las damas; la de la sonrisa inmortal, la de la calma augusta, la del amor que no se logra, pero se mantiene como un culto eterno del romanticismo. Enciéndase la pálida antorcha, mientras mi pie inseguro busca el estribo, mientras mi imaginación exaltada busca el rumbo ideal.

Y ahora, ¿adónde voy?

El bello sueño al pasar, me rozó la frente con la suavidad de un ala de cisne.

Canta el gallo. Suéname su canto a carcajada.

Francisco GONZALEZ DIAZ

ble utilidad. Roxlo no era un crítico parco en palabras, ni amanejado en sus decires. Su estilo, era abundante y gustaba de seguir a los autores en sus vuelos. En ello reside gran parte de su indisciplina.

El valor de este libro, está zanjado, desde el punto de vista práctico. Será el único que por muchos años, tendrán que consultar las generaciones uruguayas hasta que llegue el predestinado que persiguiendo la misma idea, "gravaría en mármoles y con letras de oro, lo que él dejaba escrito en ladrillos".

Roxlo dió a luz su libro, acogéndose al amparo de la bondad de su pueblo, y con la visión de su país grabada en sus pupilas y en su alma.

Los últimos días que precedieron a su muerte, presenciaba impasible el ardor de las luchas cívicas. Su voz alicaída había perdido la sonoridad de otros tiempos. Orador de fuego, tenía tanto de luz en el cerebro, cómo tormentas de vida en el corazón. Su estilo era el apasionado de Daniel Martínez Virgil. Retirado de la vida pública, veía, tal vez con dolor, la ausencia de figuras de prestigios tanto entre los blancos, cómo en su eterno rival los colorados. ¡Cómo hubiera querido volver hacia las muchedumbres y otra vez enardecerla con su canto!

Te quiero mucho, divisa blanca
 Porque eres buena, porque eres franca
 Y vigilante como el chajá.
 Porque en el monte de las ideas
 alta y airosa te balanceas
 como el penacho del giribá.

Varios departamentos se disputaban a la vez, el honor de intercalar su nombre, entre la lista de representantes, que elegían para sus instituciones públicas.

Roxlo era un niño mimado por esa deidad tan esquiva de las letras. Nunca carecía de motivos para su inspiración, pero era desordenado al producir. Sin depurar la belleza, cantaba porque sí, como podía hacerlo un pájaro en la selva...

Ugarte sostiene que los motivos del ritmo, deben ser nacionales. Buscarlo en el chispeo de la lluvia, en las ramazones endardadas de los árboles vírgenes y en el paso de los soplos crepusculares, por los claveles que cuajan sus ambrosías entre los huecos de los pedruscos de nuestras sierras. Así lo comprendía Roxlo e incitaba a los artistas jóvenes de su patria, a reflejar en sus obras la belleza de su tierra. Criticaba duramente a Herrera y Reissig que se inspiraba en ritmos arcaicos, abandonados por un mundo viejo.

"Tierra Uruguaya, bendita eres entre las patrias bendecidas. Arroyos azules, campos feracísimos, frondas embalsamadas, cielos que parecéis una explosión de incendios, cuando la noche empieza y la calandria teje su salve en el ombú". No faltará esa generación de artistas que anuncia Roxlo, que arrebatarán un poco de tu belleza, para traducirla en una obra, copiarla en un lienzo, o inmortalizarla en un mármol.

Los pueblos jóvenes y débiles, necesitaban avivar en sus hijos, la intensidad del afecto, para evitar la asimilación de los grandes y fuertes. La idea de Roxlo era buena, propender a que las cosas nacionales tengan un viso propio, para que así se ahonde el cariño. El olvido a que Roxlo ha sido rele-

gado será transitorio. Día vendrá en que el pueblo uruguayo, pase lista a los hombres que alentaron su progreso y aparecerá esta figura humilde, tan noble y digna de un recuerdo.

Los que sostienen que la frase bella es luz que deslumbra y se apaga, han intentado formar con las obras del poeta un pequeño panteón en torno de su tumba, pero se han rebelado sus versos sencillos y delicados con ese ritmo suave que deleita y se han erigido en guardianes celosos de su fama.

La ciudad donde vivió Isaac.

Si leemos el Génesis, pronto nos daremos cuenta de la importancia de la antigua ciudad de Gezar, población fronteriza frente a Egipto, lugar a propósito para buscar en ella la historia de Palestina y los lagos que la unían con el país de los Faraones. Por eso en diciembre último, ocho arqueólogos ingleses salieron de Gaja y después de recorrer trece kilómetros hacia el sur, sin ver más señales de vida que algunas tiendas de beduinos se establecieron en un montículo llamado Tell Jemmeh, donde estuvo la antigua ciudad de Gezar.

Aunque aquel país parecía deshabitado, pronto se vieron rodeados de una porción de indígenas que llegaban de las tiendas de campaña diseminadas aquí y allá y que por su color se confundían con el terreno, y cuando se corrió la voz de que se iban a emprender excavaciones en el país, empezó a llegar más gente hasta que los arqueólogos llegaron a enlistar más de cuatrocientos trabajadores y siempre había docenas y docenas que aguardaban el ingreso en la lista de trabajadores.

El tiempo era de sequía pertinaz y a no ser por los jornales que daban los arqueólogos, aquellas pobres gentes hubieran tenido que emigrar hacia el norte en busca de pastos. Gezar da muy ricas y abundantes cosechas cuando vienen años de lluvia, pero en los años malos se hace imposible el que allí viva nadie.

Empezaron los trabajos en los lugares de seis antiguas ciudades, que existieron desde los años 1500 o 1400 antes de Jesucristo.

Al momento aparecieron lugares y objetos curiosos; hornos para fundir el hierro donde probablemente se haría la espada de Gedeón; un zapapico pesado, azadas, rejas de arados y otros utensilios de hierro trabajados hace 1350 años antes de Cristo, en aquellos hornos primitivos.

Dos eran los hornos para forjar espadas con el fogón cúbico y una cámara de cerca de un metro de largo para calentar las hojas de los sables.

También se encontraron multitud de objetos de oro, todos ellos menos un pendiente al mismo nivel, de una época de 1200 años antes de J. C.

Entre estos figuraban una banda de oro para ceñir la frente y una pieza redonda, también del mismo

metal con dibujos recortados en forma de flores de loto. Se supone que estas dos piezas formaban parte de la diadema de una estatua.

De la misma edad y material eran ocho zarcillos, de la época cuando narra la Biblia: "llevaban zarcillos de oro porque eran ismaelitas" como se decía del pueblo que Gedeón acaudilló.

Es indudable que aquella abun-

marfil de la diosa Hathor o Astotheth; un cilindro negro de Babilonia con figurillas, e infinidad de amuletos egipcios.

En un escondite de uno de los pisos de las casas, había un collar de cristal de roca y cornalina y otros de cornalina y ágata. Un largo cinturón hecho de conchas de muy inferior calidad que los otros aparecía allí junto, probablemente,

LA SAMARITANA

Dulce Samaritana,
mujer de Samaria,
religiosa y cristiana:
en tus ojos yo veo la clara luz del día.
Yo te llamo hermana
y hasta esposa mía.

Dame un poco de agua, por que gran sed tengo.
Mis labios sedientos
se pondrán contentos.
¡Qué cansado vengo!

Largo fué el camino.
Ten pena, querida, de este peregrino
que sabes te quiere
por que de sed muere...

Y ella me contesta: — No sufras, mi amor,
que tengo mucha agua para ese tu ardor.
¿Qué me trae el poeta? Tan sólo una rosa...
—Mujer amorosa:

Y un libro de versos de tu soñador.
Tómalo. Es humilde, como tus miradas
tan dulces y puras, llenas de candor;
como dos gacelas muy enamoradas
que al besarse sienten no se que rubor.

—¡Qué alegre me siento!...
Llegan tus palabras a mi corazón.
Se meten en mi alma y en mi pensamiento.
¡Cómo me has llenado de dulce ilusión!

—¡Oh, Samaritana
divina y cristiana!
Por un beso tuyo te diera mi amor
todas las bellezas que tiene el paisaje
tan lleno de flores, de dicha y candor;
y creo es humilde mi pobre homenaje.

—¡Qué dulces palabras tiene hoy mi Señor!
—Perdona las frases de tu soñador;
pero bien quisiera
darte, con las flores de la Primavera,
el alma y la vida, pues muero de amor

Luis GARCIA BLANCO

dancia temporal de oro, era bien conocida del autor del Libro de los Jueces de las Sagradas Escrituras.

En la ciudad de Shishak, toda en ruínas, se encontraron varias escudillas que hacían de joyeros, pues contenían joyas usadas por las damas.

Uno de los juegos se compone de tres collares de cornalina y ágata, y otros más pequeños, y una serie de broches imitando la cabeza de la diosa gata de Egipto, Basket. Además había una estatuilla de

regalo de alguna persona poco pudiente.

No lejos apareció otro escondite con collares parecidos a los que había en el interior y un cinturón con un escarabajo montado en plata como broche.

La diosa popular de los judíos idólatras era la Diosa de los Cielos, Ashtoreth, de la que las mujeres eran muy devotas, según dice Jeremías.

Figurillas de barro representando a la citada diosa, se han encontrado en todas las casas, pues era

Fotografados Tricromías Bicromías

Confección de clichés para revistas, Catálogos, Folietos y otras Publicaciones

Precios sin competencia
Trabajo garantizado
— Entrega inmediata —

Pujol, Preysler & Cía.

B. Mitre 1259
Buenos Aires

UNION TELEF. 38, MAYO 2589

la imagen preferida y figuraba en todos los hogares.

Estos pequeños ídolos son documentos históricos. Cuando Egipto era el dueño de aquella comarca, como bajo Shishak, las imágenes aparecen tocadas con la peluca egipcia. Cuando Siria dominaba el peñón, terminaba en una rosca o moño. Estas figuras las hacían los alfareros modelando algo que pareciese un cuerpo de mujer, una vasija hecha en el tono a la que se unía la cabeza modelada aparte y unidas ambas piezas por un palo. La influencia del lejano Oriente se hace patente en tiempos de Shishak, cuyo nombre de Sheshencu demuestra que vino de Susa a Persia.

Los modelos de conos hechos de barro allí encontrados, son iguales a los hallados en Asiria y varias formas de puntas de lanzas, son parecidísimas a las del Asia Central; una lámpara de traquita con la cabeza de un toro es de origen septentrional.

De la influencia Asiria del tiempo de Esacharddon se ha encontrado una pieza de lapizlázul con dos figuras sagradas muy conocidas en la mitología babilónica a saber, el pájaro escorpión con la cabeza de su dios y la figura del dios Ea, que civilizó a la humanidad.

De la misma época son varios altarcitos para quemar incienso de forma completamente asiria.

Entre los dos períodos orientales se sintió la influencia europea.

Hacia el siglo IX antes de Jesucristo, la fibula o aguja imperdible fué introducida en Palestina, en donde adquirió otra forma más triangular y por último haciendo desaparecer el muelle y sujetándolo de otra forma.

Muchas piezas de vidrio coloreado y profusión de alfarería chipriota, marcan inequívocamente la influencia de la época mediterránea.

Un curioso bloque de piedra arenisca nos muestra la historia de la semana. Tiene hileras de catorce rayas grabadas que corresponden a semanas de siete días y no a una lunación.

Durante el "charleston"

(APUNTE DE LA VIDA MODERNA)

Por María Josefina de Lahitte

El baile estaba en su apogeo y el salón resplandecía de luces y brillantes coloridos. Abiertas de par en par las puertas que daban al jardín, dejaban entrar, acariciante, la brisa perfumada por las flores que adornaban los simétricos canteros.

Apoyada en una balaustrada que rodeaba la terraza estaba Maggie sutil y armoniosa, destacándose su silueta delgada en el obscuro fondo del paisaje; su vestido verde, era una nota clara en la penumbra discreta del apartado rincón. Junto a ella, de espaldas a la luz de la sala, lo que impedía verle el rostro, un hombre joven, de alta estatura, se inclinaba sobre la rubia cabeza de su compañera hablando sin convicción y con cierto esfuerzo.

—Bueno; así es como aprecias mi dedicación.

—No, Alberto, no es eso, pues, francamente no acepto tus excusas y pretextos para no complacerme.

El rostro de Alberto pareció salir de su ensimismamiento, se ensombreció su frente y respondió con énfasis:

—Siempre lo mismo; tú crees que yo no tengo derecho de atender a mis amigos y cumplir mis compromisos; además sabes bien el motivo por el cual ayer no pude acompañarte.

Maggie, en un momento de obstinación, no iba a ceder pues ya lo tenía decidido. Estas ideas orgullosas que atenaceaban su cerebro la hicieron responder con ironía:

—Lo que sé bien es que me voy cansando de ti, siempre lo mismo.

Hacia cinco años que eran novios y el entusiasmo de los primeros tiempos se había convertido en una costumbre, y, más tarde, en una tiranía de la que estaban ansiosos de escapar.

Por uno de esos hechos inexplicables de la época actual, esos dos seres, tan distantes sus espíritus, eran, sin embargo, ante los ojos de los extraños, sin profesarse ningún afecto, dos enamorados.

Así pues la ocasión se presentaba favorable para la extraña novia que ansiaba herir en su amor propio a quien consideraba un fátuo, pues sabía que era un medio seguro para alejarlo de su lado.

Alberto, silencioso, meditaba algo. Espíritu tardío no hallaba una frase apropiada para contestarle con fría dignidad, y optó por decir bruscamente.

—Yo también estoy cansado de tus reproches y lo mejor es que no nos oigamos más.

Los labios de la joven su hubieran abierto con gozo para dejar escapar frases mortificantes para él, pero un resto de prudencia la detuvo. Pensó que, sin duda alguna, aquella noche sería la última en que se hallarían juntos y se limitó a contestar:

—Si ese es tu gusto...

La alegría de la decisión tomada, iluminaban sus oscuros ojos, experimentaba la sensación de alivio que produce verse libre de una

obsesión; esta obsesión o su ex-novo se alejaba después de un corto saludo, con ojos indiferentes, Maggie lo vio perderse entre las parejas del salón. ¡Todo había terminado! Suspiró feliz. En la vida moderna no se necesita más para romper un noviazgo, pues por casi menos, se deshace un matrimonio. En este caso el amor no existía, y por otra parte, el principal factor que los desunía era que Maggie desea-

ta de lujo y placer que le era muy difícil sostener. Hacía tiempo acariciaba él también la idea de hacer menos precaria su existencia buscando una rica heredera que le permitiera figurar en primer término y destacarse en el mundo donde difícilmente actuaba.

Había conocido a Maggie en esa playa donde concurre todo el mundo elegante y aun el que no lo es. El desparpajo de la chica, su pensamiento y su estilo tan moderno, impresionaron al muchacho, pero pasado el primer tiempo vio claro las desventajas y seguía con ella por costumbre, por facilidad y tal vez hasta por economía, pues Maggie le proporcionaba pocos gastos, siendo a su vez ella de mediocre posición.

En esas mismas playas donde se habían conocido, daban el adiós a un "afile" tanto tiempo sostenido.



EL CIRUJANO. — ¡Ya está listo! Puede aplicarle el cloroformo.

ba vivamente vivir en un palacio, tener un Rolls Royce y todo aquello que puede proporcionar una gran fortuna. Y en la triste realidad, sólo contaba con un novio, muy buen mozo, pero pobre y a que además ya no amaba. Alberto, por su lado, pensaba lo mismo, pues se hallaba estrictamente sujeto a lo que le daba su padre, hombre de cierta fortuna pero muy medido. Sin embargo el joven vivía ocioso, gozando de un ambien-

Maggie después del álgido momento, sintió surgir en su mente la idea de que Alberto no era su destino y esto la tranquilizó por completo.

Dentro del salón se oían los primeros acordes de un charleston; los instrumentos diabólicos de la orquesta gemían y reían; Maggie, alma moderna, se arrobaba con los destemplados sonos de aquella música infernal, le parecía verse envuelta en el torbellino de notas dis-

EL AVE NEGRA...

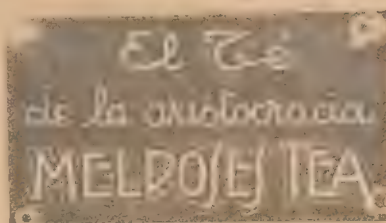
El ave negra ha pasado...
por la laguna de plata,
llena de cisnes románticos,
al empezar la mañana.

El ave negra ha pasado...
por la pradera de gasa,
por el jardín odorante,
de mi dulce enamorada.

El ave negra ha pasado...
¿Dónde irá tan de mañana?
¿Será a visitar las tumbas
donde reposan las almas?...

El ave negra ha pasado,
con su vuelo de mortaja...
Es la ilusión que termina;
es la vida que se acaba...

Febo de LIMOSIN



persas, bailando con loco entusiasmo.

—¡Soberbio! murmuró refiriéndose al ruido é impulsivamente se apartó del balcón, llegando a la entrada del recinto donde las parejas se deslizaban contorsionándose sobre el lustroso parquet, la escena anterior había desaparecido completamente de su candoroso espíritu; su única idea en ese instante era bailar.

Después de unos segundos de espera se dio cuenta de que estaba sola. Maggie, siempre a la "derniere", concurría a los bailes acompañada de un grupo de chicas y de Alberto, que las iba a buscar en su auto de segunda mano y de, casi siempre, accidentada marcha.

Maggie, solía declarar con desparpajo que las viejas mamás no servían sino de estorbo, afeando las paredes y rincones de los salones y que les era más provechoso acostarse temprano. Así, pues, su mamá, señora gruesa y pesada, confesaba que Maggie tenía razón y prefería quedarse a dormitar junto al calorifero.

Para ella, se presentó un problema si no estaba en verdad, sola, sus amigas bailaban y no veía ninguna vieja conocida de las que rodeaban el muro del salón a quien poder acercarse. Su rostro expresivo empezó a reflejar la más viva contrariedad; sus rasgados ojos inquirían por todas partes; al fin descubrió a Alberto bailando con una de sus amigas, pero aquello la dejó indiferente; lo que la contrariaba era haber pasado ya dos minutos sin encontrar compañero.

Sus claros cabellos cortados exageradamente a la "garçonne", su traje claro, sencillo, elegantísimo, sus bellos labios furiosamente pintados de rojo no podían pasar desapercibidos, y oyó una voz a su lado:

—¿Baila usted? Alzó la vista y vio dos ojos celestes diluidos como un cielo pálido bajo el arco de unas cejas claras.

El ademán desenvuelto del que la invitaba la molestó; además no lo conocía, no sabía quién era. El pareció adivinar este pensamiento porque agregó con voz suave:

—Nos han presentado en lo de nuestra común amiga Mecha. ¿Recordas?

Recordaba ahora, sí, era Dartley. El charleston clama frenéticamente en ese instante; era un llamado a la danza epiléptica y a la alegría desconcertante del siglo XX. Maggie se vio en brazos del decidido joven, y como ambos eran eximios bailarines formaban un unísono en los pasos del baile. Antes de terminar la pieza sabía ella que él era descendiente de ingleses, ganador de varias carreras de automóvil, dueño de una enorme fortuna, que tenía mil ocupaciones: jugar al golf, bailar, beber cocktails, repartirse entre sus numerosas amistades y dejar sobre el fascinante tapete de la ruleta buena parte de aquella fortuna conquistada con el esfuerzo de Dartley padre, honrado y activo comerciante.

Arthur Dartley había estado en Inglaterra; su padre quiso que ingresara en alguna de las Universidades de allí pero Arthur se opuso tenazmente; decía que era incapaz de sujetarse a la disciplina, prefiriendo el "estudio" sin métodos, al que pensaba dedicarse de cualquier modo, y algo llegaría a ser, con seguridad, en el mundo.

Maggie, por supuesto, estaba encantada con ese Arthur que hablaba como un fonógrafo y que ya la nombraba con un apodo de su invención.

—Su nombre parece inglés, dijo él.

—Parece, pero no lo es, ni tengo nada de inglesa.

—¿Y habla usted mi idioma?

—No, pero lo entiendo un poco.

El charleston volvió a repetirse y ella a sentirse nuevamente en brazos de su rubio compañero.

—¿Sabe usted cómo se llama esto que tocan? — le preguntó Arthur.

—No.

—"Busco una mujer". Al decir esto dió a su voz una entonación acariciadora. Los ojos de él estaban fijos en los de ella: eran dos lucas que se encontraban.

—¿Será usted?, — le interrogó él.

Maggie no contestó; sentía una emoción inexplicable; aquel joven tan apuesto, a pesar de su pálido color, que tenía todo lo que pudiera desear, al alcance de su mano, le hablaba tan dulcemente la misma noche que por primera vez se encontraban bailando juntos que se turbó algo. — Este es decidido, pensaba.

El rubio joven proseguía sin cesar.

—Usted es encantadora, tiene ojos incomparables y esos labios... añadiendo cuanta tontería banal puede decir un hombre de la mentalidad pueril de Arthur. No había aún terminado la repetición, y ya el audaz le proponía a su compañera de baile si quería que compartieran juntos la vida, a cuyo efecto en muy corto plazo, podría llevarlos a cabo la unión de ambos, llenándose todas las formalidades indispensables en tales casos.

Ella oponía débiles excusas a aquella rápida propuesta de matrimonio, pero pensó de pronto. — "Será sin duda mi destino; lo que en cinco años no se llevó a cabo con Alberto, con éste lo decidiré en un minuto, y asintió con un sí, que, aunque vago, lo acompañaba un relámpago de ternura de sus hermosos ojos oscuros.

Enmudeció el último sonido de aquella música a cuyo compás se habían conocido, amado y comprometido. Maggie quedó de pie, en medio del salón, frente a su apuesto compañero. Ambos se contemplaban, los ojos adormecidos de ensueños y el absorto de admiración hacia la frágil criatura que tenía ante sí. La tomó del brazo suavemente:

—¿Vamos a sentarnos?

Pero la orquesta con su algarría, lo interrumpió. Por tercera vez repetía lo mismo.

—Bailemos, suplicó Maggie, y, nuevamente unidos se dejaron lle-

var por la inquietante melodía. El rostro pálido de Arthur se aproximaba al de su compañera, y ella, de pronto, sintió rozar en su mejilla los labios de él; se estremeció, cerró los ojos y no tuvo valor para protestar. En ese momento pasaban por un rincón algo solitario del salón Maggie comprendió que su alma le pertenecía.

Pero todo poema, por casto que sea tiene sus accidentes. La reacción se hizo y al volver a la realidad y verse Maggie bailando en medio del salón, sintió un vago

—¿Qué, tienes amor mío? — le preguntó él.

—¿Qué tengo? He visto bien cómo saluda y sonríe usted a esas viejas planchadoras y no escucha lo que le digo.

He aquí, el comienzo de grandes desavenencias amorosas. Arthur primero lo tomó a broma, pero viendo que esto era contraproducente, trató de calmarla. La encontró agresiva y los dulces y hermosísimos ojos habían perdido su idealica belleza; por primera vez, durante el

CLAVEL ANDALUZ

Grabo tu esbelta imagen peregrina
en claro escudo de metal sonoro
y la Leyenda con sus llaves de oro
guardará esta medalla florentina.

Tu forma escultural, grácil y fina,
con un matiz de admiración coloro
y eternamente vivirá el tesoro
de tu risueña juventud divina.

Evocarás la tierra de esplendores
que el Genil baña en su corriente errante
y su historia, y sus cármenes de amores,

ceñido el busto ideal, mórbido y bello,
con el mantón purpúreo y fulgurante
y un clavel andaluz en el cabello.

Froylán TURCIOS

malestar. Ella tan fuerte, tan serena, tan tranquila, siempre confiada en la seguridad de sí misma, se había sentido lo bastante débil como para permitirle al compañero de un instante, posar los labios sobre su mejilla; y he aquí, que, en el momento en que la fría reacción la hacía fijar con cierto sentimiento sus ojos en él, vió que Arthur, al pasar por un grupo de chicas que "planchaban" sonrió y saludó con demasiada intensidad.

Maggie sintió nacer más fuerte el despecho creyendo encontrar en aquel movimiento expresivo de él, parte de la dulce ternura que hacía pocos instantes la dedicaba. Sin duda Arthur desbordaba de felicidad. y aquella expresión fué inconscientemente; pero Maggie se indignó hasta el punto de perder el paso.

charleston, pensó que tal vez, durante el charleston que finalizaba, pensó que tal vez Maggie no fuese el ideal soñado.

De pronto la danza terminó. En ese momento, los dos eran tan extraños como antes de haber empezado el baile.

—Con su permiso.

La frase llegó hasta los oídos de la impetuosa joven. Estaba vagamente aturdida, pero en el acto pensó: "Este hombre no será sin duda mi destino", y lo vió alejarse sin pena. Encogióse de hombros, abrió una petaquita de esmalte, que llevaba en la mano, y con el pequeño lápiz retocó los labios en forma de corazón. Luego diviso a una amiga de pie, algo distante, satisfecha de encontrarse aún libre, esperó un nuevo compañero.

¡VEN HASTA MÍ, SEÑOR!

Cuando el corazón esté endurecido y reseco, llega hasta mí con un rocío de piedad. Cuando la gracia se pierda en la vida, ven, Señor, con la explosión de un himno. Cuando el trabajo tumultuoso levante por doquiera su rumor de huracán y los hombres me desechen, ven hasta mí, Señor del silencio, con tu reposo y con tu paz!

Cuando mi corazón de mendigo se sienta estrujado y rechuido en un rincón, rompe las puertas, — ¡oh mi dueño! — y pasa cerca de mí con la pomposa ceremonia de un Rey.

Cuando el deseo ensombresca los ojos del alma con el polvo de sus vanas ilusiones, — ¡oh, tú, mi Dios, tú, el Vidente! — llega hasta mí con la blandura de tu luz y con tus truenos.

Rabindranath TAGORE.

Un misterio del mar, revelado

Hace tres años llegó un ingeniero mecánico al Acuario de Nueva York y encontrando en él el nombre de ciencia mister Breeder, le preguntó: "¿Cómo hacen los peces para nadar?" Estaba construyendo un navío y quería aplicar en él alguno de los métodos empleados por los peces al nadar. "Aún cuando estoy estudiando la vida de los peces durante algunos años, contestó Breeder, no puedo contestar, pero yo le prometo conocer la cuestión a fondo".

Desde aquel momento, Breeder se puso a estudiar decididamente.

Después de numerosos ensayos construyó dos pequeños navíos de metal que copian los movimientos de los peces y revelan el misterio de cómo los peces nadan. Por sus trabajos, la Academia de Ciencias de Nueva York le otorgó un premio en metálico.

El primero de estos modelos es una especie de navío que tiene una cola de metal que puede separarse de él según las pruebas que intenten verificarse. Al lado del navío lleva un pequeño motor y cada vuelta del eje indica un movimiento completo de la cola del pez.

"Yo llamo a esto, dice el inventor, el pez vaca o tronco del modelo de pez. El demuestra uno de los dos tipos extremos de natación — un cuerpo rígido impulsado por una cola movable. — El pez vaca es peculiar entre los peces de los trópicos. Su cuerpo está rodeado de escamas osificadas; es un pez casi rígido, pero su cola es movable. Accionando la cola es como el pez se mueve.

"El otro es el tipo de anguila, que se mueve por movimientos curvilíneos del cuerpo hacia adelante y hacia atrás. Mi modelo mecánico de anguila, en lugar de una cola tiene tendido un alambre resistente en su parte superior. Cuando el motor mueve la varilla hacia adelante o hacia atrás el navío se inclina y verifica movimientos undulatorios semejanando las ondas del agua.

"Los peces con estos movimientos pueden ir hacia un lado u otro. Verifican este movimiento contrayendo o estirando sus músculos de la cabeza y se extiende hasta alcanzar la cola, formando el cuerpo del pez una curva; la próxima curva está en dirección contraria, y así, el pez puede impulsarse a sí mismo.

"Otros peces combinan estos dos movimientos de la cola y del cuerpo.

"Hay otra cosa que puede ser importante para impulsar a los peces, termina Mr. Breeder, y es el agua que arrojan de sus agallas. Estos chorros de agua, expelidos, reducen el agua acumulada por el movimiento hacia adelante del pez y también el efecto de succión cuando el cuerpo del pez es separado del agua de detrás de él".



La vida de sociedad

Reglas y costumbres de buena educación en el trato de las personas

Los nacimientos

(Continuación)

"El señor y la señora de X. tienen el gusto de participarle el nacimiento de su hijo Juan."

Ya se debe fijar el nombre, aunque no se haya verificado el bautizo.

Estas cartas deben contestarse en el acto con palabras afectuosas, pero se espera tres semanas o un mes para hacer la visita, si no media gran confianza.

Las visitas de esta clase han de ser cortas, y las amigas íntimas llevan algún regalo al recién nacido.

La madre puede devolver las visitas si el estado de su salud se lo permite, o excusarse advirtiéndolo a las visitantes que no tendrá el placer de verlas en algún tiempo y darles las gracias por sus felicitaciones.

Con el nacimiento del hijo empieza para la madre una nueva vida: los cuidados del pequeñuelo, las mil enfermedades propias de la primera edad, y más tarde la educación, la absorben y hasta la tiranizan.

Sin embargo, no tiene que olvidar que además de madre es esposa, y que la ternura que conserve del marido además de hacer su felicidad contribuirá también a la de su hijo.

Así, conviene que la madre no exagere y atienda al hijo sin cuidar su toilette, la vida de sociedad y las atenciones que debe al marido.

En una buena organización hay tiempo para todo. El hijo ha de ser a los ojos del marido una joya más que realce los naturales encantos de la mujer.

Los pequeños cuidados, las preocupaciones, es preciso ocultarlas; el niño, siempre limpio, encantador, en los brazos de la nodriza o niñera, elegantemente prendado, se le presenta al padre como una flor, como un delicioso juguete; pero en los momentos de trabajo o de intimidad, en los actos de la vida social en que la mujer debe acompañar al esposo, necesita un sacrificio del amor de madre para apartar el niño de su lado y atender a sus deberes de esposa.

Los bautizos

El bautizo es una alegre fiesta de familia, en que se recibe con placer el nuevo ser que viene a compartir en el hogar las dichas y los dolores de la vida.

Son las fiestas del bautizo análogas a las del matrimonio.

Generalmente son los abuelos o los padrinos de la boda de los padres los que sirven de padrino o de madrina al recién nacido.

A falta de estos, los parientes más cercanos o amigos más íntimos desempeñan este cargo y los de testigo, ya se trate del bautismo o de la presentación en el registro civil.

El cargo de padrino exige grandes dispendios. La madrina debe

regalar el traje de bautizo, la capa y la capota, y el padrino pagar los gastos, las propinas y una gran parte de los dulces, etc., del convite.

Cuando el bebé tiene nodriza, ésta es la encargada de llevarlo a la iglesia o tenerlo en sus brazos en la fiesta de su presentación al registro.

PENSANDO EN EL VERANEIO

Estamos acercándonos a la canícula. La gran ciudad empieza a perder encanto. Hace calor, y hay que correr — si se puede — en busca de un poco de brisa marina o de aire de montaña.

Es la época encantadora y sugestiva de la preparación del veraneo. Tenemos que equiparnos.

¿Quién puede vivir sin un equipo propio de la estación?

Por fortuna, el problema de la "toilette" es fácil de resolver. La moda está ya definida, se sabe lo que ha de llevarse y el presupuesto para adquirir un ajuar conveniente no precisa ser exorbitante. Las telas veraniegas son relativamente poco costosas, y, sobre todo, los trajecitos de playa o de campo deben ser de una sencillez absoluta. Los más indicados son los que se pueden lavar y planchar.

Pero sería conveniente describir lo que debe encerrar el baúl de una muchacha elegante que va a pasar tres meses en el campo o a la orilla del mar.

Ante todo, son indispensables, como arriba digo, los vestiditos de telas lavables, hilo, vueta, "toile de soie" o seda cruda. La hechura de estos vestidos tiene que ser también sencilla para no dificultar el planchado. Se hacen de dos piezas o de una — debe tenerse en cuenta que la hechura "dos piezas" sólo sienta bien a las delgadas, — la amplitud de las faldas se obtiene con tablas grandes y los detalles del blusón pueden ser una pechera de camisa masculina, de lencería encaje o simplemente figurada en la misma tela por floritas, respuntes y alorzas, grandes y menudas, son los únicos adornos adecuados para estos vestiditos mañaneros.

Y para la tarde son los fulares y crespones estampados, que este año tienen la primacía sobre los tejidos lisos. Los dibujos de estas telas, los llamo así por los sátiles, son variadísimos: rayas, cuadros grandes y pequeños, óvalos, lunares y flores minúsculas o enormes. Las confecciones que pueden hacerse son también muy variadas. Volantes, plisados, frunces, lazos, etc. Asimismo se combinan con colores lisos, eligiéndose uno igual al predominante en el dibujo. Una forma muy bonita y airosa es la de una túnica lisa o de dos volantes, que se abre sobre un delantero de color, liso.

Pero lo que más "se lleva" y se llevará, por reunir las cuali-

dades de bonito, sencillo y cómodo y por adaptarse a todas las siluetas, son las faldas plisadas, absolutamente o a trozos; y un bonito detalle muy de moda consiste en los respuntes sujetando el plisado de través, y formando de este modo graciosos cuadrillos.

Pero en el campo y en el mar suele venir, tras la puesta de sol, un airecillo frío del que no está de más resguardarse, aunque no sea más que para lucir mayor cantidad de trapos. Para estos momentos están indicadas la chaquetita o el "smoking" de franela, punto de lana, y los boleros sin mangas, ribeteados y bordados en colores, que son un lindo complemento de los trajes vaporosos.

¡Ah!, pero las mangas serán largas. Estábamos suprimiendo ya demasiada tela... En los trajes de mañana y de tarde las mangas son largas y sólo podremos exhibir un vestido con manga corta si no nos importa ir un poco "demodee".

Y ¿qué más encierra el baúl de la muchacha que va a pasar tres meses en el campo, o a la orilla del mar? Una o varias faldas plisadas o tableadas — ¿cómo no? — de lanilla blanca; uno o varios blusones de crespón, también blanco o en colores; uno o varios "jumpers" — jerseys de punto — y uno o varios boleros sin mangas.

Además, pondrá unos cuantos pares de zapatos que armonicen con los colores de los vestidos, y entre los que no deben faltar unos, por lo menos, de rafia o de tiras de cuero.

En la sombrerera, entre los gorritos pequeños, de paja y fieltro, irá una pamelita de Italia, adornada de una cinta de terciopelo, o un sombrero grande, de pajas asiáticas.

También es indispensable un abrigo sencillo y amplio, de lana fina, para las excursiones en "auto" o a pie.

Si la playa elegida para el veraneo es de "las de moda", de esas en las cuales la vida veraniega es una continuación de la invernal, se sobreentiende que hay que proveerse de unos cuantos trajes de noche y alguna capa o salida de teatro, aunque para este objeto se llevan mucho los mantones de crespón bordados, blancos, negros y en todos colores.

Sara INSUA.

Dicho se está que en las fiestas en que se celebran comida, baile etc., se sigue el mismo ceremonial de costumbre. Si hay poca gente y no se prolonga mucho, la madre y el niño pueden estar presentes; pero en baile o comida, que no es lo general para los bautizos, que se celebran con un simple lunch, el niño no debe estar presente, y por su estado delicado de salud se disculpa la asistencia de la madre.

Hay que advertir que los deberes y misión de los padrinos no termina con la fiesta. Los días del ahijado, pascuas, año nuevo, etc., están obligados a testimoniarle su afecto con un regalo.

El primer vestido de corto, el primer trajecito de hombre en los niños, los primeros aretes en las pequeñuelas, el sonajero y otros mil objetos, son siempre regalados por los padrinos.

En muchas familias se ruega a éstos que designen el nombre del nuevo ser. Es un encargo que no debe aceptarse nunca. Los padres elegirán el nombre de su hijo y como segundo nombre los padrinos pueden añadir el suyo u otro que les sea querido.

Interior de la casa

Una vez que hemos examinado cuanto las reglas de la sociedad exigen en sus relaciones con ella, veamos lo que la distinción y talento de la mujer reclama para el interior de su hogar.

Es triste, tristísimo concepto de la vida, que hace guardar la buena vajilla para los convidados, la ropa elegante para la calle y la gracia y amabilidad para prodigar a los extraños.

Sin duda que a las personas que tratemos en sociedad les debemos mucha consideración, pero no más que la que debemos a las personas de nuestra familia y a nosotros mismos.

Una persona distinguida sabe en el interior de su casa dentro de la intimidad y confianza, guardar las reglas de buen tono.

Hay además otra poderosa razón de egoísmo que aconseja a las mujeres no olvidar nunca los detalles de la corrección en el interior de la casa la elegancia que da el hábito y la costumbre de obrar correctamente.

La existencia de la mujer, en general se divide en dos fases muy distintas: antes del matrimonio y después de él.

En la primer parte de su vida la joven se esfuerza en ser grata al amado, despliega todas sus seducciones, su gracia física, su talento. Va en una palabra a la conquista del marido.

La gran dificultad no consiste en encontrarlo sino en conservar después su amor.

Casada, necesita una gran parte de dulzura, paciencia, prudencia, orden y economía.

C. de B.

(Continuad.).

DE LAS MEMORIAS DE CATALINA II DE RUSIA

De las memorias de Catalina la Grande, de las que ya nos hemos ocupado anteriormente, entresacamos nuevos párrafos relacionados con una de las épocas más interesantes de la vida de la despótica Zarina, la de su proclamación.

"En aquella época (1750), escribe la esposa de Pedro III, era difícil a los nobles salir de Moscou, la ciudad de ellos tan querida, en la que la vagancia y la indolencia eran las principales ocupaciones. Pasaban la vida rodando en sucias y destaraladas carrozas doradas, arrastradas por seis troncos de caballos, símbolo del falso lujo que allí reinaba, escondiendo de las miradas del pueblo la suciedad del señor, el desorden del hogar y su vida poco ejemplar.

"Como sólo hacen su capricho, no aprenden a mandar y se convierten en tiranos. Tratan con crueldad a la servidumbre, y por la menor falta la azotan y torturan.

"En Moscou el Gran Duque y yo teníamos cada uno sus habitaciones contiguas las de ambos; así es, que mi vida era un constante martirio, pues tenía que soportar horas y horas oyéndole tocar malamente el violín y escuchar los constantes y abrumadores ladridos de sus perros, y así desde las siete de la mañana hasta que nos acostábamos".

Catalina empezó a asegurarse su posición de fortaleza e independencia al nacer su hijo Pablo que había tenido con Sergio Saltikof, su primer amante.

"Tchoglokog, chambelán de la Corte, se enamoró de mí y me reí de él. El Gran Duque se enteró de ello y él y yo decidimos decirselo a la Emperatriz, la que tomó a broma la cosa y no nos hizo caso.

"Tchoglokof y su mujer, con el objeto de reconquistar su antigua influencia un poco venida a menos, llevaron el asunto por otro camino. No hacían sino asombrarse y decir a todo el que lo quería oír que era extraño que después de seis años de matrimonio no hubiese tenido un hijo.

"Todo el mundo sabía que yo no tenía la culpa y que me conservaba virgen, y había que dar un sucesor al Trono.

"Tchoglokof y Saltikof (el amante de Catalina), procuraban cada uno por su parte complacer en todo al Gran Duque y arrojar arena a sus ojos para que nada viera. El primero, convencido hacía tiempo de mi indiferencia hacia él, no obraba con miras que no fuesen patrióticas; quería un sucesor a la Corona de Rusia; pero nada sospechó del verdadero papel que desempeñaba Saltikof hasta la muerte de éste. De haberlo sabido, el pri-

mero lo hubiese pasado muy mal.

"En mayo de 1754 llegué a San Petesburgo y en septiembre di a luz un hijo (más tarde el Zar Pablo I.) La alegría del pueblo fué grande.

pasase a Hamburgo, pero me arreglé de manera que regresase antes de que la orden llegase a su poder.

Después de mil habladurías y disgustos, convenimos en que lo mejor era que se ausentase de San Petesburgo.

A MARIA INMACULADA

Como Madre de Dios iba a ser ella la hizo Dios cual ninguna ¡casta y pura! Puso en ella la mística blancura que rutila en la nieve y en la estrella.

Puso en su alma de virgen sin par, bella el fuego del amor y la ternura; los maternales rasgos de dulzura y la divina luz, que El destella.

Y así, María, descendió del cielo el Espíritu Santo en rauda vuelo y con su sombra santa la cubrió.

Y una noche en Belén la casta esposa dió su fruto divino en una hermosa criatura, que era Dios...

Carlos F. MARQUEZ

"Tres semanas después enviaban a Saltikof a Suecia con una misión de Estado, lo que me afligió bastante pues sabía lo mucho que de mí se había de hablar.

"En diciembre le ordenaron que

"La Emperatriz Isabel murió el día de Navidad de 1761 e inmediatamente después el Príncipe Miguel Ivanovich Dashkof, capitán de la Guardia, me envió el siguiente mensaje: "Dé la orden y la co-

EL TRABAJO

Una sola especialidad, una sola perfección se encuentra en el esqueleto humano: la mano, instrumento de labor. El único hábito especial dado al hombre por la anatomía comparada, es el hábito del trabajo.

La actividad que se malgasta en las cosas de poca monta, no se encuentra después en ocasión de las cosas más importantes.

La actividad es la sangre de la vida moral; quitada la actividad, o siquiera mermada, el corazón deja de latir, o ya no late generosamente, y la vida se convierte en una languidez indigna del hombre de vida, descendiendo gradualmente como a una especie de vegetación.

BALBO

locaremos en el Trono"; a lo que contesté: "Por Dios, no haga locuras. Sucederá lo que quiera la Providencia. Su plan es prematuro". Con el Príncipe estaban de acuerdo todos los que después intervinieron en mi elevación al Trono.

"La conducta indiferente y cínica del Emperador durante el entierro de su madre fué objeto de mil comentarios nada favorables para él y que adelantaron mi subida al Trono.

"Esta había sido preparada durante seis meses (Catalina escribe esto, poco después de su ascensión al Trono, al conde Poniatovsky su segundo amante, a quien había prometido hacer Rey de Polonia a la muerte del viejo Rey Augusto III).

"Pedro III quería casarse con Isabel Vorontof y encerrarme a mí en una prisión; pero los hermanos Orlof velaban por mí y la Guardia Imperial estaba ya comprometida".

Al segundo amante de Catalina sucedió el tercero Gregorio Orlof, con quien tuvo un hijo, el conde Alejo Bolwsky, el 11 de abril de 1762.

A todo esto, el Zar, que se encontraba en Oraniembaum, no hacía más que divertirse y beber.

"Las tropas estaban excitadísimas, pues corría el rumor de que yo había sido encerrada en una prisión y estaban resueltas a todo. A las seis de la mañana del día 28 de Abril me hallaba en la cama, cuando entró en mi cámara Alejo Orlof (hermano de Gregorio) y con gran calma me dijo: "Es hora de que os levantéis; todo está dispuesto para vuestra proclamación. Me levante apresuradamente y me metí en el carruaje que me aguardaba a la puerta.

A cinco versts de la ciudad encontramos al mayor de los Arlof y al Príncipe Baratinsky. Más allá nos aguardaba el regimiento de Izmailovsky. Los soldados se acogieron con hurras, me abrazaron, besaron mis manos, mis pies y mi vestido, y me llamaban su salvadora. Se adelantó un sacerdote con Cruz alzada y ante él me juraron fidelidad. De allí fuimos al encuentro del regimiento de Semyonovsky, que me recibió de la misma manera, y en seguida nos dirigimos a la catedral de Kayan, a donde llegaron más regimientos. Luego llegó la Guardia Imperial de a caballo.

"Jamás he visto desbordamiento de alegría y entusiasmo como aquel.

"Me dirigí al Palacio de Invierno, donde me aguardaban el Senado y el Sínodo, donde leí un manifiesto y presté juramento, y luego pasé revista a los quince mil hombres que aguardaban en la plaza, que me recibieron con incesantes vivas, a los que se unió el pueblo loco de entusiasmo. Días después, envié a Pedro a un destierro."

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18

U. T. 623, B. Orden

Sábados: de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre. . . \$ 2.50	Trimestre. . . \$ 3.00	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre. . . 5.00	Semestre. . . 6.00	Semestre. . . 4.00
Año. . . 9.00	Año. . . 11.00	Año. . . 8.00
N.º suelto. . . 20 cts.	N.º suelto. . . 25 cts.	
N.º atrasado. 40 "	N.º atrasado. 50 "	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande. cada tomo	\$ 12.—	8.70
" " " chico. " "	8.—	3.—
Tapas blancas " " grande. " "	9.—	5.—
" " " chico. " "	6.—	1.50

Conocimientos útiles :

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

Cemento para pegar el celuloide. Se hace rallando finamente el celuloide y poniéndolo a macerar en alcohol de 90 grados, que le hace soluble.

También se puede preparar una solución (algo más inflamable), echando cinco gramos de celuloide en una mezcla a partes iguales de 16 gramos de amilacetato, de acetona y de éter sulfúrico.

Para teñir el marfil de azul, se le sumerge por dos o tres minutos en una solución de una parte de ácido clorhídrico en 35 de agua, y después se mete por algunas horas en otro ingrediente compuesto de una parte de indigo en seis de agua.

Las manchas de fruta en las telas blancas se quitan casi siempre cubriéndolas con almidón pulverizado.

Hay que dejar que pasen varias horas para que el almidón absorba la mancha.

Los dibujos al lápiz se fijan sumergiéndolos en leche cocida fría, dejándolos secar y volviendo a repetir la operación, o aplicándoles al dorso una solución de 80 partes de sandárac a 920 de alcohol.

Se puede hacer hielo en casa metiendo una vasija llena de agua dentro de otra que contenga los siguientes productos:

Fosfato de sosa	9 partes
Nitrato amónico	6 "
Acido nítrico	2 "
Agua	2 "

Esta mezcla produce una temperatura de 40 grados bajo cero.

La pintura al óleo agarra sobre el cinc siempre que se tenga la precaución de recubrir la superficie metálica de una solución compuesta de una parte de cloruro de cobre, una de acetato de cinc, una de clorhidrato de amoníaco, una de ácido clorhídrico y 64 de agua. Esta solución obra sobre el metal como un mordiente formándose un cloruro básico de cinc de color gris, que admite perfectamente la capa de pintura al óleo.

El vino de quina se prepara del siguiente modo. Se ponen en infusión durante dos días 60 gramos de quina gris machacada en 50 gramos de alcohol a 50°, teniendo cuidado de tapar bien la botella. Transcurrido el expresado tiempo se agrega un litro de vino bueno y se deja macerar diez o doce días, al cabo de los cuales se filtra y puede beberse.

Los azulejos manchados se limpian con zumo de limón dejándolos sin secar hasta pasado un cuarto de hora, y entonces se frotan con un paño suave. Los azulejos no deben fregarse; lo mejor es frotarlos con un paño húmedo y luego se les saca brillo con leche desnatada y agua.

El papel caza-moscas se hace con hojas de papel pergamino a

las que se da una mano de cualquiera de las siguientes recetas:

Resina, 500 partes; aceite de linaza, 350; miel, 100.

Resina, 500; aceite de linaza, 300; miel, 200.

Resina, 650; aceite de ricino, 350.

Resina, 600; aceite de ricino, 300; miel, 100.

Resina, 500; aceite de ricino, 340; glicerina, 160.

La liga que se prefiera se aplica al papel, en caliente, con una brocha. Para que mate más pronto a los insectos se la puede añadir un cocimiento fuerte de pimienta, cascía o tártaro emético.

deja en el círculo interior toda la parte sólida compuesta de extracto seco, tanino, materias colorantes, etc.

Por lo que se refiere a las materias sólidas, no hay más que fijarse en el papel y se observará que el círculo interior de la mancha se ha puesto verde. Mírese al trasluz, y cuando más cargado esté el vino de extracto seco, mayor será el depósito que habrá dejado sobre el papel.

Cuando el vino no contiene ninguna materia colorante, el círculo exterior permanece blanco; si presenta algún color, es que lo han coloreado artificialmente. El círculo

mirse el ácido piroleñoso, que destruiría la eosina.

La carcoma que ataca a las maderas viejas se destruye echando en los agujeros que abren unas gotas de una disolución compuesta de ocho gramos de sublimado corrosivo y ciento de alcohol.

Después de haberla aplicado, se tapan los agujeros con cera o goma laca del color de la madera.

Los cuadros al óleo se agrietan cuando existen resinas de mala calidad en el aceite o en el barniz que sirve para diluir los colores. Así, pues, no se han de emplear más que aceites purificados y se deben aplicar en poca cantidad y asegurarse antes de que no contienen resina. Para evitar las burbujas y desprendimientos de trozos de pintura, conviene pintar en superficies bien secas, no emplear ácidos cocidos y añadir bastante trementina en las primeras capas.

Para limpiar las jaulas de los parásitos que tanto molestan a los pájaros, se lavan bien y después se untan de bencina interior y exteriormente, con un pincel. Se pone después la jaula al sol, para que se evapore la bencina, y desaparecen los parásitos.

Limpieza de figuras de yeso. — Con una brocha suave se las cubre de una pasta de almidón hervido y se deja secar. A esta pasta no se adhiere más que el polvo, y cuando se seca se desprende por sí misma en capas delgadas, dejando las figuras como nuevas. Si no se quedaran blancas del todo, se les da un barniz de cinc mezclado con agua.

Colada casera. — La siguiente fórmula permite hacer una colada que no estropea la ropa. Se toman 350 gramos de jabón, se reducen a pequeños fragmentos y se disuelven en 15 litros de agua todo lo caliente que pueda aguantar la mano. A esta solución se le añade una cucharada de esencia de trementina y tres de amoníaco agitando para que se mezcle bien. En este baño se deja sumergida y tapada la ropa durante dos o tres horas. Se lavan después las prendas restregando lo menos posible y finalmente se aclara del modo ordinario.

Este sistema proporciona una gran economía de tiempo, de trabajo y de combustible. La trementina y el amoníaco poseen un alto poder detergente y su olor se disipa al aire libre.

MÁXIMAS

Natural es en nosotros dudar de la inteligencia o del talento ajenos, antes que de nuestra propia capacidad para juzgar.

Así como el amor tiene el dolor del desengaño, el odio tiene, como irónico atributo, la íntima satisfacción de la venganza.

Poco importa que en las escabrosidades del camino de la vida se nos haya creído uno de tantos, si se ha alcanzado la meta con un triunfo y éste ha sido, para mayor fastidio de cuantos no nos quieren bien o nos envidian, el triunfo incontrastable del talento.

Nada hay tan mortificante para nuestra intolerante vanidad que la opinión que de nuestros propios méritos poseemos, no sea compartida por aquéllos a quienes creemos obligados a admirarlos.

Si la ley fuera en todos los casos la expresión del derecho, no habría razón para protestar de la misma en nombre de una noción más perfecta de equidad, ni de un ideal más humano de justicia.

Gustavo R. LENNS.

Los objetos de caucho vulcanizado suelen endurecerse y ponerse quebradizos, hasta el punto de quedar inservibles.

Pero esto se remedia sumergiéndolos en una mezcla de cincuenta partes de agua por una parte de amoníaco, y dejándolos en ella hasta que recobren la flexibilidad apetecida.

Para analizar el vino en casa no se necesita más que un frasquito de amoníaco y un papel secante blanco y grueso. Del vino que se trate de examinar se deja caer una gota en el papel secante, y éste se coloca bien extendido en la boca destapada del frasco, cuidando que la mancha caiga precisamente encima.

Cuanto más alcohólico sea el vino más estrecho será el círculo blanco que se forme en torno de la mancha roja, debido a que el papel, obrando como un filtro, lleva por capilaridad al círculo blanco toda la materia fluida del vino, y

interior debe quedar de color verde botella, más o menos intenso.

Tinta para sellos de caucho. — Una de las mejores tintas para los tampones de sellos de caucho se hace con estos ingredientes:

Azul de anilina	3 partes.
Agua destilada	10 "
Acido piroleñoso	10 "
Alcohol	10 "
Glicerina	70 "

Se echan en un mortero el agua y la anilina, y se mezclan muy bien, añadiendo glicerina poco a poco. Cuando los tres ingredientes están bien mezclados, se agregan los demás.

El color resultante será azul; si se prefiere otro, pueden emplearse, en vez de las tres partes de azul de anilina, tres de violeta de metilo (color morado) o cuatro de verde de metilo (color verde amarillento). Para obtener un rojo brillante, se emplean tres partes de eosina; pero entonces debe supri-



"Los mejores poetas argentinos", por Eduardo de Ory.

La obra que ha dado recientemente a la publicidad el ilustre escritor Eduardo de Ory, merece el más justo de los aplausos.

Se trata de una antología poética donde figuran todos nuestros poetas. Seleccionada con esmero y engalanada con un bellissimo prólogo del notable escritor Manuel Ugarte, constituye esta obra, un exponente del movimiento intelectual argentino. Todas las facetas, las deficientes escuelas nuestros portaliras se encierran en esta ánfora poética que revela el valioso conjunto de nuestros citareros.

Muchos escritores, como Julio Noé, han dado a luz antologías, pero ninguna es tan acabada como ésta, que editada en la madre España, dará a conocer allí el valor de sus hijos intelectuales.

No ha buscado de Ory amistad, ni apasionamientos; lo ha llevado a ofrecernos este libro, tesoro de nuestra lírica, sólo un deseo; vivir el sentimiento poético de esta nación nueva y entusiasta, en uno solo, y ofrecerlo a la América como un inmenso ramo de miosotis.

Ugarte, el exquisito autor de "El camino de los dioses" uno de nuestros más emotivos poetas, prologa este libro y hace un concienzudo estudio de la poesía argentina.

"La Ermita", poesías de José Mauricio Peixoto.

Grande es el despertar poético en el presente, y esto nos alegra, porque no sólo de lo común vive el hombre, es menester estos pájaros de ensueños, que llamaremos Poetas, para demostrar el adelanto de una nación, y las naciones que amaron a sus portaliras y los aplaudieron fueron las que marchaban a la cabeza de la civilización.

No nos detendremos a decir si este libro es bueno o es malo. Simplemente aplaudiremos la virtud de su autor que se siente poeta y canta bien a las maravillas de su tierra, donde encuentra un motivo, y todo canto nos cautiva cuando nace puro del alma, como un flor rojo que se luce en erguido tallo.

Peixoto es joven, y si continúa dándonos el fruto de su intelecto, se superará cada día y su obra futura le dará justo renombre. Tiene emoción y se inspira en grandes motivos y esto basta para aplaudirlo sinceramente.

"Santuario de extravagancias", por Arturo Desponey. — Montevideo.

Del Uruguay nos llega esta novela. Su autor es un joven intelectual que ha vivido y estudiado la trama que con acierto desenvuelve en su obra. No abusa como muchos novelistas de los diálogos pesados; abunda en exotismos. La realidad que le ofrecen las cosas que le han inducido a publicar este volumen, es lo que en él campea, por eso este libro se hace simpático porque la vida real le ha dado tema al autor. Nadie que observe sus pasajes emotivos podrá tacharlo de realista,

pues el escritor que refleja lo que ve, pone en su libro el corazón, y éste libro está escrito así, con alma y belleza.

"Santuario de extravagancias" es una interesante novela, la cual honra con un sincero prólogo el escritor uruguayo Eduardo Ferreira, que ha sabido comprender al novelista e inspirarse en el conjunto de su novela. En uno de sus párrafos que coinciden con mi opinión, dice el señor Ferreira: "Desponey anuncia con este primer tanteo una virtud singular y apreciable en alto grado: la sinceridad". Es así, en efecto, y nosotros creemos que el autor de este libro se irá superando. Es-

niendo a la obra una biografía de John Milton y el prólogo insustituible del propio Escoiquiz.

Lejos de nuestro ánimo el intento de "descubrir" tan maravilloso libro, que con otros pocos más constituyen la gloria de la literatura universal, y del que dijo crítico tan eminente como Menéndez Pelayo: "Si quisiéramos buscar otra expresión todavía más clásica del Renacimiento inglés, la encontraríamos en un espíritu educado en las más puras fuentes de la tradición helénica, discípulo de Spenser y de Italia, saturado de idealismo platónico y cristiano, y a pe-

vantando tempestades de protestas y siendo perseguido por las leyes de su patria, no arredrándole el mismo rey, a quien acusó sin misericordia.

Recordemos también que tan incasantes lides e impropio trabajo minaron su existencia y perturbaron su vista que acabó de perder en mayo 1652. En 1660 fué encarcelado. Puesto después en libertad, pobre y abandonado por sus amigos, halló su soledad consuelo en el amor de Isabel Minshull, joven de veinticinco años, casándose con ella en terceras nupcias, cuando contaba ya cincuenta y cinco años. Entonces fué cuando escribió EL PARAISO PERDIDO, la obra cumbre que le había de abrir las puertas de la inmortalidad.

J. BRISSA.

PAPEL Y TINTA

AVISOS ESPECIALES

MEDICINA

Dr. Juan E. Carrulla

Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente enfermedades
internas

MEJICO 1360

Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. Víctor Moraschi

OCULISTA

Jefe de clínica del Hospital Oftalmológico "Santa Lucía"

de 2 a 4 1/2

PARAGUAY, 1615

U. T. 7297 Juncal.

Dr. Eloy A. Escobar Bavio

Médico oficial del Círculo de la Prensa y Director del Servicio Médico del Jockey Club

RIVERA 1278

Consultas: de 3 a 5 p. m.
U. T. Chaerita 2612

Dr. Alberto T. Barragán

Dentista Cirujano

De 14 a 18 SAENZ PEÑA 216

U. T. 38, Mayo 6837

Dr. Jorge I. del Piano

Médico del servicio de garganta, nariz y oídos del Hosp. San Roque

Asistente a la clínica del profesor Sebléau (París)

Consultas: de 2 a 4 p. m.

LIBERTAD 1375 U. T. 6857, Juncal

Buenos Aires

Dr. Alejandro Pinto

Del Hospital Rawson

Matriz, ovarios y cirugía de señoras

Suipacha 27. U. T. Riv. 0500

Días de consulta: lunes, miércoles y viernes, de 15 a 17 horas

Dr. Amadeo Natale

Jefe del Servicio del Hospital Pirovano

Enfermedades de los ojos

Consultas de 14 a 18

SARMIENTO 735 U. T. 7385 Avda.

peramos su producción ulterior para corroborar nuestra opinión.

F. B. V.

"El Paraíso", de Milton.

Innumerables son las ediciones que en todas las lenguas se han hecho de esta obra inmortal. Agotadas actualmente las de idioma español, la Casa Maucchi, de Barcelona, acaba de prestar un buen servicio a las letras, dando a luz una esmeradísima presentación, en un tomo en cuarto de cerca de 600 páginas, ilustrada con las célebres láminas de Gustavo Doré.

Varias son las traducciones del gran poema inglés y entre todas cautiva por su fiel contexto y poética prosa, pudiéramos decir, la de don Juan Escoiquiz tan alabada por la crítica de todos los tiempos. Esta versión ha sido la escogida por la Editorial Maucchi, antepo-

sar de todo esto, profundamente inglés en sus rudísimas controversias teológicas y políticas, y todavía más inglés que hebreo en el vuelo de su inspiración bíblica. Es Milton el mismo sombrío y terrible poeta puritano que grabó con buril de fuego los combates de los ángeles y las desesperaciones de Satanás vencido. Milton precursor de las más audaces doctrinas religiosas y políticas que desde el siglo XVII han conmovido el mundo, sospechoso de unitarismo o arrianismo, acérrimo contradictor de la jerarquía episcopal, apologistas del tiranicidio, de la soberanía popular omnimoda, de la absoluta libertad de imprenta y del divorcio, es, por un fenómeno nada infrecuente en la historia literaria, clásico puro y conservador rígido de la tradición literaria así en el fondo como en la forma.

Sin otras armas que la pluma combatió Milton por sus ideales le-

"Cos las alas abiertas", por R. Abelleira Torres.

"Con las alas abiertas" se titula el libro de R. Abelleira Torres, y es de los que se pueden llamar buenos.

Los versos de este joven poeta muestran una tristeza enorme; pero esta tristeza no lo llega a vencer completamente, puesto que en su ser encierra manojitos de esperanza.

Algunas composiciones de "Con las alas abiertas", tienen un efecto mucho mayor que el que Torres quiso darles. En otras, encuentra el momento propicio, la expresión justa, y con la ternura sencilla, llega a emocionar.

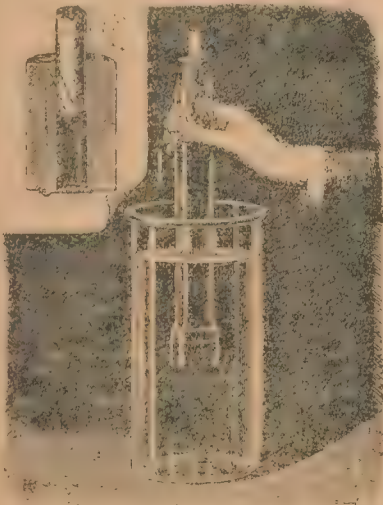
Hay en este libro aciertos de orientación atrevida; pero esto no es cosa imperdonable si se tiene en cuenta que casi siempre así sucede con la primera obra de un autor.

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

HACER FUMAR UN CIGARRILLO A UN TUBO DE QUINQUE

Tapad una de las extremidades de un tubo de quinqué con un gran tapón que le cierre herméticamente, y en el cual se hayan practicado dos agujeros, uno de estos agujeros, atravesando el tapón según su eje, tendrá exactamente el diámetro del cigarrillo; el otro, oblicuo con relación a dicho eje, será de un diámetro más pequeño. Con piel de guante, en la cual cortaréis dos rodajas, haced dos válvulas, cuyo borde fijaréis por medio de dos alfileres, la primera encima del pequeño conducto, en el exterior del tubo, la segunda en el tubo del quinqué, aplicándose contra el orificio en el que ha colocado el cigarrillo. La primera válvula permite, como se ve, la salida del humo, impidiendo la entrada del aire; la segunda permitirá al humo del cigarrillo penetrar en el tubo, pero le impedirá salir por el mismo agujero.



Sumerjamos el tubo en el agua hasta el tapón; coloquemos el cigarro en su agujero, encendámosle, y el tubo se encargará de fumar por nosotros. Para que aspire el humo nos bastará elevarle. El vacío producido entre la parte inferior del tapón y el nivel del agua, hará penetrar el humo, llevando a través del cigarrillo una corriente de aire, que activará la combustión; este humo no será detenido por la válvula del tubo vertical, que está abierta, en tanto que la del tubo oblicuo está cerrada por su propio peso.

Si bajamos ahora el tubo, el aire que comprimimos bajo el tapón, cerrará la válvula central y abrirá la del tubo oblicuo, por el que se verá salir, formando caprichosas espirales hasta el techo, un blanco penacho de humo.

No. 12 — COMPRIMIDO (POR J. FERNANDEZ)

51

No. 13 — CHARADA

Bípodo es mi prima dos
Y con ellas comúnmente
Adornan gallardamente
Las señoras el "chapeau"
En el mar la terna dos
Ha fijado su estadía,
Y su aumento cada día
Llama al mundo la atención,
Aún te daré más razón,
Del todo, que es vegetal,
Si sabes que sin dos terna,
No vivía el mortal.

No. 14 — METATESIS

1 2 3 4 Ciudad europea.
4 3 2 1 Pasión.
3 2 1 4 Planta.
2 1 3 4 Apellido.

No. 15 — CON LAS LETRAS DE ESTA TARJETA COMPOSER UN REFRAN (POR J. FERNANDEZ)

ARSENIO M. QUINTIN
(MEDICO)
Calle Garay
N. E. E. E.

No. 16 — DIOS MITOLOGICO

A SUR

No. 17 — LOGOGRIFO NUMERICO

1 2 3 4 5 6.—Nombre femenino.
1 2 3 1 3 2.—Nombre masculino
3 6 5 6 1.—Nombre de flor.
2 3 4 5 2.—Forma verbal.
2 1 6 6 3.—Util de casa.
4 3 6 3.—En el revólver.
3 4 5 6.—Nombre masculino
5 6 4 3.—Nombre femenino.
4 5 2 3.—Apellido.
6 5 2 3.—Adjetivo.
3 4 5.—Sustantivo.
6 5 1.—Legislación.
6 3.—Nota musical.
2 1.—Nota musical.
4.—Consonante.
5.—Vocal.

No. 18 — JEROGLIFICO (POR J. FERNANDEZ)

A T

PENSAMIENTOS

Es de locos creer que todas las cosas son conocidas, y de sabios estudiar siempre. — Nérton.

El que sabe dominarse ha dado un paso de los más importantes en la conquista del mundo. — Stown.

—Nunca es lícita la guerra sino en defensa de la libertad. — Fenelón.

Hay gentes tan ciegas, que no tomarían a Vulcano mismo por buen herrero, sino tuviese gorro de forjador. — Epicteto.

La sociedad está obligada a hacer feliz a todos la vida. — Bossuet.

—Sólo se deja guiar un pueblo cuando se le enseña un porvenir: un jefe es un comerciante de esperanzas. — Napoleón.

—El progreso de las luces es el que ensancha el progreso de la práctica, y la rectitud del espíritu es la que ensancha el progreso de las luces. — Bolívar.

—Antes que el trigo suba en espigas preciso es que fermenta dentro de la tierra. — F. Mistral.

Se necesitan hombres. No se necesitan sistemas especulativos, ni creencias rígidas, ni riquezas amontonadas, ni lisonjeras sonrisas, ni siquiera poderosas plumas. Se necesitan hombres. — Alejandro Dumas.

—El apesadumbarse y ceder fácilmente a toda especie de observación podrá muy bien ser de un varán recto y sencillo, más no de un ánimo grande y elevado. — Plutarco.

—La adulación no procede nunca de las almas grandes; es el patrimonio de espíritus ruines que logran empuñarse más todavía para entrar fácilmente en la esfera vital de la persona en cuyo alrededor giran. — Balzac

No. 19 — COMPRIMIDO

AB NO

No. 20 — CARTA CHARADA

Querido Carlos:

Regresaba a la cuatro cinco donde cuatro tres cuando de improviso y con la claridad de la dos cuatro vi primera dos tres primera cuatro; pero al correr para abrazarla comprendí que era víctima de una todo.

Tu amigo.

No. 21 — COMPRIMIDO (POR J. FERNANDEZ)

Dueños
Dueños

No. 22 — CHARADA

Siempre tendré en gran estima
la "un-dos" que me regaló
mi primo segunda-prima.

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

- N.º 1 — Reventar.
- N.º 2 — De tartamuda no tiene nada.
- N.º 3 — Polichinelas.
- N.º 4 — Según Damián asegura.
- N.º 5 — Acebuche.
- N.º 6 — Rotoso.
- N.º 7 — Lomero.
- N.º 8 — Dime con quién andas y te diré quién eres.
- N.º 9 — Tresalbo.
- N.º 10 — Cipreses.
- N.º 11 — Almanaque.

Gamboa regresa a París. — El señor Aníbal Gamboa, que trajo de París la película "Grock, en su primer film", se embarcará para Francia donde la reclaman sus negocios de comprador de producciones especiales.

El joven Gamboa ha realizado, en poco menos de un mes, una labor que bien quisiera para sí el más veterano de nuestros corredores: estrenó su película "Crack", consiguió contratos por valor de cinco mil pesos y vendió, por una determinada zona, por otros cinco mil pesos, la exclusividad de su film.

Gamboa marcha a París para traer los films "La vida maravillosa de Juana de Arco", "El novio ciego" y el "Rey leproso", esta última obra del "metteur en scene", de "Carmen", por Raquel Meller.

En Montevideo se solicitó al parlamento lo que en sí desarrolla el film "Las que no deben ser madres" — Es conocido lo que trata el film "Las que no deben ser madres", que la Cinem. Juan Probst está exhibiendo, con éxito creciente en los diversos cines del centro.

Desarrolla la tesis de que las hijas de los hemofílicos no deberían tener hijos, pues los exponen a una muerte segura.

Sobre el espíritu de tal tesis el Concejo Municipal de Montevideo ha dirigido una nota al Parlamento, solicitándole dicte una ley que haga obligatorio el reconocimiento médico de las personas que deseen contraer matrimonio, a fin de no permitir sino los que se han de realizar entre personas sanas.

Agrega que el Concejo dispuso que la clínica preventiva municipal expida a quienes así lo soliciten, el resultado del examen médico.

Este no es más que un principio de la teoría del doctor Temalla, autor del film mencionado.

La Cinematográfica Juan Probst prepara el estreno de "Bushido", una película japonesa, con argumento. — La semana próxima la Cinematográfica Juan Probst estrenará una interesante película, de origen japonesa, titulada "Bushido" o "La ley de hierro".

Es una película que desarrolla su asunto en la edad media en pleno Japón, en la época de los "samurais", cuando el suicidio japonés, el Karakiri, era puesto en práctica por cuántos habían visto mancillado su honor, por fútil que fuera.

Es un estreno, el que nos prepara la Cinem. Juan Probst, de verdadero interés por la parte exótica que su acción tiene lugar y por el significado de ser la primera película de industria japonesa, que conocemos.

"Bushido" será presentada con gran reclame, tal como sabe presentar la Cinem. Juan Probst.

"La batalla de los sexos", superespecial de M. G. M. — Conrad Nagel se ha consagrado definitivamente como uno de los más perfectos cultores del género de la comedia liviana. Bajo la competente dirección de Robert Z. Leonard ha producido esas menudas obras de arte llamadas "Su debut como papá", "La locura del jazz" y otras más, que lo han hecho muy pronto célebre en el mundo cinematográfico.

Notas cinematográficas

La presente producción "La batalla de los sexos", del programa superespecial de Metro-Goldwyn-Mayer, constituye un nuevo triunfo para el talentoso actor, que ha encontrado en su "partner", Norma Shearer, una exquisita compañera, que se desempeña con una maestría digna de sus anteriores creaciones. George K. Arthur, Mary Mc Allister y Charles Mc Hugh se hallan a cargo de los demás papeles del reparto.

"La batalla de los sexos" se estrenará el domingo 27 del corriente en los cines Grand Splendid, Palace, Empire, Callao y Petit Splendid.

Splendid, Palace, Empire, Callao y Petit Splendid.

El célebre actor alemán Rudolph Schildkraut, ciudadano norteamericano. — Desertando de la filmación de un rey europeo en la nueva producción destinada para Ramón Novarro, el actor Tenen Holtz, de los estudios de Metro-Goldwyn-Mayer, ciudadano norteamericano naturalizado, se tomó últimamente dos días de vacaciones para servir de testigo a su amigo y colega el actor alemán Rudolph Schildkraut, en las diligencias judiciales necesarias para la obtención de la ciudadanía yanqui. Terminadas estas

FIRMEZA DE CARACTER

La firmeza de carácter es una de las manifestaciones de la voluntad y la condición mejor para conseguir el triunfo en la lucha por la existencia.

Sirve para respetarnos a nosotros mismos y para que nos respeten los demás.

Nos libra del yugo de las pasiones, que envilecen a sus víctimas.

Hace que dominemos a los instintos bajos y groseros y que tendamos a conseguir un alto grado de moralidad.

Nos impone leves y transitorios sacrificios; pero nos produce esa satisfacción íntima que arranca del deber cumplido, y que es superior a cuanto se puede imaginar.

Por la firmeza de carácter nos distinguimos de los seres débiles, apocados y a los que la apatía condena a una condición subalterna.

Gracias a ella podemos, en ocasiones, creernos superiores a la misera condición humana.

Vencedora del dolor físico y de la debilidad moral, la firmeza de carácter nos dignifica a nuestros propios ojos.

Fuerza incontrastable, el que dispone de ella puede obrirse fácilmente camino, lo mismo hacia la gloria que hacia la fortuna.

Sirve para todo y no estorba nunca.

Waldo J. SWINGLE

Los diablos amarillos. — Un film de fuertes acentos dramáticos nos ofrecerá Metro-Goldwyn-Mayer el próximo viernes. Tim Mc Coy, teniente coronel del ejército americano, pone aquí de relieve una vez más sus sobresalientes condiciones de actor, que cuenta en su haber la rehabilitación de los desgraciados pieles-rojas, que, desposeídos de todos sus bienes, perseguidos, castigados, por los blancos, han sabido conservar toda su entereza de ánimo y su orgullo.

En "Los diablos amarillos", Tim Mc Coy interpreta el papel de un joven oficial que, en brega contra un grupo de "coolies" revoltosos, logra gracias a su pericia y habilidad salvar de la muerte a la mujer amada, representada por la gentil actriz Claire Windsor, ventajosamente conocida por nuestro público.

Los secundan en los principales papeles los artistas Cyril Chadwick y Frank Currier.

"Los diablos amarillos" se estrena el viernes 25 en los cines Grand

gestiones, Holtz regresó a los talleres, para envolverse nuevamente en el manto de armijo de la realza.

Un nuevo film histórico del Far West. — Metro Goldwyn-Mayer está preparando la filmación de un grandioso drama del desierto, cuya acción se desarrolla en la época de las grandes luchas contra los indios en la frontera del Oeste, cuando el general Sherman firmó el famoso tratado con el jefe "Nube Roja".

Los principales papeles serán desempeñados por un selecto conjunto de artistas, entre los cuales se destacan Tim Mc Coy en el papel de un joven teniente bajo las órdenes del general Sherman, Marjorie Daw propietaria de un depósito de pieles, en el territorio reservado para los indios; William Fairbanks, intérprete del célebre comandante Cody, conocido con el nombre de "Buffalo Bill"; el jefe iroqués "Gran Arbol", quien caracterizará al jefe sioux "Nube Roja", autor de la te-

rrible matanza del Fuerte Phil Kearny, en que perecieron el general Custer con todo su contingente de tropas; Charles Thursten (general Sherman); Arón Edwards (general Custer); y A. Calander (general Terry).

La filmación de esta grandiosa película se efectuará en el Estado de Wyoming, en una región que conserva aun toda su salvaje belleza.

Cosacos en Hollywood. — Para la filmación de la grandiosa película "Los cosacos", adaptación de la célebre novela del mismo nombre de León Tolstoi, fueron traídos desde distintas estancias situadas en la región del desierto de Mohvae, varias tropillas de potros salvajes, y para domarlos Metro-Goldwyn-Mayer ha hecho venir desde las estepas de Rusia una docena de cosacos auténticos, que intervendrán también en la confección de la película cuyo papel principal estará en manos de John Gilbert.

La equitación como la practican los cosacos es cosa muy diferente de la que se conoce en los Estados Unidos, y hubo que convencerse de que los caballos norteamericanos, domados y adiestrados por los jinetes del país, jamás llegarían a ejecutar las pruebas asombrosas que exigen de ellos los cosacos. La doma de los animales por los salvajes jinetes de la estepa es un espectáculo altamente excitante.

Un aniversario como actor y como primer ministro. — Edward Connelly, quien acaba de celebrar el 13.º aniversario de su actuación en los estudios de Metro-Goldwyn-Mayer, está ocupado actualmente en filmar su 50.º papel de primer ministro, para la próxima producción de Ramón Novarro. Durante ese largo tiempo, Connelly ha figurado en el carácter de ministro de diversas épocas de la historia, desde la Edad Media hasta los tiempos modernos, y de un sinnúmero de países europeos y exóticos.

El enemigo. — Las primeras escenas de la nueva gran película "El enemigo", en que Lillian Gish desempeña el papel principal bajo la dirección de Fred Niblo, fueron filmados hace poco en los estudios de Metro-Goldwyn-Mayer. "El Enemigo" es la adaptación de una pieza teatral de Channig Pollock, y su acción se desarrolla en Viena durante y después de la guerra.

El Hipnotizador. — En la película "El Hipnotizador", de M-G-M, en que Lon Chaney desempeñará el papel de un detective inglés, cooperará un elenco selecto de artistas, entre el cual figurarán Marceline Day, quien acaba de firmar un nuevo contrato con la empresa, Conrad Nagel, Henry B. Waltrall, Polly Moran y Edna Tichnor.

Renée Adorée. — La heroína de "El Gran Desfile", desempeñará el papel de protagonista en una nueva superproducción de Metro-Goldwyn-Mayer, preparada especialmente por Ramón Novarro. Se trata de una película romántica, cuya acción se desarrolla en Europa, y que aun no ha recibido título. Tomarán parte en la filmación Roy D'Arcy, Jacqueline Gadsen y Dorothy Cummings.

"LA CONQUISTA DE AMERICA" EN EL BUENOS AIRES

En la renovación semanal del cartel de la compañía de Enrique Muñio, tocó esta vez el turno al señor Luis García Lynch, autor de la pieza "La Conquista de América", escrita en dos cuadros.

El protagonista, Cleto Barragán, es un buen sujeto en toda la acepción de la palabra, tan bueno y tan ingenuo que allá cuando la miseria pisa los umbrales de su casa, recién se da cuenta de que ha cometido durante toda su vida una enorme tontería al consagrarse íntegra y lealmente a una de las actividades menos leales, la política, y a uno de los vicios más vulgares y perniciosos, la bebida. Al cabo de treinta años llega a tener conciencia de la esterilidad de su vida, renuncia a la política y al vino y empieza a trabajar. Es con el esfuerzo laborioso de sana orientación cómo conseguirá este pobre hombre decepcionado de amigos y correlligionarios, "conquistar América".

Como puede advertirlo el lector, no ha escogido el Sr. García Lynch un tema nuevo. — acaso, no lo intentó siquiera — y con el asunto sucintamente relatado ha escrito dos cuadros discretos, cuya comicidad no siempre es de buena ley, pero aceptable en estos tiempos en que el ingenio es casi una manifestación de lujo en los que escriben para el teatro nacional por horas.

Cabe destacar el propósito y la finalidad ética de la obra del Sr. García Lynch, aun cuando no haya logrado, a nuestro parecer, dibujar con notable acierto la figura protagónica de "La conquista de América", que tuvo en el actor Muñio el intérprete eficaz que necesitaba. También las señoras Faluggi, Cornaro y el actor Totón Podestá se desempeñaron con justeza, contribuyendo a la buena acogida que brindó el público a la novedad, la que fué bastante aplaudida.

LA MEMBRIVÉS

Con buena fortuna continúa actuando la compañía de Lola Membrives en el Avenida, a pesar de los rigores del calor que ya empezamos a sentir.

Una novedad absoluta acaba de hacernos conocer este elenco. Se trata de la última producción de la aplaudida comediógrafa española, Pilar Millán Astray, autora de "La primorosa", estrenada también por Lola tiempo atrás. La nueva producción se titula "Magda, la tirana", comedia en tres actos con ilustraciones musicales del maestro José Serrano, y el público la recibió con aplauso. Esperamos comentarla en otra edición.

LA FARSA ALEMANA

Viene siendo muy apaludida "Una farsa en el castillo", traducción realizada por Hicken de la "anécdotha" en tres actos de Melnar, hecha conocer en el Ateneo por la compañía Rivera-De Rosas en ocasión de la "serata d'onore" de De Rosas, quien ha demostrado una vez más en la interpretación de su papel, las loables condiciones de actor dúctil y comprensivo que todos le reconocen.

La "farsa" obtiene con los elementos que rodean a De Rosas una notable interpretación, que el público y la crítica elogian unánimemente.

TEATROS

DE TRES A UNO

A pesar de que una ley física establece con el rigor propio de esa clase de leyes, mucho más estrictas que las humanas; a pesar, como decimos, de la ley física de que el calor dilata los cuerpos, en el teatro no se cumple esa ley como ocurre también con la mayoría de las ordenanzas municipales. Y en el verano en vez de sufrir las obras la dilatación consiguiente al calor reinante, se encogen, achican y desmedran como arreciadas por el frío. Así ha ocurrido últimamente en el Smart, donde venían representándose piezas de tres actos, que ha sido necesario reducir a uno por razones térmicas. La mayor parte de las obras extranjeras sufren con esta transformación, tanto como con ella ganan las nacionales, pero mientras no se pueda invertir el orden de los términos y sigan haciéndose temporadas nacionales en invierno y extranjeras en verano, tendremos que quedarnos con el mal teatro que hasta ahora venimos soportando.

Es lástima que un conjunto como el del Smart, que cuenta con elementos muy valiosos y capaces de interpretar irreprochablemente una buena comedia, tenga que constreñirse en sus actividades a esta limitación del espectáculo por caprichos de la estación. Queda, no obstante el consuelo de que lo poco que se nos dé será bien dado.

Esta compañía tenía en preparación para muy en breve y es fácil que ya hayan subido a escena, las piezas tituladas "Mi mujer", arreglo de una obra de Delaquisia realizado por Ricardo Hicken y el vodevil de Hennequin "Florete y Patapón".

LA PIEDRA Y LA CHACRA

Los populares hermanos Podestá consiguen el curioso fenómeno de mantener largamente en sus carteleras las dos viejas piezas de Martín Coronado tituladas "La piedra de escándalo" y "La chacra de don Lorenzo". Son piezas ingenuas y de ambiente muy explotado, pero son sabor característico de las interpretaciones mantiene en ellas la permanente actualidad de la vida campera del criollo con todos sus encantos. Este año también han sido completadas con la exhibición de películas cinematográficas que dan más atractivo el espectáculo.

LA CASA DEL TEATRO

Esta flamante iniciativa debida a la señora Regina Pacini de Alvear, que la preside honorariamente, pronto será una bella realidad, dado el entusiasmo que reina en la farándula y el éxito de las funciones realizadas para elgar recursos.

TEMPORADAS VERANIEGAS

Las temporadas veraniegas suelen ser, como las tormentas de la estación, someras y fugitivas. Las hay de un mes, de una semana y hasta de dos días. Por lo general, se realizan por elementos de segunda categoría que durante el invierno actúan en los teatros del interior, pasando a los de la Capital cuando los abandonan las compa-

ñas de primer plano por terminación de la temporada oficial.

Parecería que estas características, que imponen una baratura especial en los precios, debieran imprimir a sus actividades un tono subalterno y mediocre, en consonancia con sus limitadas perspectivas, pero lejos de ser así se advierte el curioso fenómeno de que estas compañías realicen notables esfuerzos artísticos, que por la intención que los anima y muchas veces por el resultado de sus esfuerzos, superan a las temporadas principales.

Constituye éste un dato interesante en las actividades teatrales de nuestro medio. Entre los ensayos de teatro grande y de teatro nuevo, muchos pueden marcar rumbos y podrían inspirar a los empresarios para levantar un poco el nivel común de nuestro teatro.

CALOR

Hace calor, sí señor, y un calor descomunal, abusivo, terco, odioso, difícil de soportar, que le cripa a uno los nervios, que nos hace delirar, que nos pone neurasténicos, que no nos deja pensar y si pensamos en algo siempre es una atrocidad. Con este calor de infierno, si sigue, y si seguirá, no hay ganas de nada y nadie tiene humor de farrear, y lo rosa lo ve negro y así también lo demás, porque nada le complace ni le remedia su mal. Pero si nadie va al teatro por pereza y flojedad ¿qué diremos de los cómicos que van allí a trabajar, y hacen papeles difíciles y nos tienen que agradar y hasta hacen que pasan frío cuando la obra es invernal, mientras en verdad se encuentran sudando a todo sudar? Tengamos para los cómicos en esta estación feral, aplausos tibios y un gajo de fresco laurel triunfal.

PINCHO

LA ZARZUELA

El veterano Palmada, que viene repasando el viejo repertorio de zarzuelas con aplauso del público, parte del cual echa de menos los buenos tiempos en que estaba en auge el género, termina de ofrecer la segunda novedad de su temporada: "La Corte de Thoma y Daka", pieza fantástica en un acto y cuatro cuadros, original de José Marco Davé, con música del maestro Metón, cuyo estreno ha coincidido con el cierre de esta edición.

Para más adelante, esta compañía prepara la humorada "El príncipe Sin Par", de Pascual Guillén, Manuel Carballada y música del maestro Ubeda, obtenida en exclusiva por esta compañía y que ha sido últimamente estrenada en el Novedades, de Madrid, con sostenido éxito.

COMEDIA

A pesar de no ser nada extraordinario, gusta en forma casi extraordinaria "Desde la cueva al Baro-

lo, va el peludo y no va solo" última revista estrenada por la compañía bataclánica de la Comedia.

LAS REPOSICIONES DEL NACIONAL

La compañía de Carcavallo ha conseguido como de estreno con la reposición de la pieza de José Antonio Saldías "La muchacha de montmartre". En el Nacional saben presentar bien esta clase de piezas y como se trata de un asunto sentimental, a base de las aventuras de dos jóvenes argentinos en París, el público responde ampliamente. Han sido intercalados en el cuadro correspondiente varios números que son muy aplaudidos.

Acompaña en el cartel a esta obra "Carambola y palos" de Pedro E. Pico, que resulta muy entretenida, pues ha ganado mucho al ser reducida a un acto.

En el momento de escribir estas líneas no tenemos conocimiento de que se prepare en esta sala ninguna otra reposición. Con las piezas en cartel y a pesar del calor reinante, no le falta público al Nacional.

LA PAGANO

Esta inteligente actriz está organizando una gira por provincias con su compañía de arte infantil, apenas termine su compromiso con el Smart, donde da funciones para la gente menuda, de tiempo en tiempo.

GRAND SPLENDID

Un interesantísimo programa tiene listo para la semana este grandioso salón, cuyas funciones se caracterizan por el lujo y la distinción social de las familias "habituées", que pertenecen en su casi totalidad a nuestro gran mundo.

A pesar de la iniciación del verano, este cine continúa realizando sus espectáculos con gran afluencia de público, atraídos sin duda, por la belleza de las películas.

CAPITOL

La bonita sala que lleva este nombre y goza de antiguo crédito, está por terminar la temporada clásica del año 1927 con un notable margen de ventajitas sobre las anteriores. Bien es verdad que ello debe a tribuirse a los excelentes programas ofrecidos en la "season", que se han singularizado por la bondad de las cintas.

GLORIA

Este cine de la avenida de Mayo ofrece diariamente un cartel que puede calificarse de insuperable, alternando las películas cómicas con las dramáticas y siempre con alta finalidad moral y artística.

Para la semana que se va a iniciar se han incluido bellas producciones del arte silencioso, siendo de descontar el éxito de las funciones.

PARC

Las familias distinguidas de Palermo tienen verdadera predilección por esta sala lujosa y bella, que ha desarrollado una proficua temporada, acaso una de las mejores desde que funciona. Se ha formulado un atractivo programa para la próxima semana.

ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



1. — MODELO MOLINEUX. Vestido para deportes, confeccionado en jersey de lana azul "hierba doncella". Largo sweater rayado con trencillas y cinturón de cuero azul obscuro. — 2. MODELO LENIEE. — Vestido también para deportes, compuesto de dos piezas de jersey gris rayado con tiras. Cinturón de raso abeja. — 3. MODELO LENIEE. — Sweater de jersey rojo, rayado con anchas tiras azul marino que, con la falda adornada de picaduras rojas, compone un bonito traje para deportes. — 4. MODELO LENIEE. — He aquí un "pull-over" de jersey color azul y blanco sobre una falda de "toillaine" azul. La camisa, de crespón blanco, está rayada azul y rojo.





Rejuvenecido — y con “traje nuevo”



TORTA BAGLEY

El postre preferido de los hogares para las mesas de Navidad y Año Nuevo.

El tan conocido surtido Fino de Bagley, se presenta ahora en un vistoso y elegante envase nuevo, más apropiado para la mesa y más cómodo para abrir y manejar. Su delicioso contenido es ahora mejor y más selecto. Y para distinguir a producto tan especial y destacado, le hemos dado el nombre de *Surtido Visitas*.

Que no falte, pues, en su despensa para la hora del te y para obsequiar a las visitas.



GALLETITAS BAGLEY SURTIDO VISITAS